
3 1761 09546617 3





GALDÓS

Su genio; su espiritualidad; su grandeza.

GUILLERMO DENDARIENA

ORGANIZADOR DEL CICLO GALDOSIANO DE CONFERENCIAS EN EL ATENEO DE MADRID

Galdós

Su genio; su espiritualidad; su grandeza

Ensayo de análisis crítico sobre la obra total de Galdós, como historiador, novelista, dramaturgo y político.—Ligeras consideraciones acerca del estudio de Madrid que hizo el maestro en sus novelas y episodios.—Importancia del genio galdosiano en la época histórica de su florecimiento.—Influencia del mismo en el progreso y la cultura españoles.—Galdós en relación con los españoles de esta generación actual.—Cómo han agradecido sus enseñanzas y su obra los intelectuales de ahora.—El homenaje del Ateneo.—Génesis y valor del Teatro realista de Galdós.—Galdós y el arte de la novela en España.—La estatua de Galdós en el Retiro.

MADRID
HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ
Libertad, 16 dup.°, bajo.
1922

Para los buenos españoles, sin ánimo alguno de lucro ni mezquinos deseos de ganancias materiales, escribí este modesto libro; dedícolo a la memoria del genio que lo inspira y a la buena voluntad de cuantos me alentaron en el intento de ensalzar al maestro.

El autor.

Sumario de este libro

Prefacio o prólogo.—Conferencia leída en el Ateneo el día 16 de enero de 1922.—Presentación del escritor Sr. Alarcón Capilla al mismo Centro el 3 de febrero, en que dicho señor dió la tercera conferencia del ciclo, titulada "Galdós y su obra". Discurso pronunciado en la sesión extraordinaria de la Sección de Literatura del Ateneo para pedir la celebración del homenaje a la memoria de Galdós; rectificación al Sr. González Blanco (D. Pedro) en el mismo dia (26 de diciembre de 1921).—"Ante la estatua en el Parque" (crónica literaria).—"El genio ante la Historia y ante el Arte" (breves comentarios acerca de la obra literaria de D. Benito Pérez Galdós como historiador, como novelista y como dramaturgo).—Epílogo brevísimo.

PREFACIO

Lector amable: Seas quien fueres, a ti acudo, lleno mi corazón por el amor al maestro a quien se honra en este libro.

Con cariño sincero (bien puedo asegurártelo) organicé en el Ateneo madrileño esta labor generosa de comentar la inmensa obra galdosiana, preparando para su posible realización un homenaje; ¡un homenaje, sí!, no te sorprendas, lector amable. Tengo el proyecto para el mismo de que a la aparatosa suntuosidad de las acostumbradas veladas necrológicas, hoy ya casi en desuso, sustituya un acto sencillo, modesto, casi humilde, lector. Un acto de tal naturaleza y de carácter tal, que no se invite a grandes entidades y que para celebrarlo

no haya precisión de recurrir a Centros oficiales y Corporaciones, los cuales, si es verdad que son paladines de la cultura, sin que nosotros les invitemos, ya acudirán de buen grado para honrar la memoria del genio.

Lector: es al corazón de España, más que al cerebro, al que yo quisiera interesar hablando de Galdós; Galdós amó mucho, y lo amó todo. En su obra puso toda su alma, como la muestran a las gentes los hombres buenos, es decir, con la transparencia del cristal y la diafanidad del sol; así la manifestó en sus producciones literarias. ¿No le daréis, españoles, vuestro afecto al hombre que para honrarnos nos legó lo más preciado de su alma?

Estudia, español sano de espíritu (aún quedan muchos de esta clase); ama, español bueno, que aún llevas en ti la grandeza ideal del caballero hidalgo, la memoria de Galdós; respétale; busca en ella la inspiración para tus actos, y escucha y atiende, y oye su voz, que te llega desde la Eternidad, como un mágico conjuro para la resurrección de la Patria en las páginas de sus *Episodios Nacionales*. ¡No olvides lo más santo

y elevado de aquella vieja España de nuestros abuelos, ahora que la presente es tan desgraciada y tan llena de pobreza y pesadumbre!

¿Que hubo muchos genios como D. Benito Pérez Galdós? ¿Que si a Galdós parece que se le va olvidando, a Costa apenas si se le recuerda, a Ganivet no hay quien le comente sino de tarde en tarde, a D. José Echegaray tampoco se le estudia como fuera debido (¡qué injusticia y qué olvido también más grandes!), y a Castelar mismo se le empieza a poner en entredicho por unos cuantos modernistas? Ya lo sé, y me pesa este olvido, este desvío cruel hacia los hombres que florecían cuando yo comenzaba mis estudios, hacia los maestros que, al iniciar yo mi vida intelectual, tantos afectos me inspiraron y tantas ideas me dieron... Pero es que Galdós..., ¿cómo te lo expresaría yo, lector amigo?, Galdós nos parece que ha convivido más con los que ahora empezamos a ser hombres maduros, mucho más que otros. Yo le he visto muchas tardes aparecer triunfante, llevado de la mano por artistas insignes, en el escenario del Teatro Español, del Teatro de todas mis ilu-

siones, porque en él formé mi gusto artístico con el afecto a los clásicos; le he tenido cerca de mí en los momentos graves y acalorados del mitin; he presenciado su paso lento, grave, parsimonioso, cuando, acompañado de su buen criado, recorría, con ánimo de distraerse las calles soleadas de la Corte..., y entonces, en aquellos instantes, viéndole con las gafas obscuras cubriendo sus ojos, la bufanda modesta arrollada al cuello, la mano fuerte, nervuda, de varón incansable, apoyándose aún con vigor en el cayado; las facciones dulces y el semblante grave; de caudillo la figura y el andar de santo..., entonces yo, contemplando a Galdós, comprendí que había que quererle, porque, como dije en el Ateneo en mi conferencia, encarnó las tres virtudes más altas, representativas del carácter español: la generosidad, el valor y la gracia... ¿Quién hoy, sintiendo su muerte, no ha de apresurarse a cubrir con flores del ingenio la tumba ideal del maestro?

Por el bien de la España que nos queda, estudia lector su obra; coge sus novelas y sobre todo sus *Episodios* y no les dejes caer con desaliento de tus manos; ten pa-

ciencia, y no te parezca nunca difusa su labor ni extensos sus comentarios, y cuando llegaren a cansarte (cosa natural, ya que toda labor de cultura e investigación pide calma y tiempo), no te inquietes por ello ni abandones fácilmente tu lectura, y sigue leyendo; estudia cada día un capítulo, cada mes un tomo, cada año una parte de la inmensa obra, y si cuando lo hayas hecho no me das mentalmente la razón que tengo para mis desvelos y mis trabajos, confesaré que me he equivocado. Pero ¿cómo he de equivocarme en esto que es verdad tan clara?

Hemos de advertir finalmente, que siendo, por cierto, muy poco ayudados por todos los que a esta misión debían contribuir, en la medida de sus fuerzas cada uno, no sentimos por ello la menor tibieza, ni pone recelo en nuestro ánimo esa frialdad, ese egoísmo de los días presentes que viene a formar una montaña de hielo cercando el calor de las ideas generosas; hacen bien, después de todo. Fuera para ellos demasiado fuerte ese calor que contrasta con el frío glacial de sus espíritus Mas en la hora de recoger los laureles, si mi voluntad sola triunfa, yo desde aquí les anuncio, con toda

gallardía e independencia, al par que con la franqueza en mí acostumbrada, que de esos laureles y de esos plácemes no alcanzarán ni el más mínimo de todos ellos. De esto sí que me encargo. Porque es bueno advertir que hay muchos hombres que cuando se les ruega una modesta cooperación con todo respeto, se tornan áridos, secos, duros para todo lo que sea no ya proteger al que vale y empieza, sino aun para hacer lo que por su categoría social o por su cargo estarían obligados a realizar sin estímulos ajenos de ninguna clase, si en España fuera una verdad la noción exacta de las responsabilidades. Estos hombres son los mismos que cuando llega la hora de los aplausos y la apoteosis se apresuran a ponerse en prira fila para destacar otra vez más su figura y presentarse ante el público como los amos y soberanos absolutos del cotarro, y por esta vez sepan que no ha de ser así.

Queden con Dios, y apártense de nuestro lado; y que les sea leve la carga pesada de sus egoísmos. Queden en sus casas, trabajando únicamente para ellos, aquellos que suponen ser una muestra de inutilidad en un hombre el honrar la memoria de un

maestro. No es por vosotros por los que yo me esforcé en hablar de Galdós... Es por el Pueblo, es por mi Patria. Es por esa masa anónima de gentes, que no son superhombres, pero que seguramente leerán con agrado este libro, porque en él va sintetizado algo más grande que todas esas cosas *altas* de las que esos señores presumen. Son a saber: la buena fe y el amor a los ideales. Por el Pueblo trabajo, por ellos hago esta labor, y si el público, el gran público, el público consciente, sano, instruído, me sigue, quedaré contento. En España la cultura no reside solamente en los Centros oficiales; está más honda, está más profunda; la lleva consigo la gran plebe, los anónimos, los estudiosos, los aplicados... los buenos... a ellos me dirijo.

Con la sola sanción de su voto me doy por complacido.

GUILLERMO DENDARIENA.

El Pueblo de Madrid
y las novelas de Galdós

Conferencia leída en el Ateneo de Madrid la tarde del 16 de enero de 1922 por el escritor D. Guillermo Dendariena, organizador del homenaje y del ciclo a Galdós.

Importante es el estudio del Pueblo de Madrid hecho por D. Benito Pérez Galdós en sus *Episodios Nacionales* y en sus novelas, por el espíritu alto y la pura esencia de narrador realista que distinguió al maestro en su obra literaria.

No ha sido empresa acometida por pocos precisamente este afán y este deseo de hacer obras, novelas o historias, basadas en el conocimiento de la vida madrileña. Dos grandes escritores del siglo pasado, cronis-

tas insuperables en su distinto estilo cada uno, hicieron notable labor describiendo las cualidades de nuestra heroica villa, de sus tipos, de sus costumbres, de todo aquello, en fin, que tan digno de consideración ha sido y será siempre en la Corte.

Me refiero a Mesonero Romanos y a Larra. ¿Quién no recuerda las crónicas, modelo de dicción, de brillantez de lenguaje, de profundidad de fondo y de altura de pensamiento, producidas por la pluma maravillosa de «Fígaro»? ¿Y quién también, asimismo, no ha leído las otras narraciones, llenas de gracia, de vigoroso estilo, de fondo pintoresco y atrevido, en donde se describen las costumbres de Madrid, crónicas bautizadas con el nombre de *Escenas matritenses* por su autor, Mesonero Romanos?

Y no sólo estos; hay muchísimos más, que pueden servirnos de ejemplo entre todos los que con la pluma se ocuparon de estudiar nuestras costumbres. Madrid ha sido siempre el obligado centro de residencia de escritores y artistas, y cuantos ingenios, felices o malogrados, vivieron en la Corte, fueron atraídos por todo lo que existe en ella de notable, de variado y de personales usos y fueros de realidades y costumbres. No es extraño que al vivir mucho tiempo en ella sintamos los aficionados o profesionales del arte literario la comezón de ocuparnos de sus misterios y sus claridades, de sus bondades y de sus defectos,

poniendo en nuestras palabras el afecto con que se habla de lo que es nuestro medio de vida, de aquello que nos ampara, nos defiende y nos mantiene a todos con su grandeza.

Galdós no podía menos de haberse ocupado de Madrid, como todos los que aquí estuvieron haciendo vida y fortuna mucho tiempo. Pero no es esta la sola causa. Es que los *Episodios Nacionales*, quitando varios, escasos, todos ellos tienen por lugar de su acción a la capital de España. Quisiera o no, Galdós tuvo que hablar de Madrid, escribir de Madrid, y decirnos cómo era en épocas ya distintas a la nuestra y en tiempos pasados, en los que la Historia va trazando, guiada por la mano de Dios, reformas tan hondas y cambios tan profundos.

D. Benito Pérez Galdós, por deber de buen historiador, tuvo que amar, y sentir y vivir con el pueblo madrileño, y tan hondamente lo hizo, que no habrá quien le supere y difícilmente habrá quien le iguale. Hablo de los escritores pasados y de los que hoy viven, ya que al porvenir nadie, sin don de profecía, puede referirse.

Comienzo ante todo por decir que para Galdós, como para todos los historiadores imparciales, lo que verdaderamente debe llamarse el Pueblo no puede ser tan sólo aquella clase social a la cual los amantes más vanos que sinceros de la Democracia mal entendida distinguen únicamente con

ese nombre. El Pueblo no lo constituye solamente la clase humilde, o si queréis, plebleya; sino que está integrado por todas las clases sociales, así en la capital de la Nación como en cualquiera del último villorrio de la misma. Por eso D. Benito no se ha limitado a estudiar solamente aquella parte de la población o del conjunto colectivo á que acabo de referirme; estudió también a otros tipos y a otras clases sociales, y con el mismo afán y amor a todas, y a tal punto y con acierto tal impulsó su labor de artista escrupuloso y reflexivo, que puede verse cómo lo que acaso con más estímulo y tesón analizó Pérez Galdós ha sido la clase media española, encarnada en los tipos madrileños que tan magistralmente nos muestran sus obras.

Y no es esto obstáculo que le impida comentar y admirar a las otras clases sociales, lo mismo a las clases bajas, en jerarquía de relación social y orden económico, como a las otras gentes, a las encumbradas, a los poderosos de la Nación por la elevada estirpe de su linaje, por la influencia de sus medios de vida y por el trato en las cumbres de la Sociedad española con tantos cuantos ejercen en la misma actividad y predominio.

Pero la clase media española tiene tanta influencia en la vida pública de la Nación, que no podrá por menos de ocupar muchos capítulos en las obras literarias de un autor,

que, como D. Benito, tan cumplida y sabiamente estudiara el modo de ser de sus conciudadanos y las características de su Patria.

La clase media de España está integrada en su mayoría por la resultante de la unión y conglomerado de muchos diversos elementos que a las otras clases sociales han pertenecido. Es la que menos carácter propio ostenta y la que a mayor número de gentes abarca.

Residuos de antiguas clases nobles y señoriales, perdidos los fueros y aun los medios de su anterior grandeza en la vida nacional, engrosaron el contingente de la burguesía tranquila y pacífica; fueron en su tiempo grandes señores; sus ascendientes tuvieron altos poderes; mas vino la acción del tiempo con rotundos reveses de fortuna a quitarles ese influjo y hoy forman parte de todo el inmenso núcleo que llamamos clase media. Por eso en Madrid, donde más se nota esto, ocurre que esta clase social suele tener un espíritu de distinción y aun de grandeza, que encanta a los más reacios y conquista a los más extraños. Y a su vez al lado de estos elementos hay en la corte otros componentes de esa misma clase mesocrática. Son estos últimos los que, viviendo de negocios comerciales y de industrias, llegaron a lograr una desahogada situación económica. Los orígenes de ellos están, o suelen estar, por lo menos, en las clases

modestas; descienden más o menos directamente del tipo del madrileño obscuro y apremiado en su vivir, o del advenedizo provinciano que por necesidades de su vida vino a la corte desde un pueblo cualquiera a servir como dependiente en un comercio, realizando medios de fortuna con los que allegar los recursos para su existencia modesta. Sirvieron en muy varios menesteres y en muchos distintos oficios, algunos de los más bajos y obscuros, teniendo después la suerte de hallar una posición algo más desahogada cuando los azares y trabajos les permitieron mejorar económicamente... ¡Cuántos de ellos vemos hoy día dueños de hacienda y rentas cuantiosas, a los cuales nuestros abuelos conocieron laborando en el taller una industria, en el mostrador de un comercio o en el último, más sórdido y miserable rincón de una vulgar oficina! Ya que también en tiempos de antaño hubo quien de servir al Estado supo hacer una industria, y por cierto de las más lucrativas y saneadas. Este segundo componente de la clase mesocrática en Madrid se mezcla y se confunde con el otro, o sea con el que procede de aristocráticas fuentes, y de la confusión y transmisión de unos a otros en sucesivas uniones creadoras de familias, y en el trato frecuente, juntos los defectos y las buenas cualidades de ambas ramificaciones sociales, nace ese tipo vario, complejo, pero inconfundible y único, que los

saineteros en su aspecto cómico y los autores de comedia seria en el aspecto sentimental, tantas veces y con tan singular acierto supieron llevar a la escena para reproducir las costumbres, los azares y los quebrantos de la burguesía cortesana.

Galdós, en *Fortunata* y *Jacinta*, por ejemplo, al comienzo de ella nos da la clave de esto que decimos. Las familias de Juan de la Cruz y de Jacinta, o sean los Cruz y los Arnáiz, protagonistas de la obra, fueron en los principios de su vida madrileña unos buenos señores que comerciaban en telas, paños y otros similares artículos en los barrios apartados de la Corte, sin perjuicio más tarde de crearse, mediante el esfuerzo de su trabajo, un crecido capital, y de ser personas influyentes por sus medios y categoría, conquistados tras de muchos esfuerzos.

En otras novelas suyas, como *La incógnita*, *Realidad,* etc., nos habla de otras familias que también viven y desarrollan su acción en la Corte; pero ya no las presenta como tipos acabados y exactos de personas que caracterizan el modo de ser y de vivir de gentes madrileñas, porque los tipos de *La incógnita* y aun los mismos que describe en *La familia de León Roch* y en *El amigo Manso*, más bien pertenecen a los que forman parte de los habitantes matritenses sin haber nacido en Madrid ni haber hecho en él vida continua. Tipos de esos que ni

en su existencia ni en sus modalidades caracterizán el modo de ser regional.

Galdós amaba indiscutiblemente mucho a las clases trabajadoras, por lo mismo que trabajando continuamente es como él logró ver colmados sus anhelos de pensador y sus amores de artista. Por eso al hablar de Madrid se encariña con los que labraron su porvenir en el cotidiano quehacer modesto y prolongado, y los menciona y los saca a relucir como un espejo de las virtudes del Pueblo, el cual para el mismo, no obstante su amor a la libertad y a la Democracia, no está solamente sintetizado en la clase social que algunos anteponen a las otras. El maestro ensalzó el trabajo y la honradez dondequiera los vió y los consideró estimables, y es sabido que las condiciones de laboriosidad y honradez de la clase media española, a veces demasiado calumniada, ha traído días de gloria y jornadas de provecho a la Patria, por encima de todos los prejuicios, y ante todas las prevenciones que quieran formularse en este sentido.

¿Que también D. Benito Pérez Galdós amó, estudiando con ahinco, a las clases pobres y humildes del pueblo? ¡Quién lo duda! Toda la obra suya está llena del amor intenso y verdadero a la Democracia, la cual él profesó como norma ideal de su pensamiento y su conducta, aunque no sujetase su actuación a ritos políticos ¿cómo no había de querer a los pobres si él tam-

bién lo fué?, ¿y cómo no había de encariñarse con la suerte de los menesterosos, los obscuros y los olvidados, si en el fondo de toda la inmensa producción literaria que ha creado late y se muestra como entraña viva de la misma el culto y la idolatría sincera a la verdad de la vida?, y esta verdad, si está en el dolor sobre todo, en nadie mejor pudo verla sino en aquellos que inspiraron los tipos más hermosos, más puros y escogidos de sus novelas, sus dramas y sus episodios... Y con esto... creo que está dicho cuanto había que enunciar acerca del caso...

Pero es tan grande y está tan definido y demostrado en las páginas de sus libros el amor de Galdós a las clases pobres de la Sociedad y a los desventurados, que hablar de él aquí y en este instante, se me figura sacar a colación un rasgo del maestro, tan patente, que sólo para indicar su afecto a la Democracia basta con decir Galdós, porque este nombre lo prueba suficientemente. Es como una oración de santa y suprema justicia encarnada en dos sílabas... Si la bondad es amor y el amor es como él dijo la Verdad eterna, sólo de amor a todo y de amores para todos puede estar llena su obra.

Las novelas de D. Benito deben leerse y estudiarse con singular afecto por todos aquellos que, un poco apartados de la lucha política, olvidaron acaso que en Galdós hay dos aspectos a cual más importantes: el del historiador y el del propagandista de ideas.

Y aun por encima de ello está su condición de artista, de artista que ve la realidad y la copia con fidelidad absoluta.

Mucho le deben los pobres, los obscuros, los modestos, los amantes de un régimen mejor de justicia y libertad aún no llegado; pero no le deben menos aquellos que gozan de mejores condiciones de vida dentro de la burguesía y que no le han concedido toda la atención que se merece. Parece que hablar de él, para estas gentes, es hablar de un gran sectario, de un furibundo perseguidor de las ideas conservadoras, sin comprender que en realidad, como todo hombre de espíritu sano, lo que en consecuencia condenó en sus obras no fué tanto el sectarismo de las doctrinas como las injusticias de su época y la corrupción de las costumbres. Para Galdós, todo hombre bueno que se ganaba el pan de cada día con el producto honrado de su trabajo, era digno de alabanza, sin vituperio alguno, fuese cual fuese su ideal político. En cambio no pudo transigir nunca con los necios, con los superficiales, con los embusteros, con los explotadores; y a éstos sí que fustiga y anatematiza y pone en ridículo en sus obras.

Pero llegará un día en que esa misma mesocracia española, sin distinción de ideas ni de partidos, le haga más justicia, y será (yo así lo supongo) tan leído por ella como Palacio Valdés, Pereda y otros menos du-

ros en sus comentarios y en sus descripciones, menos duros acaso porque no fueron tan amargados por el dolor de la injusticia o por la pena acerba de los desengaños.

A las buenas señoras de esta selecta burguesía de Madrid, siempre un poco reacias, por comprensible espíritu de tradición, para leer a Galdós, importa decirles que él les ha hecho tanta justicia y les ha dignificado tanto como el que más lo haya hecho; por la misma razón de que siempre les habló con la verdad en los labios. Por esto, no deben pensar, siguiendo la rutina de las costumbres modernas, que Galdós fué algo así como un despreciable ateo, que Galdós no creyó en Dios ni tuvo apenas religión, ni ensalzó las costumbres honradas del hogar español, ni se preocupó de las cosas espirituales que tanto cautivan la atención de las mujeres españolas. No hay nada de esto. Podéis (para las señoras que me escuchan hablo ahora), podéis dejar los libros de don Benito Pérez Galdós en las manos de vuestros hijos sin cuidado alguno, porque no han de restarles un átomo de su religión y de sus creencias. Galdós fué cristiano, fué creyente. Si hay otra vida y en ella un mundo mejor para los justos y los buenos, a Galdós le corresponde un puesto de honor en ese mundo. Con lo que él nunca transigió fué con las hipocresías y las beatitudes de los que aparentan amar a la religión para escarnecerla, de igual modo que, como to-

dos los grandes amantes de la Patria, tampoco transigió con los falsos patriotas, con esos que la olvidan para sus negocios particulares y luego en cambio la *cacarean* cuando llega la hora de la responsabilidad para que su santo nombre les sirva de escudo. El creía en Dios y honraba a su Patria. Lo que no quería era un Dios falsificado ni una Patria prostituída.

Si Galdós nunca fué a rezar a los templos católicos, haciendo como otros que por fuera y sólo aparentemente llevan consigo el credo religioso, debido es, más que a otra razón, al convencimiento íntimo y p rfecto que de sus arraigadas creencias tuviera. Los espíritus vulgares necesitan de la pompa aparatosa de un templo para expansionar su fe y sus creencias. Quieren ser vistos al rezar para que todos podamos dar testimonio de esa fe, sin duda porque en el interior de su conciencia no están muy seguros de que Dios les acepte, y así se consuelan pensando que los hombres y la Iglesia transigen con ellos; pero a los genios no les ocurre esto. No rezan para los demás, rezan para ellos mismos, y con eso les basta. No rezó el gran escritor con oraciones de liturgia aprendida; rezó con el fervor de su corazón puesto en Dios para todo lo alto y todo lo grande de la vida. No rezó para que los demás le oyeran; rezó para oirse a sí mismo, y para que su Dios le oyera; el Dios de su conciencia, ya que

todo espíritu genial, toda alma grande, un Dios para sí mismo lleva en el fuero interior de esa conciencia.

Pero hemos por fuerza de ceñirnos al tema, si ha de ser tratado tal como por su importancia y por su interés sugestivo se merece. Al comentar Galdós al pueblo de Madrid, claro es que también analiza a la clase aristocrática, y de ello hemos también de hablar algo.

La aristocracia madrileña ya no podía estar en igual convivencia, en igual trato con Galdós que la clase burguesa. Apartado del medio social en donde las grandezas del vivir fastuoso crean otro medio ambiente, Galdós no pudo sentir por esa clase todo el afecto y toda la inspiración que la burguesía le había causado. Y no es que sacase en esto a relucir su sectarismo, ese tan decantado sectarismo de sus producciones y del que solamente hablan aquellos que no le conocían a fondo, puesto que si las hubiesen estudiado con la fe y el tesón que se merecen, verían cómo en ellas no existe parcialidad ni sectarismo. Era muy grande el maestro para ser parcial en sus ideas o creencias. Los hombres como él no esclavizan su opinión a ningún partido ni a bandera alguna; simpatizan con tales o cuales ideas o partidos políticos, pero nunca son sus adeptos incondicionales porque no pueden serlo. El artista sólo se debe a sí mismo. Es esta la del sectarismo otra

leyenda acerca de D. Benito que a sus admiradores leales nos conviene mucho desvanecer. Su republicanismo de última hora no dice nada en contrario; fué republicano temporalmente, por ansias de justicia y de grandeza ideal para la patria. Nada más. Fué político por dar a su espíritu alguna expansión en la lucha, y tal vez, allá en su fuero interno, viendo y oyendo las cosas de nuestra política, fuese él el primer arrepentido de haber ocupado un asiento en los escaños del Parlamento. Lo mismo para él que para Costa el Parlamento al cual ellos pertenecieron fué muy pequeño. Eran muy mezquinas asambleas para contener las inteligencias de tales hombres...

La nobleza y la aristocracia madrileña están analizadas con fidelidad absoluta, más que en las novelas, en los *Episodios Nacionales* de Galdós. En ellos sí que podemos decir que existe un estudio acabado y escrupuloso del Madrid pintoresco, variado y seductor, del siglo pasado. Porque es sabido que el notable literato empieza por hablarnos de la capital y de sus gentes en uno de sus primeros episodios nacionales, que es la *Corte de Carlos IV*, y no acaba ya de relatar sucesos y hechos históricos matritenses sino cuando termina el último episodio, que es *Cánovas*, como todos sabéis. Fué lástima grande que no pudiese concluir los que aún en preparación tenía; algo muy sustancioso y gráfico hubiese podido

decirnos en ellos acerca de ciertos hechos históricos, cuya tragedia, por ser relativamente reciente, aún pesa en la conciencia de España con dolor funesto.

En el episodio *La Corte de Carlos IV* hay un tipo de la antigua aristocracia de Madrid, que como otras muchas personas y casas ilustres, parece, según Galdós, que descendía de rancia nobleza andaluza. Es el tipo de *Amaranta*. *Amaranta* encarna al símbolo de aquella aristocracia influyente, a veces venal y corrompida, en otras ocasiones grande y generosa, que tanto y tanto dejaba sentir su peso en la Corte, cerca de la reina María Luisa, de Godoy y de Carlos IV; sin duda porque como los Austrias no les redujeron en su poder como hicieron los Reyes Católicos Fernando e Isabel, siguiendo igual camino, los Borbones no se avinieron a dejar aislada esa nobleza, y así, en aquella época, tenían los altos, como validos y cortesanos, un poder con los reyes que hoy no aparece tan definido, por suerte para la Nación.

Amaranta es la representación genuina de aquella aristocracia que rodeaba a Godoy y a María Luisa para adularles, y que al mismo tiempo, deseando los favores del rey, ensalzaba a Carlos IV en su presencia, sin cesar en las conspiraciones cuando el monarca no les veía. Tiene este tipo, magistralmente descrito por la pluma de Galdós, toda la prestancia noble y suntuosa de los

encumbrados en la época de entonces, descendientes directos de las antiguas casas solariegas españolas, tan ilustres como rancias; pues son el trasunto y la sucesión de aquellos otros que en la Corte de los Austrias, y anteriormente, encarnaban las glorias pasadas de España: Medinaceli, Duque de Alba, Osuna, Infantado; tantos apellidos nobiliarios como hablan de combates heroicos, de alternativas y borrascas históricas; un día de victorias y otro de desastres, pero siempre de algo muy vivo, muy memorable y muy español y muy nuestro; pues no hay que olvidar que en la Historia, esa clase, que es la continuación de los *fijos-dalgos* y los *rico-homes*, de los señores y dueños feudales, y caballeros de guerra y de corte, aparece como un poder decisivo de conquista en nuestras empresas guerreras, de fuerza y de lucha, y tiene tanta intervención (así es preciso reconocerlo sin parcialidades de ningún género), tiene tanta intervención en nuestras desgracias y hecatombes, como la tiene en nuestras mayores glorias y en nuestros más preciados riunfos. A la clase noble española, bien definida y con verdadera y espiritual grandeza en la Historia, debe España muchas de sus páginas más interesantes. Siquiera, a fuer de imparciales, no hemos de negar aquí todas las desgracias que por su corrupción han venido luego.

Aquella dama conspiradora en la Corte

del rey endeble y pobre de espíritu, Carlos IV, tiene tanto de arrogancia suntuosa y empecatada como de maestra en el disimulo, en la coquetería y en las sabias artes de la intriga. Y su figura, al tropezar con los puntos de la pluma galdosiana, crece y se agiganta como todas aquellas que la misma hubo trazado.

Galdós conoció perfectamente el carácter de la sociedad madrileña en esa inolvidable época de nuestra Historia; en ella se renovaron las corrientes y modas cortesanas, ya comenzadas en los reinados anteriores, que establecieron cierto contacto material entre las clases altas de la nobleza y las clases humildes del Madrid pintoresco de entonces. *Amaranta*, en el episodio nacional titulado *La Corte de Carlos IV*, y todos los tipos y personajes retratados por el maestro en las páginas de *El Audaz*, cuya acción se desarrolla en la misma época, nos ofrecen buena prueba de ello.

Hasta el reinado de los Austrias la nobleza estuvo siempre apartada del resto de la sociedad en la Corte; los reyes, que en su tedio de reinar y en las monotonías de su vida fría y sujeta a límites estrechos en Palacio, idearon las primeras fiestas y verbenas populares, fueron los que, sin darse ellos mismos cuenta, sin querer, como quien comienza una diversión amena, empezaron a mezclar a sus cortesanos con el estruendo bullicioso y la picardía de otras clases so-

ciales, y de las noches del Buen Retiro, con sus idilios amorosos y sus aventuras de escándalo, con sus licencias amenas y sus inmoralidades versallescas, pasóse con el transcurso de los tiempos a las francachelas y las bromas y los tratos en la Pradera del Corregidor, en los bailes de candil, en las representaciones de teatro familiares, en las expansiones de amor y de lances graciosos; en fin, en la antigua *Monclova*, que tanto dió que hablar, ayer a los murmuradores, hoy a los poetas.

D. Benito encarna en sus personajes de *La historia de un radical de antaño*, *La Corte de Carlos IV*, *La Fontana de oro* y *Memorias de un cortesano*, toda la atracción, no fingida, sino más bien real y sincera.

Repeliéndose por instinto y por artes naturales y obligadas de mutua defensa, se mezclan a veces, sin embargo, con curiosidad pecadora e incitante; se reúnen, siquiera fuese durante contadas horas, en sus diversiones, en sus fiestas y en los instantes, en suma, de animación, de júbilo y alegría; tal vez, acaso sin sentirlo ni quererlo ellos mismos, trazaban un compás de espera para la lucha, un intermedio en la pelea, un alto en la marcha de cada uno; los unos, en el camino de sus egoísmos; los otros, en el de sus inquietudes y sus sufrimientos. En la hora y en los momentos de la fiesta y la satisfacción producida por los francos regocijos, juntaban sus corazones para ex-

pansionarse alegremente, aunque luego, cuando los colores vivos de esa fiesta habían cesado y la música de la zambra y el baile terminaba, la realidad de la vida, trayéndoles al dolor y a la lucha, renovara en ellos el odio inveterado con que se miraron siempre aquellos que se hallan en la cúspide social y aquellos otros sometidos a la miseria y al tormento de su inferioridad.

Las características de la aristocracia madrileña antes citadas; la manera de ser, veleidosa y tornadiza, conspiradora y caprichosa, en los tiempos de antaño, tiene tanta importancia para el presente porque es el cimiento, la base de nuestras costumbres de hoy. La majeza de los grandes señores de entonces, que vestían con orgullo y donaire las ropas de *manolo* para ir a las fiestas populares, mucho se desfiguró con el tiempo, y aun hoy, acentuada, tal vez se torne odiosa; pero es imprescindible reconocer que ella formó el carácter madrileño, los más típico, los más genuino, lo verdaderamente propio y representativo y regional del pueblo de la villa y Corte. Como lo formó, asimismo, el temperamento de las mujeres como *Amaranta*, o sea el carácter de nuestras abuelas, las cuales, como un gran autor de comedias ha dicho, eran en su tiempo más despreocupadas y liberales que las actuales mujeres, por lo menos en el orden espiritual y de ciertos aspectos. No negamos que ahora la despreocupa-

ción en otro orden sea mucho más grande; basta para reconocerlo con tomar nota de los figurines de moda en casa de una buena modista; pero esta liberalidad material de las costumbres modernas queda muy rebajada por el apocamiento y la cortedad que en el pensar tienen nuestras damas, acaso tan conservadoras y reaccionarias como las que rodeaban a Fernando VII; aquí el figurín y el patrón de moda, como no se improvisan las ideas con tanta facilidad como los alardes lujosos o los caprichos de un buen vestido, ha quedado un tanto rezagado.

Pero sigamos, y dispensadme una vez más. Habréis notado cómo nuestra generación recuerda aquellos días pasados con cierto amor tradicional, y no es esto en vano. Porque tiene su razón de ser. Cuando determinados usos y modos vitales de existencia quedan impresos así en la mente de los pueblos y sirven después para inspiración de asuntos artísticos y obras dramáticas, siempre es por algo.

El Pueblo de Madrid, sintiendo culta admiración por todas las obras de arte, aun no ha olvidado, ni podrá olvidar fácilmente, al pintor insigne, que nacido en las riberas del Ebro, junto a la Pilarica, si por la firmeza de su carácter recuerda su patria chica, por los colores mágicos y vivos de su paleta vigorosa y genial háblanos siempre de nuestro pueblo, su patria adoptiva; com-

prenderéis que me refiero a D. Francisco de Goya, y no hay para los ojos de un artista o pintor madrileño, o que sin serlo haya desarrollado aquí su vida artística, asuntos de pintura que más vivamente le hablen de las cosas españolas como los cuadros del Gran D. Francisco, *Don Francisco el de los toros*, que dijo Pedro de Répide; pues en las figuras y en los episodios en ellos representados; en los colores de sus cielos como en las ropas de sus majos y sus manolas; en la serenidad tranquila y radiante del retrato de la maja, la antigua gran Señora de la Corte; en los juegos de los petimetres y damiselas a la orilla del rio y en los retratos de los nobles y los grandes señores, vése reproducida la gloria y la grandeza de Madrid, tanto villa como Corte, pero siempre pueblo generoso, tan lleno de resignación en sus desgracias como de alegría y brillantez en sus triunfos y en sus fiestas.

Y la misma importancia que los cuadros de Goya, tienen las descripciones de Galdós en este sentido: transcurrirá el tiempo, vendrán nuevas costumbres a corregir las de hoy; en otro siglo, las generaciones madrileñas que nos sucedan no tendrán, como nosotros, el afecto, hondo y perdurable a todos los recuerdos de la época pasada; y tal vez, perfeccionado el pueblo con progresos naturales y lógicos, huya de todo cuanto signifique tradiciones, que hablan

más bien de períodos de menor cultura; pero hoy, si queremos conocer cómo se formó nuestro carácter, a Galdós en sus escritos hemos de atenernos. En ellos está Madrid con sus fiestas y sus tragedias; la Corte con sus séquitos soberbios de grandeza y períodos siniestros de revolución; con la altivez arrogante de sus monarcas y con las inoportunidades constantes y las ambiciones insaciables de las camarillas; con el laborar sin descanso de cuantos hombres tejieron en sus heroísmos, sus abnegaciones y sus luces intelectuales, toda la Historia de España y de sus libertades, libertades siempre tan grandes en espíritu, pero siempre tan menguadas en la práctica. Madrid con el siniestro refulgir de las teas incendiarias en las noches de revolución o con las irradiaciones hermosas, claras y magníficas de su sol, sol puro y radiante, en las tardes de grandes revistas, desfiles y procesiones, o en las entradas triunfales de los altos personajes; Madrid engalanado con las vestiduras de los días alegres, como cubierto de crespones y ensombrecido en el luto nacional por las catástrofes históricas; bello y jocundo y risueño, o triste y siniestro y pesaroso; capital atractiva, villa sufrida, Corte fastuosa, pueblo antiguo, ciudad hospitalaria y amable, nido de vividores, hartazgo de políticos, cuna de grandes hombres tanto como amparo de miserables y caciques, blasón de honores y escu-

do de toda la historia patria, ¡no habrá muchas plumas tan bien pergeñadas como la del novelista insigne para describir sus vicisitudes y sus acontecimientos en el pasado siglo!

Y todavía nos resta algo de aquella vida tan bien estudiada por D. Benito. Las casas donde moran los altos personajes de alcurnia o estirpe elevada, ostentando en sus fachadas los clásicos escudos de abolengo, aparecen en algunas callejuelas o barrios apartados, rodeándose de míseras viviendas o de edificios en donde la acción del tiempo va marcando las huellas indelebles de todo lo caduco y envejecido. Parece que esa clásica nobleza, a la que nos referimos, vestigios últimos de la sangre hidalga, requiere el concurso de la plebe que la rodea y estrecha, confundiéndose en los tumultos y el bullicio de tales calles el ruído de los cantos y pregones populares con el imperio de tradición y de grandeza. Suena la voz del pueblo junto a las puertas mismas de los palacios señoriales, como pidiendo amparo contra las injusticias de los egoístas y las tiranías de los Gobiernos. Y sin embargo, la aristocracia de ahora ha perdido mucho de aquella familiaridad cortesana que tuviera en los días de Fernando VII y sus sucesores para el trato con los humildes y los olvidados. Por eso a la aristocracia de antaño, tal vez por la misma pureza espiritual de su temperamento, le debe

el Pueblo más beneficios que a los hombres de esta burguesía moderna, que se llama a sí mismo liberal sin serlo. Recuérdese al Conde del Montijo, cuando vestido de la más plebeya traza, con ancho sombrero de rufián y capa terciada de majo, tuvo la osadía de dirigir a las masas para derribar a Godoy. Hiciéralo por ideal político o por rencores pequeños, se aproximó más al Pueblo que estos personajes liberales de ahora, y que estos nobles y aristócratas de seudoaristocratismo improvisado, los cuales no gustan de vivir junto a la plebe como aquéllos, sino en suntuosas moradas y ricos hoteles de las calles de barrios adonde no ha de llegarles el contacto con los pobres. No haya cuidado que ninguno de ellos se sienta capaz de emplear su influencia para derrocar a un poder injusto o tirano; puede el Pueblo descansar muy tranquilo esperando a otro Conde del Montijo, es decir, a un hombre valiente que sepa hacerle justicia. Los hombres así sólo quedan en las páginas olvidadas de la Historia.

Una de las novelas donde mejor se pone de relieve la historia de los episodios madrileños es *El Audaz*. En ella cada personaje viene a ser como un símbolo. La clase clerical y reaccionaria, ese abundante conglomerado que tanto influye en España durante la época de los Reyes absolutos, está representada en esta novela por Fray Jerónimo de Matamala y el Rvdo. Padre

Corchón. Galdós no pone hiel ni animadversión en su pluma al describirlos. Para hacerlos aborrecibles le basta con presentarlos tal como realmente eran sin añadir nada por su cuenta. Y aquí sí que se comprende algo el odio al historiador y al maestro, porque es la verdad que ciertas personas y determinadas gentes, al leer las obras del genio y verse tan magistralmente reproducidas, las arrojarán de su lado con desprecio, y más aún con encono, tal como hiciera un monstruo al verse gráficamente retratado en toda la liviandad de sus bajos instintos.

Es también digno de estudio el tipo del abate oficioso D. Lino Paniagua, especie de universal criado y recadero para toda la sociedad galante de la época, como aquel otro del petimetre D. Narciso Pluma, hombre presuntuoso con las damas tanto como vacuo para el trato de los hombres y acabada descripción en su esencia del señorío degenerado, ramplón de espíritu y hueco de alma que siempre existió en Madrid, si bien es justo reconocer que entre los petimetres del siglo pasado y los *hombres bien* del presente, es muy difícil decir cuál de los dos tipos resulta más aborrecible. Bien puede ser que siendo todos ellos dignos de desprecio, nos parece siempre peor el último, porque es aquel con el que convivimos.

Algo mejor puede hablarse del tipo de

Pepita Sanahuja, modelo de la señorita romántica de aquellos tiempos, capaz de volver locos con sus versos y con sus recitados y sus extravagancias a cuantos la rodean. Trasunto no pequeño y sucesión en parte ha sido el tipo de mujer sentimental y poetisa que de año en año fué degenerando hasta llegar a los días presentes, en los cuales las *niñas bien* de Madrid, en lugar de leer a Campoamor o a Becquer (salvo honrosas y limitadas excepciones), leen novelas modernas de ciertos autores, pudiendo decirse que antes que de la literatura clásica gustan más de los modelos extravagantes actuales. Todo cambia y se transforma (y es muy justa la variación), pues dadas las corrientes del buen tono y de la moda, que es la gran señora de los gustos y anhelos femeninos en España, ¿a qué escogida mujer de la buena sociedad madrileña no le gusta más una obra francesa o española de tendencias sabias y discretas, que otra clásica de Fernández y González, de Alarcón, o acaso de aquel autor *algo conocido* que se llamó en vida D. Juan Valera? Ahora bien, que cuando la revolución francesa engrandeció a la nación latina arrojando sobre ella destellos de luz inmortal para la Historia, leer a Víctor Hugo era un abominable pecado; pero hoy, que allá no hay revoluciones y los franceses son unos buenos señores, muy pacíficos, *gente bien*, leer a Pierre Loti o a Jorge Onhet es una prue-

ba de buen gusto. Se me antoja que un poco debe de haber perdido la vecina República espiritualmente, cuando su literatura puede estar sin recelo entre tan lindas y perfumadas manos.

Y no quiere esto decir, señores, que hoy el gusto de todas las mujeres españolas sea deplorable desde el punto de vista literario; afirmarlo sería muestra de injusticia soberana o error manifiesto de parcialidad inconcebible; quede sentado, sin embargo, que la mujer de nuestros tiempos para depurar sus anhelos y aficiones artísticas ha menester que cuide sobremanera los modelos que elija para su lectura. Pues si no hubo siglo en el que la producción de libros y novelas fuera más abundante, no hubo tampoco otro alguno en el que más domine la variedad perniciosa, ni época puede conocerse como la presente para señalar como desmedido el arraigo de cierto y determinado género en boga. Son muchos los autores que escriben con la médula, pocos los que producen con el cerebro y mucho menos los que, conservando el valor ético en la pureza de los sentimientos (ya sabemos que esta pureza será siempre, por desgracia, relativa), laboran con ingenuidad.

¡Ingenuidad para los escritores modernos! ¡Cuánto pedimos!... Eso para ellos equivaldría a algo desudado. Y aquí radica otra razón por la que el genio en esta Memoria descrito ha sido incomprendido por no pocos

españoles. En él no cuenta nada *el resorte* de la médula; pero sí el cerebral, y más aún, si cabe, el sentimiento. Su obra está hecha de afecciones sanas, tesoro del corazón, patrimonio del alma, y para no odiar, cuando tiene que hablar de las cosas funestas o los hombres abominables, se torna humorista, que es tanto como poner a la sanción moral de la crítica el más dulce, el más generoso de todos los lenitivos. Porque el humorismo es el gesto altruista, elegante y delicado de aquellos espíritus escogidos que saben condenar sin hiel y castigar sin amargura.

Tampoco debe olvidarse de los tipos de *El Audaz*, el de Doña Bernarda, la mamá porfiada que de acuerdo con el padre de almas, el reverendo Corchón, insiste en casar a su niña con un hombre que maldito si a ella le gusta. Símbolo y realidad de ayer y de hoy en la sociedad española. La eterna opresión de las conciencias, para el hombre en sus ideas, para la mujer en sus sentimientos. Así luego surgió esa colectividad sin voluntad y sin grandeza, capaz de resignarse con todas las tiranías y de soportar pacientemente todas las vejaciones que en moral y en política quieren hacerle.

Pero ningún tipo tan atrayente como el de Susana, en *El Audaz*, la hija de los condes de Cerezuelo. En la magistral descripción de esta mujer, joven bellísima, tan soberbia de espíritu como lista de inteligen-

cia, tan madrileña en sus costumbres y tan española en su modo de ser, se ve cómo Galdós, cuando hablaba de altas clases sociales, lejos de ser sectario, no hacía más que copiar las verdades probadas; aquella mujer, que representa toda la vanidad y toda la ostentación aparatosa de los magnates y los altos poderes, tuvo, según nos dice Galdós, corazón y sentimiento para querer a un hombre que descendía de las clases inferiores de la sociedad, a Martín Muriel. Y no dejó de ser buena y de ser entrañable por estar rodeada de la insufrible turbamulta de petimetres y conspiradores, de hombres fatuos, ministros sin conciencia, consejeros sin dignidad, altos empleados sin vergüenza y bajos lacayos sin educación. En Susana se halla toda la España buena, la parte sana del espíritu nacional; era el amor y la juventud lo que encarnaba cuando, abriéndose paso entre las corrupciones de la Corte, anhelaba otro mundo mejor y otra sociedad más perfecta, diciendo a su amado Martín Muriel (habla ahora Galdós): «... si viera usted cuántas horas de aburrimiento y de tristeza he pasado viendo desfilar por delante de mí la turba de galanes ridículos, de abates despreciables, de clérigos vanos y soberbios, de señorones ignorantes, y me he preguntado: ¿pero no hay más hombres que éstos en el mundo? Yo decía: en otra parte debe de haber algo que yo no conozco; todo no

puede ser así, y si es, sin duda es preciso que alguno venga y lo trastorne todo...» Ese tipo femenino de *La historia de un radical de antaño* encarna el espíritu de la revolución, puesto en los labios de una mujer, hija de nobles y tal vez nieta de príncipes, la cual intentaba unir por amor a todas las clases sociales para bien de una España infortunada, víctima de sus monarcas y esclava de sus dictadores.

No hace aún dos años que estos tipos de *El Audaz* han sido trasladados a la escena en el Teatro de la llamada Plaza del Príncipe, o sea en el sucesor del antiguo Corral de la Pacheca, por el preclaro ingenio de D. Jacinto Benavente, que refundió la novela para convertirla en obra dramática. La compañía de verso de Ricardo Calvo estrenó esta obra, con aplauso general, y en ella puede verse claramente todo el simbolismo de su asunto y de sus personajes.

Hay en el segundo acto un cuadro que se desarrolla en los campos de la Moncloa; en él intervienen Martín Muriel, su amigo Leonardo, Pepita Sanahuja, Susana, la de Gibraleón, modelo de diplomáticas astutas de la época; el abate Paniagua, D. Narciso Pluma, etc. En una palabra, todos los anteriormente descritos; dicho cuadro, reproducido por cierto en el Teatro Español con fidelidad absoluta, terminaba con la escena que el mágico pincel de D. Francisco de Goya ha inmortalizado en *La Gallina ciega*,

cuya escena, sin figurar en la novela, el ingenio sutil de Benavente introdujo para dar un poético final a ese acto del drama. Los que verdaderamente sientan amor al Arte y a las tradiciones madrileñas, no olvidarán, si la presenciaron, la noche del estreno del *Audaz* transformado en obra dramática; mientras el telón caía, finalizando ese acto segundo entre los aplausos de un público que no estoy bien seguro de que llegara a comprender la grandeza emotiva de aquel momento, en el que se fundía y completaba la inspiración maestra de tres grandes ingenios españoles, nosotros tributábamos, desde lo más profundo del ser, un recuerdo al pincel de Goya, un homenaje al genio creador de Galdós y un aplauso cumplido al talento amplio y generoso de Benavente.

Otros muchos personajes hay en los *Episodios Nacionales* muy interesantes. De todos no nos permite hablar con la extensión que deseáramos el corto período de tiempo utilizable para leer esta Memoria.

Recordaremos, sin embargo, al gran *Pacorro Chinitas* y a su mujer *La Primorosa*, tipos populares madrileños que aparecen en el episodio titulado *El 19 de marzo y el 2 de mayo*, etc. *Chinitas* era un modesto afilador de los barrios bajos y simboliza la parte sana del Pueblo; sin cultura de hombre instruído, y en un diálogo que mantiene con otro tipo de la novela, vaticina sabiamen-

te todo lo que ha de ocurrir en España, antes de la caída de Godoy, de la proclamación de Fernando VII, y del episodio histórico memorable del 2 de mayo de 1808 en Madrid; y cuando llega este día de la tragedia, tragedia hermosa y sublime, descrita maravillosamente por D. Benito Pérez Galdós, *Pacorro Chinitas* y *La Primorosa* mueren en el Parque de Artillería de la calle de Monteleón, en defensa de la independencia española, en aquellas horas de heroísmo, de las que el historiador nos habla con insuperable estilo y lenguaje, y en las que se muestra de qué modo el Pueblo de Madrid sabe, cuando llega la ocasión, alzarse contra los tiranos y los opresores.

Las páginas éstas de los *Episodios Nacionales*, dedicadas a narrar el 2 de mayo, deben ser leídas por todos los españoles con singular detenimiento; si las obras de Galdós se pusieran de texto en las escuelas, como alguien ha dicho con gran elocuencia en esta cátedra, yo pediría que estos *Episodios* fuesen de obligada lectura sobre todos los otros.

No recuerdo haber leído ninguna otra descripción de este hecho histórico tan acabada, ni tan maestra en sus detalles, en su realismo, en su verosimilitud de sucesos y en su grandeza literaria; sólo por ella y en recuerdo de ser el maestro quien la ha escrito, estamos obligados los madrileños a la admiración profunda y constante por D. Benito

Pérez Galdós. Muy ingrato sería el pueblo que no honrase a quien a su vez supo cantar sus glorias más puras y sus triunfos más grandes.

¡Páginas imborrables en donde el espíritu clarividente del genio pone todo su ideal mojando en el corazón la pluma (permítaseme el símil) para contarnos los trágicos sucesos...; allí sí que está la Patria viviendo perfecta y acabada merced a la obra del historiador incomparable; y es toda España la que se desborda en esa página; y es todo el Pueblo el que se agita en las calles de Madrid en las horas inusitadas de la revancha, sin importarle el número de los invasores ni la consecuencia de su acción generosa ante el mundo.

Los héroes del 2 de Mayo son tan grandes para la Historia, que sólo una pluma como la de Galdós ha podido mencionarlos sin hacerlos de menos ni quedar en ridículo; a tales y tantas y tan altas hazañas correspondía un tan escogido narrador. De otra parte, no es posible, por muy excelso que sea el talento del que describa la convulsión abnegada de los hijos de Madrid en el memorable día, que supediten los primores de la fantasía a la realidad de los hechos sucedidos.

Por muy alta que sea la narración, es más acabada la innegable realidad del genio heroico de un Pueblo que acomete, hiere y mata con el alma puesta en una des-

igual y enorme lucha; para la cual sólo hay energías en un Pueblo como el Pueblo español, para la cual sólo hay espíritu de sacrificio en una Ciudad y Villa como la madrileña Villa. Por elocuentes que fuesen las palabras de Galdós comentando el **2 de Mayo**, no puede haber exageración ni parcialidad, ni lirismo fuera de tono. Aquellos héroes, para quedar como tales en la Historia, no necesitaban ni de la pluma galdosiana ni de la musa de Espronceda. Conste así. Porque la heroicidad, a tan superior grado llevada, se glorifica a sí misma. Por lo que los párrafos épicos de Pérez Galdós y las estrofas sentidas y vibrantes del autor de *El Estudiante de Salamanca*, no pueden ser más que un comentario selecto, un recuerdo que es muy de agradecer, es cierto, pero el cual el Pueblo de Madrid no necesitaba para ser inmortal.

Y es que no habría narración posible capaz de abarcar toda la magnitud gigante, y toda la grandeza sublime que hubo en la lucha de los madrileños indefensos contra todo un cuerpo de ejército regular admirablemente organizado, y que habiendo vencido casi en el Mundo entero, vino a España para someternos y fué contenido en unas horas por hombres y mujeres que, empuñando viejas armas de fuego o cuchillos y navajas con denuedo, salpicaron con su sangre las cureñas de los cañones en el Parque y las calles de la población, pelean-

do unidos, los jóvenes y los viejos, las mujeres y los hombres, los nobles y los plebeyos .. ¿Qué mejor comentario que el hecho mismo? ¡Arrollar a un coloso, poniendo los corazones por muralla y la justicia de los derechos ultrajados por bandera en el combate!...

No podemos detenernos ya mucho tiempo hablando de todos los tipos madrileños descritos en los *Episodios* y en las novelas; enumeraremos algunos otros todavía, siquiera sea rápidamente. Y hablaremos entre ellos, del notable D. Patricio Sarmiento, el maestro de escuela, y bondadoso y acérrimo defensor de la libertad, a la que sacrificó su tranquilidad, su vejez y su vida.

Aparece este personaje en el tomo de los *Episodios* que se llama *El grande Oriente*, y viene a morir condenado a la horca en el período de tiempo de bárbara represión absolutista, que el novelista insigne de quien nos ocupamos cuenta con el título de *El terror de 1824*.

El tipo del desventurado Sarmiento, que satisfecho y pleno de valor y humildad evangélica da su existencia y derrama su sangre por los ideales, es el retrato elocuente y gráfico, imponderable, del Pueblo español en aquel tiempo; Galdós no copia en él un solo tipo en concreto, porque esto no tendría gran mérito ni sería adecuado a su gran carácter de historiador, que recoge de las vidas particulares la esencia total y las

funde en una vida sola, que ofrece a la posteridad como muestra única. Galdós, en ese personaje, describe, no a un español, sino a los españoles; no a un perfecto ciudadano, a la Ciudad entera, al alma colectiva, sacrificada, generosa, humilde, buena, dócil al látigo villano de los gobiernos, que aprovechando sus ignorancias azotaban con instintos rufianescos las espaldas de un Pueblo dormido, trataban con bajezas de ruines a las gentes honradas, y sellaban todas las bocas si no hablaban en su favor, y paralizaban todos los corazones, si los corazones españoles no latían al unísono para alabar sus infamias. ¡Cómo no querer a Galdós!...

Quien lo comprenda tendrá que admirar esa pintura noble y exacta del tipo de Sarmiento; un pobre maestro de escuela, so pretexto de estar en revueltas políticas, es preso; se lo llevan de su casa; le separan del único amor que endulzaba su vida, le condenan sin pruebas, sin leyes escritas, sin códigos; sin admitirle siquiera el consuelo de la confesión general para absolverlo a última hora, a la más infamante de todas las penas..., y aquel hombre muere santa y sencillamente. Allí está el más perfecto de todos los rasgos de la época, ¡es España fatigada, que se entrega ya resignadamente..., es el dolor inmenso de su incultura, de su abandono, de su desgracia!..

Desfilan por la horca los hombres sin pro-

testas, con manso espíritu de pobre cobardía; uno a uno caen todos; la mujer inocente, por bordar una bandera; el viejo, por hablar, en su escuela, de libertad a los chiquillos; el joven, por arengar a las masas en la calle; el soldado, por obedecer a sus jefes; el general, por llevar a sus soldados a vengar el oprobio de tanta tiranía; y tal es ésta, que si para saciar los instintos de sangre les hubiesen dejado sacrificar a los niños, las cabezas inocentes de las criaturas hubiesen pendido como racimos en la horca. ¡Tal el infame rigor de los inquisidores! ¡Tal la afrenta de una Nación entera que dobla su cuello ante la cuchilla del matarife, en lugar de haber alzado la cabeza para escupir a los traidores en la frente!

Habla así el genial historiador, al comentar la odisea del infeliz Sarmiento: «... los empleados de policía que se quedaron registrando la casa, aparecieron. Según parece, habían encontrado alguna cosa de valor jurídico; habían hecho provisión de pedacitos de papel, fragmentos de cartas, sin olvidar un polvoriento retrato de Riego, hallado entre los bártulos de D. Patricio; dos o tres documentos masónicos o comuneros y una carta dirigida al maestro de escuela...»

Con tan tremendas pruebas, como puede verse, agregamos nosotros ahora, es preso Sarmiento y con él una tierna y delicada joven que con el mismo vivía, llamada Soledad. Sarmiento le dice: «... veo que no

lloras. —Así me gusta, exclamó Sarmiento con entusiasmo. ¡Oh, almas sublimes! ¡Oh, almas escogidas! ¡Y pensar que os han de intimidar horcas y suplicios!... Señores jueces, aquí aguardamos la hora del holocausto. Llevadnos ya; subidnos a esos gallardos maderos que llamáis infamantes. Mientras más altos mejor. Así alumbraremos más. Somos los fanales del género humano», y he aquí la confesión pública que hizo en la capilla en la noche antes de su muerte (1): «... y arrodillándose delante del altar, alzó las manos, y sin quitar los ojos del crucifijo, habló así: Señor, tú que me conoces sabes que te adoro, que te reverencio y que ejecuto puntualmente la misión que me señalaste en el mundo. Sabes que la idea de la libertad enviada por ti para que la difundiéramos fué mi norte y mi guía. Sabes que por ella vivo y por ella muero... Sabes que perdono de todo corazón a mis enemigos y que me dispongo a rogar por ellos cuando mi espíritu pueda hablar sin boca y ver sin necesidad de ojos...»

Entonces (sigue la narración), volviéndose al fraile, que en frente y absorto le miraba, díjole:

«Ahora, Padre Alelí, espero que no tendrá vuestra Paternidad reverendísima inco-

---

(1) Está tomado, según Galdós, de un tipo real llamado Iglesias.

veniente alguno en darme el pan eucarístico. Bien se ve que puedo recibir a Dios dentro de mí. Estoy puro de toda mancha. Soy como los ángeles...»; y gravemente dijeron a dúo ambos frailes: «No podemos dar a usted la eucaristía, desgraciado hermano...» (1).

Sigue diciendo el novelista: «... Oyóse el tañido de la campana de Santa Cruz. —Tocan a muerto, dijo Sarmiento. —Yo mandaría repicar y alzar arcos de triunfo, como en el día más grande de todos los días. ¡Ya veo tus torres, oh Patria inmortal, Jerusalem amada! ¡Bendito el que llega a ti!...» Y luego todavía en la capilla, delante del verdugo, ya algo más abatido, exclama con desesperación de morir: «¡Cayo Graco!... ¡Lucas!... ¡Dios, que diste la libertad al mundo!...»; y cogiendo la hopa y el gorro con el que ha de ir al suplicio, dice: «Reputo el saco como una vestidura de gala y el gorro como una corona de laurel»; y le dice a *Sola*, la huérfana protegida suya: «¿A qué vienen esos lloros?... No llores. Llena tu alma de alegría, como está la mía; hoy es

---

(1) **En el tipo del Padre Alelí está desarrollado de mano maestra el carácter hipócrita y falso de los hombres que se decían esclavos de la doctrina de Cristo y venían a ser sus mayores enemigos en la realidad de los hechos. El *padre* en cuestión niégase a dar la absolución al infeliz Sarmiento; es el absurdo moral que engendró en España todo el horror de dos guerras civiles implacables**

día de triunfo. Esto no es muerte. Es vida...»; y dice después en el cadalso: «Estoy en el último escalón, en el más alto; veo desde aquí el mísero género humano, allá abajo, perdido en las brumas de sus rencores y de su ignorancia. Un paso más y penetraré en la eternidad donde está vacío mi puesto en el luminoso estrado de los héroes y de los mártires».

Y acaba diciendo: «Muero por la libertad como cristiano católico. ¡Oh Dios, a quien he servido, acógeme en tu seno...»

Este episodio nos enseña toda la credulidad de un pueblo que así se dejaba arrebatar sus hombres para verlos luego desfilar un día y otro día por las calles de la capital, conducidos en bárbara procesión a la horca... ¡Infamante y pobre, y triste destino el de aquellos ciudadanos, que de ese modo pagaban su falta de cultura! ¡Poca voluntad política la de los mismos, que no comprendieron el remedio; que no supieron salvar a la Nación y salvarse con una sola medida de gobierno, en lugar de presenciar pasivamente el desfile hacia el patíbulo de tanto y tanto inocente, sin descanso y sin piedad, y llevados como un vil rebaño al matadero! ¡Tanto le cuesta a un pueblo no hacer justicia cuando inexorablemente le llegó la hora de realizarla por encima de todo!

Entre los otros personajes de los *Episodios* galdosianos, merece citarse el del ma-

drileñísimo *Pujitos*, que es el chulo de época de Carlos IV, equivalente al de los tiempos actuales; el hombre como «Pacorro» *Chinitas*, inculto, pero atrevido y resuelto a un mismo tiempo; candoroso y bárbaro, confiado e insultante, y cuya falta de cultura la suple con los esfuerzos de su valor personal. Prototipo es este dicho personaje de la manolería andante y bizarra, que acude a San Antonio en las verbenas, templa sus ardores en los cantos populares, ahoga el estruendo de su jácara en las expansiones de las corridas de toros y los mítines políticos, y es a un mismo tiempo generosa y afectiva, tierna y confiada, llena de despreocupación, indiferencia y alegría, y con aquel optimismo español de Cervantes descrito en el *Quijote*, que supo tan bien hermanar el hambre con la risa, juntando la felicidad con el dolor y la esperanza con la muerte.

Otro tipo notable es el *licenciaao Lobo*, muestra innoble del leguleyo trasnochado, vampiro de la sangre de los pobres; *Coletilla* en *La Fontana de oro*, y Pipaón, el célebre Pipaón, en *Las memorias de un cortesano* y siguientes, modelos de políticos vividores, alcahuetes de todos los poderosos, hombres que, como por su necedad o su desidia, o más bien por sus maldades, no han sabido ocupar otros cargos, allí se quedaron como residuos inútiles de su clase social y al servicio de aquellos que les

pagan sus *celestinerías* con los cuatro cuartos que necesitan con apremio para vivir; por eso comerciaban con todas las ideas, vendiéndose al mejor postor, para darse unas veces a los liberales y para ofrecerse otras a los absolutistas, según quien mandaba y dirigía los destinos nacionales.

También citaremos a los *Requejos*, los comerciantes prestamistas, ejemplo también de un tipo madrileño tan corriente y extendido, que no hay más que ver hoy en día las tiendas de todos los barrios bajos de Madrid para convencerse, no sólo de que han tenido dignos sucesores en sus descendientes, sino de que la industria está cada vez mejor y más asegurada, pese a la sanción ineficaz de leyes y reglamentos.

No acabaríamos fácilmente esta Memoria si fuésemos a relatar todos los cuadros históricos de Madrid que aparecen en los *Episodios* y novelas. Quisiéramos hacer una narración extensa y una mención detallada del cuadro de la *Cruz de Mayo*, netamente madrileño, que se describe en *Fortunata y Jacinta*; del estreno de la comedia de Moratín, titulada *El sí de las niñas*, en el teatro de la Cruz, y de la entrada vistosa de Fernando VII en Madrid el día 24 de marzo de 1808, es decir, muy poco antes de la guerra de la Independencia. Dice Galdós: «Era un día de marzo, de esos que parecen de junio, privilegio de la Corte de las Españas, que suele abrasarse en enero y he-

larse en mayo...; había en los balcones de las casas nobles ricas colgaduras de damasco, con su ancho escudo y brillantes flecos...» Y en otra parte del mismo *Episodio*, dice: «Los niños no habían asistido a la escuela, ni los jornaleros al trabajo, ni los frailes al coro, ni los empleados a la covachuela, ni los mendigos a la puerta de las iglesias, ni las cigarreras a la fábrica, ni los profesores de las Vistillas dieron clase, ni hubo tertulia en las boticas, ni meriendas en la pradera del Corregidor, ni jaleo en el Rastro, ni colisión de carreteros en la calle de Toledo».

Todo esto pasó cuando a la caída del favorito Godoy fué proclamado Fernando, Rey de España. Por la muerte que antes os conté, de Patricio Sarmiento, y por la muerte semejante de unos cuantos cientos y aun miles de desgraciados, podéis ver el modo amable y justiciero con el cual el príncipe Fernando *el deseado* pagó todos los buenos deseos del Pueblo, que incondicionalmente se le rendía. No es mala lección si los hombres discretos la saben apuntar como enseñanza en la Historia.

Con tal entusiasmo por la venida al gobierno, de Fernando, que Galdós describe tan magistralmente, pónese una vez más de manifiesto el carácter bondadoso e ingenuo, rayano algunas veces en la suprema candorosidad y en la sinceridad más desmedida, de este buen Pueblo español. ¡Nada

sin Fernando! ¡Nada sin el príncipe querido! ¡Nada sin el monarca deseado! España, mientras él no ocupase el trono, soportaría cuanto hiciese falta: muerte, hambre, guerra, espantos, martirios..., ¡todo cuanto fuere preciso para aguardar al rey español! Era una misma la exclamación de todos los ciudadanos: ¡Queremos nuestra Corte, nuestro rey y nuestras leyes!, ¡nuestros hombres y nuestras costumbres!, ¡queremos nuestra propia vida que nos han quitado! ¡Después de arrebatarla a los que se la querían llevar, tiempo habrá de pensar en nuestro destino!

La descripción de la entrada de Fernando nos muestra el carácter de la Villa y Corte y el aspecto jocoso de alegría improvisada que siempre solió tomar ante uno de estos magnos sucesos que le obligan a echarse a la calle, para dar rienda suelta a sus satisfacciones y sus entusiasmos. ¿Quién no ha visto en nuestros días el mismo espectáculo, reproducido una y mil veces en las calles con cualquier motivo? No habrá madrileño, sea del tiempo que fuese, que no pueda contar entre los recuerdos memorables de su vida y estancia en la Corte, los días en que pisó por primera vez la capital un presidente de república o monarca de país extranjero, o en que se celebraron con pompas magníficas las bodas reales; o bien en que brillantes desfiles militares, a los rayos de un sol esplendoroso, entusiasmaron

al concurso madrileño. La riqueza de colorido, de matices, de luces, de ruidos diversos y discordes en el conjunto de tantas personas como se reunen a lo largo de los amplios paseos del Prado, Castellana o de las calles de Alcalá, de *la Carrera*, o Puerta del Sol, histórica plaza esta última donde tantos sucesos de la vida cortesana fueron a desarrollarse; el sonar airoso y bizarro de las cornetas militares ante el público regocijo, mientras allá a lo lejos del paseo, en las últimas perspectivas del mismo, la luz solar, viva y luminosa, arranca destellos fúlgidos al acero de las bayonetas y al oro de los entorchados, preseas y arreos militares; o bien el regio ornato de las grandiosas carrozas de la nobleza española, que van pasando ante los ojos extasiados de la muchedumbre inquieta y curiosa como un maravilloso desfile de cuento infantil de hadas, asomados a las ventanas de los coches las damas que ostentan soberbios tocados y los príncipes del ejército y la aristocracia luciendo sendas vestiduras de gran gala, mientras que los caballos dóciles que van arrastrando las carrozas, caminan al paso corto, mesurado, llevados de la rienda por lacayos y palafreneros, y moviendo a compás sus cabezas, en donde las plumas sedeñas de variados colores, semejantes a los airones soberbios de triunfo, ponen un aire de majestad armoniosa al conjunto.. y todo ello, ante un mar de personas

que se mueven, que gritan, van y vienen en vertiginoso tropel, viéndose en toda la extensión del camino que recorre la comitiva, como mariposas que se agitan en el aire, de miles colores, los abanicos y quitasoles y sombrillas que blanden suavemente las manos femeninas; los tocados vistosos de las damas, las colgaduras que adornan los balcones, la insignia amarilla y rojá, puesta en lo alto de los edificios nacionales y que el viento impulsa como heraldo de la Patria, moviendo su tela a un lado y a otro, o bien dejándola caer abatida junto al mástil, en gallarda actitud de majestad y reposo, por encima de todas las gentes que pasan, de las tropas que desfilan al compás de las marchas militares, de las mujeres que lucen en la gracia de sus ojos el emblema de la gloria meridional española; de los jóvenes que al pasar la saludan con reverencia, y de los viejos que al verla recuerdan las hazañas heroicas que engrandecieron los días mejores de su vida.

Toda la gracia puramente española, retratada de mano maestra en los sainetes de D. Ramón de la Cruz y de D. Ricardo de la Vega, aparece en los *Episodios Nacionales* del genial autor de *La Fontana de oro* y *Marianela,* con el sello distintivo que va marcado por el humorismo incopiable de los hombres y mujeres de la Corte; tales el sacristán Santurias, que entre atizar las luces de los altares y hurtar pícaramente en

el cepillo de las ánimas benditas, cantaba graciosas seguidillas y clásicos boleros compuestos con letra religiosa:

«Quantus tremor es futurus,
quando judex est venturus...»

... Viva quien baila,
que parece la moza
mejor de España;

o aquella otra que antes de la entrada triunfal del Rey Fernando VII corría de boca en boca, como un conjuro mágico, para fortalecer las esperanzas en los pechos españoles:

El Kirieleysón cantando,
¡Viva el príncipe Fernando!...

Galdós, al convivir con nosotros, supo recoger de la *savia* madrileña aquello que era más hondo y arraigado, y que hoy precisamente, como al comienzo hemos dicho, ha quedado reducido a una parte de Madrid, lo que vulgarmente se conoce con el sobrenombre de barrios bajos.

Quien quisiera hallar hoy cosas típicas tendría que encaminar sus pasos a tales sitios.

En *Misericordia* también nos habla el maestro, de las clases plebeyas; esta novela, la que de intento hemos dejado para mencionarla últimamente, es la copia de lo que podríamos llamar *astrosidades cavernosas*

del *hampa.* Galdós, en el prólogo de ella, nos dice que para estudiar mejor los tipos que figuran en la misma tuvo que entrar en ciertos escondrijos y guaridas disfrazado de médico y con el acompañamiento de la policía. Júzguese cuál no sería la miseria social que conociera en tales antros.

Hoy, del Salitre, Amparo, Ave María, el Calvario, Magdalena, la Ruda, Maldonadas, Olivar, etc., etc., puede decirse lo que el escritor respecto a sus tiempos: «... lugares donde germinó, al beso del sol de Castilla, la flor de la granujería...»

Muchos otros episodios nos recuerda Galdós de los acaecidos en la Villa y Corte: La Revolución del 7 de julio, la noche de San Daniel, lo que él llama *tormentos del 48*; los posteriores sucesos que tanto alteraron la marcha de los acontecimientos políticos de la Nación; el relato primoroso y detallado de la primera guerra civil en los varios *Episodios* a ella dedicados, y, en fin, las descripciones consiguientes de todas las alteraciones, disturbios, motines y trastornos de la odisea en la cruenta lucha engendrada por los fanatismos de los dos grandes bandos que en España disputáronse siempre el predominio en el gobierno y en la vida pública, hasta llegar a la madrugada célebre del 3 de enero de 1874, cuando disueltas las Cortes y fenecida en un momento la primera república española, acabóse en un vertiginoso instante, muerta la

legalidad, el período revolucionario del que bien puede decirse tuvo sus comienzos verdaderos en las Cortes famosas de Cádiz y en la Constitución del 12.

Dice Galdós, refiriéndose a los sucesos del dicho día: «Allí, junto al jardín de Buenavista, vi a Pavía y Alburquerque, rodeado de un Estado Mayor no menos brillante y nutrido que el de Napoleón en la batalla de Austerlitz. Ya era día claro, aunque nebuloso, tristísimo y glacial. Todo lo que pasó ante mis ojos, desde los comienzos del escrutinio hasta mi salida del Congreso, se se me presentó con un carácter y matiz enteramente cómicos. Pensaba yo que en las grandes crisis de la snaciones, (¡qué a punto vienen ahora estas palabras del historiador!) la tragedia debe ser tragedia, no comedia desabrida y fácil en la que se sustituye la sangre con agua y azucarillos», y más tarde, ya todo perdido en las tenebrosidades de los últimos hechos que marcan un período rapidísimo de democracia que para siempre se hundía en la Historia, Galdós, en un diálogo entre dos personajes, habla así: «Vete a recorrer las calles que rodean a esta casa profanada; Fíjate en las tropas que han acudido a consumar la fácil y criminal hazaña. Di a tus amigos los republicanos que lloren sus yerros y procuren enmendarlos para cuando la rueda histórica les traiga por segunda vez al punto de... al punto de... y al sonido de mi voz, como

si ésta fuera el canto del gallo que despide a las almas del otro mundo, la Madre mil veces augusta (se refiere a la Historia) desapareció de mi vista...»

Y dice también, como en arenga á los mantenedores de ideales avanzados, en el mismo episodio: «Republicanos, hoy condenados a larguísima noche, cuando veáis amanecer vuestro día, sed astutos y trágicos».

El genial novelista nos pone de manifiesto en estas páginas la inconstancia y la versatilidad de este buen pueblo; la flojedad para amar sus ideales y saber defenderlos, dejándose llevar siempre más bien de locos arrebatos que de razonados impulsos; carácter típico y sello inconfundible de la raza, que para todos los más graves acontecimientos tiene como nota final un escéptico humorismo. El Pueblo de Madrid, ya cansado, como vulgarmente se dice se retiraba por el foro. Ya D. Benito Pérez Galdós no hubiera podido sacar a relucir en otros episodios el heroísmo incondicional y sin tasa de los hijos de Madrid, que en el 2 de Mayo y en el período del reinado de Fernando VII, se nos aparece con caracteres de abnegación y desinterés; si sus muchos años y el peso abrumador de tanta tarea le hubiesen permitido continuar la Historia de España, sólo podría hablar como agente pasivo, como frío espectador de una historia insubstancial y de una España infortunada;

como indiferente testigo de la pasividad de un pueblo que asiste inerte y sin protesta a las crisis más graves de Gobierno, a los males más hondos de la Patria, a las catástrofes morales y materiales más funestas. Galdós hizo bien en cerrar su Historia en tal período. Hoy, en nuestros días, ¡qué podría decir del pueblo madrileño, y qué podría contar de todos los pueblos de España, si no era para condenar su cobardía y su silencio en toda empresa de reivindicación y todo empeño levantado y noble de justicia! Hoy este pueblo ve los mayores absurdos y las más tremendas calamidades en el vacío de su decadencia y su falta de ideales, más bien como servidor que como amo indiscutible... y ni esta nobleza de ahora corresponde a la aristocracia descrita en los primeros *Episodios Nacionales*, ni la clase burguesa se mueve a impulsos de ideas generosas para dar su sangre, ni los plebeyos saben vengar las injusticias por su mano. Toda tradición parece ya enterrada y todo ideal sepultado entre los escombros definitivos de tantas cosas muertas, de tantos principios olvidados y tantas ideas preteridas, aun sin haberlas dado realidad en la práctica.

Mucho más diríamos si el tiempo nos ayudase para terminar nuestra conferencia como nosotros quisiéramos; es decir, hablando también del Galdós universal, no ya del maestro insuperable que supo contra con tan hermosos rasgos de la pluma todo

el ambiente madrileño de la época revolucionaria.

Quisiera demostraros que D. Benito Pérez Galdós fué también un autor universal, demostración que después de todo no es necesaria, porque el genio lo ha sido siempre. Las obras maestras de la literatura corren por el mundo entero para ser modelos vivos en los que guiar el pensamiento de todos los hombres cultos. Sírvanos de ejemplo el *Quijote*, aunque si se permitiera establecer comparaciones, diríamos que Cervantes habla más al cerebro, y Galdós, en cambio, es al corazón al que antes conmueve. El espíritu del primero parece hechura de la Humanidad entera; el del segundo, luz del solar español; por lo que si Don Quijote de la Mancha es el hombre, Gabriel de Araceli es España; y si los tipos de Cervantes, siendo españoles en concreto, parecen más mundados, los tipos de Galdós, siendo también fuentes de universalidad, semejan ser más nuestros. Y es porque la Patria está más patente en el amor que en el desengaño. D. Miguel de Cervantes Saavedra sintió en su alma toda la vida las mordeduras del odio y de la envidia, en tanto que D. Benito Pérez Galdós, con más suerte, tuvo a la suya más alejada del dolor. Fué un alma que existió con placidez, sin conmociones tremendas ni luchas desacordes, pasando con serenidad por la tierra, como transcurren las estrellas por el

cielo. Por eso su obra es toda como llama de luz espléndida, sin mezcla de odio para nadie. Bendigámosle desde acá, con unción fervorosa, y pidiendo a Dios para la Patria otra historia como la que él ha narrado, y otro genio que, como él, sea todo amor, para contarla con amor excelso.

¿Qué más podríamos decir hablando de la universalidad en el genio galdosiano?... Galdós, realista; Galdós, ideal; Galdós, romántico; Galdós, creyente; Galdós, cristiano; Galdós, patriota; Galdós, artista; Galdós, liberal...; pero por encima de todo, como un nimbo de gloria coronando la persona, sobresale la generosidad del alma. Pesando tanto su genio para el mundo, aun su bondad pesa más; porque cuando se saben tantas verdades de la Vida y la Historia como él supo, más méritos encierra el ser bueno. La Verdad no le dió hiel al tomarla de la vida; le dió consuelo, y ¡ojalá que para los hombres grandes, como para los pequeños, así fuese siempre!

Como las personas que todo cuanto son y cuanto valen en sí mismo lo hallan, sin que necesiten ampararse en la influencia o ayuda que los demás pueden prestarle; Galdós, llegando desde modesto periodista a las cumbres mayores del Arte literario, no necesitó de más protección que la de su talento, ni le hizo falta otra influencia que la trazada por el esfuerzo de su pluma en el mundo de las letras españolas; otros,

que comienzan con grandes estímulos y que tamb én llegan a los más altos puestos, una vez subidos en la cumbre desvían su ruta, y mirando con desdén a los que atrás se quedaron, se confunden con los cortesanos, con los aduladores, con las *gentecillas* serviles que rodean a los grandes influyentes del capital, de la política y de la banca; y son entonces en su arte como histriones de la farsa, cuyos muñecos se mueven en los recintos de las salas palatinas, antecámaras de los ministerios, obscuridades siniestras de las mansiones conventuales y en tantos sitios en cuantos impera la ficción y el engaño de nuestro sistema social...; no así Galdós; siempre distanciado de las pompas y las vanidades mundanas, que jamás llegaron a conmover su sensibilidad de artista cíclope, fortalecido en la tarea constante y cotidiana. Resistiendo tentaciones de lujos y brillos externos, de puestos elevados y cargos políticos, vivió siempre solo, siempre aislado; concentrado en la grandeza ideal de su espíritu y en la tranquilidad de su vida, mientras la vida española, tumultuosa y varia, arrancaba rugidos de combate o alaridos de guerra al Pueblo, para que él, desde su cuarto humilde de trabajo, los fuera trasladando a las cuartillas de los *Episodios*, donde les diera la inmortalidad de su idea y la grandeza incomparable de su estilo... Vivió solo, con la fortaleza que ha dicho

Nietzsche que caracteriza al hombre apartado del trato con los demás; solo y confiado en la fuerza indomable de su voluntad, que al cabo del tiempo pudo ver con orgullo y con la satisfacción de los íntimos deberes cumplidos, cómo por medio de su trabajo llegó a edificar un hotel propio, allá en la costa cantábrica, añorando las playas canarias, como lugar de apacible retiro, y puesto en el sitio mismo donde la voluntad de muy altos señores edificó también regiamente... ¡Ejemplo vivo del premio para los que así saben luchar! Don Benito Pérez Galdós, viviendo fuera del mundo de cortesanos e influyentes, ponía con el tiempo su planta y sentaba sus reales donde reales personas los sentaban; porque para el hombre bueno y honrado, que libremente trabaja, ni hay poder que le rinda ni hay grandeza que le anonade.

¡Cuántas veces, en el descanso de sus días tranquilos, sentiría, viendo el mar, las nostalgias de aquellas playas canarias, ¡tan llenas de serenidad y de luz, tan próvidas de color y de vida!

Transcurrían para el maestro las horas en el sosiego inefable del descanso, extasiada su vista ante la contemplación de los misterios naturales y sintiendo el cuerpo más fortalecido al contacto de las auras marinas, refrescando su frente ardorosa con el soplo del viento, que en la hermosura del Cantábrico debió ser para él como sa-

lutación de vida, como refuerzo y acicate para continuar después la lucha allá en la Corte... ¿Quién no se lo imagina? ¿Quién no le habrá visto, con los ojos del espíritu, vagar las horas muertas en el jardín de su hotel, arrullando sus sueños con el ruido de las olas lejanas, halagando su mirada con el placer de contemplar el mar latino, alborotado, pletórico, bravío, fuerte, inmenso, como la Raza que él había enaltecido, ¡como la Nación cuyas ansias y bravuras llevaba y tenía como cosa suya con la efusión de un sentimiento altísimo, puesto por encima de todas las miserias reales!

¡Qué desiertos deben parecer esa casa y ese jardín que él ya no habita, por ley inexorable de la vida! ¡Qué solitaria sin la sombra del patriarca que a casa y jardín, personas y cosas, a todos les daba amparo! ¡Qué muda, y hosca y silenciosa esa morada, sin el genio presidiendo sus encantos!... ¡Qué solas las cosas cuando no tienen al lado la mano que las ha creado! ¡Qué pobre la Naturaleza cuando el hombre bueno no la llena con la espiritualidad de su presencia!

¡Oh! ¡El poder, el soberano poder de la Ley natural es inmenso, sí; la Naturaleza es grandiosa, pero habría de tener enorme vacío si le faltase la fuerza del hombre que con la suya se encadena para tejer la vida! ¡No tiene para mí realidad fecunda si no le acompañan las almas geniales que con ella laboraron creando las bellezas eternas

del Arte! La Ley natural y la Ley del alma completándose en el genio, trazan las figuras inmortales que el tiempo no vence y que la eternidad recoge... ¡Naturaleza, espejo del Señor! ¡Tierra, paraíso de todos los encantos!... pero... *¡Hombre!* ¡Realidad la más alta, la más fecunda de todas las grandes realidades de la vida!... ¡Por eso cuando un autor como D. Benito Pérez Galdós, siguiendo las leyes inexorables de la Naturaleza pasa a mejor vida, sentimos la ausencia del genio de tal forma que no habría seguramente consuelo para nosotros si no supiéramos que para transformar la marcha de las sociedades han de venir otros genios después de los que ya se fueron! No habría, no, esperanza capaz de darnos alegría ni fuerza para nuestra resignación, si no tuviéramos la firme convicción de que hay engrandecimientos y decadencias en los pueblos como hay ocasos y auroras en los mundos; y que faltando los maestros que fueron, otros han de venir para reemplazarles, pues la Patria sustituye sus hombres tan fácilmente como la tierra renueva sus flores.

Y hemos de acabar ya por apremios del tiempo. Mas no será sin hacer mención de algo que para nosotros constituye imborrable recuerdo. En la convivencia tantos días con el gran autor, en los tiempos en que le hemos tenido cerca de nosotros y hemos presenciado su paso a nuestro lado por las

calles, al ver la figura respetable avanzando silenciosamente, con pausa, apoyada en su báculo como pastor que camina buscando el rebaño perdido, sentíamos que en esa figura se daba todo lo más alto del carácter español, soberamente compendiado. A poderlo demostrar lo haríamos cumplidamente. D. Benito Pérez Galdós resumía en sí las tres altas y grandes cualidades de nuestro Pueblo...; las tres virtudes, las tres estrellas de la constelación del cielo de nuestras tradiciones y nuestra pasada grandeza; son a saber: la generosidad, el valor, la gracia... La generosidad la tenía en su alma buena, abierta siempre al puro bien, dispuesta a perdonar como a querer; el valor, en el carácter rudo, noble, férreo y tenaz de su voluntad que sobresalía por encima de todos los obstáculos; el valor suyo que era el valor verdadero, no el valor impetuoso de los inconscientes, que matan, sino el valor reflexivo de los genios, que crean; el austero valor, hecho de bien, de virtud y de prudencia; no, en suma, el valor del matón o del *flamenco;* no el valor material basado en la sola fuerza del músculo y la sangre, sino el valor altísimo apoyado en la fuerza de las ideas.

Otro rasgo característico suyo era su genial humorismo; ese ático, finísimo, profundo y quintaesenciado humorismo, que resbala como un rayo de luz espléndido por las páginas de sus novelas, como una fuen-

te de calores suavísimos, que es como el vuelo lento, callado y sumiso de esas aves que cruzan sin ser vistas el espacio, como el rumor de las brisas de estío, como el aire del mar en la noche tranquila...; humorismo todo sutil y lleno de gracia; de gracia fina, ligera y grácil, y a un mismo tiempo depurada en tan honda naturalidad y tan ingénita ternura, que por ella nos figuramos al gran autor escribiendo la historia de ciertos personajes en tan íntimo y espontáneo regocijo, que eran sus dictados, no como expresión de pensamientos cualesquiera, sino como manifestación de algo tan arraigado al ser del maestro que, al trasladarlos a las cuartillas, trasladaba íntegra la personalidad de su espíritu... gracia, producto de la alegría de vivir, que juntaba la honradez de la conciencia a la fuerza del talento.

La generosidad, el valor y la gracia. Por ellas fuímos grandes en la historia un día y por ellas vivimos aún con independencia. Por estas tres altas virtudes, base de nuestra firmeza y fuente de nuestros heroísmos, seremos siempre mirados por otras naciones como el pueblo trágico y respetable de las grandes endechas del valor y las jocundas festividades de placeres que halagan el ánimo con poder insuperable.

Los tipos femeninos que Galdós encarna en sus novelas, por ejemplo, a más de las altas cualidades con que idealmente los

adorna, llevan en sí la expresión de esa gracia suprema del maestro a la que nos referimos. Gracia que en nuestras mujeres no radica solamente en la fuerza emotiva de sus espíritus delicados, ni siquiera en los encantos físicos de los misterios dormidos en las sombras que hay en sus ojos, en la mágica luz de sus pupilas que semejan haber recogido toda la luz meridional del Occidente y todo el misterio de los destinos lejanos del Oriente. Algo más hay en las mujeres de Galdós; sintetizan toda la gracia virtual española, creadora de hondas ternuras tanto como de impetuosas rebeldías. Muchos autores de la generación en la que floreció el ilustre novelista y dramaturgo, muestran tipos de mujeres que no corresponden a la realidad de los hechos en nuestra Historia. El crea los tipos de las grandes heroínas, y en su escuela de literatura hay para las mujeres españolas modelos vivos de enseñanza si saben estudiarle con detenimiento.

El humorismo suyo, del que antes hicimos mención, es el que corresponde a nuestro Arte en general. Arte de líneas caprichosas un día, y otro de ideas graves; pero siempre Arte de luz, pero siempre Arte de sol; Arte donde vive libremente la risa y donde campea a discreción el optimismo; porque no obsta, a mi modo de ver, lo místico y lo serio de ciertas expresiones, para que esa misma seriedad y ese misticismo

sean más prueba patente de lo que decimos.

Gracia en su Arte, valor en sí mismo y generosidad en el corazón, este fué D. Benito Pérez Galdós. Es un retrato sencillo; pero, a mi modo de ver, compendia en la síntesis de un resumen gráfico todos los méritos del hombre y todas las espiritualidades del creador. Así le conocimos y así era, y así debéis recordarle... y así le amaréis con el tiempo, y le ensalzaréis aún más porque su figura irá agrandándose a medida que pasen los años, y en otro siglo, apartada de los sectarismos y purificada de todas las discordias que rodean la figura del hombre cuando vive, sea o no hombre cumbre, será la suya como la del apóstol, y por ella, como por todos los que os dieron honra, la Patria volverá a nueva vida. Porque la Patria, no dudarlo, o no es nada, o no está sólo en las bellezas externas de las cosas y el tiempo, y en los risueños panoramas, en las altas cordilleras, en los horizontes que la tierra ensancha y los cielos limitan, en los hogares alegres o en los grandes pueblos llenos de vida ruidosa; la Patria es Galdós, la Patria es Echegaray, la Patria se llama Ramón y Cajal, y se llama Costa, y se llama Cervantes, y tiene tantos valores y tiene tantos nombres como héroes o sabios hubo en su Historia. Es el resumen de todas las ideas y el cúmulo de todas las glorias, por lo que podemos agregar que si la enseña ma-

terial es el símbolo, la realidad está en estos hombres.

D. Benito Pérez Galdós es como un gráfico retrato de la España que ha sido. Su figura física nos traía a la mente la evocación dulce y sentida de los retratos familiares de nuestros ascendientes, y su figura espiritual nos da la traza y norma de la conjunción del romanticismo, flor que entonces comenzaba ya a marchitar sus galas, con el realismo profundo y sano que nacía a la vida del Arte. Juntó el Ideal con la Verdad, y por eso su estilo tiene de lo pasado toda la efusión de un sentimiento plácido, y lleva del presente toda la exactitud de una realidad fecunda.

Y ahora, debiera dar por terminado este trabajo. Mas no será así sin dirigir antes un llamamiento y un ruego al Ateneo. En Junta general extraordinaria de la Seoción de Literatura, la cual yo propuse, se acordó la celebración de un homenaje a Galdós. Desde este sitial, en el que me honré hablando en la tarde de hoy, ruego una vez más a los señores socios del Ateneo de Madrid se preocupen de estos actos en memoria, en recuerdo de un maestro alto y de un hombre bueno; procurad que el ciclo de conferencias y la velada necrológica sean realidad por lo menos, ya que otras cosas también propuestas no han podido celebrarse.

Escritores tan excelsos como Ortega y Munilla y Martínez Sierra, se han brindado

ya a intervenir en el mencionado ciclo de conferencias. Otros, por lo abrumador de su tarea, se vieron imposibilitados de tomar parte en tal empresa; pero todos los maestros de la literatura nos acompañan desde lo más íntimo de su corazón, y sólo ante la confianza y el afecto de ellos recibido, continuamos con fe en nuestro empeño. Pero no queremos solamente el concurso de los consagrados, sino que esperamos también el vuestro; quien quiera hablar del genial escritor hágalo en buena hora si, como es de suponer, ha de realizarlo con amor y cariño; en esta ocasión generosa, para ensalzar a tan ilustre español, creo que todos debemos ser hermanos en una misma causa.

El Pueblo está hoy más necesitado que nunca de que le demos buenos ejemplos y de que nuestra propaganda sea beneficiosa y activa. España, esta pobre España (estos días atrás bien claro se ha visto) vive sin orden y concierto y agoniza políticamente... ¡Siempre idénticas farsas, y siempre las mismas crisis en la vida nacional! ¡Siempre igual desprecio para los Parlamentos, y siempre las mismas causas obscuras y clandestinas para regir la vida del Estado, supeditando las soluciones de esas crisis al blando aletear de las tocas monjiles, a la sombra siniestra de las cogullas frailunas o a la influencia de ocultos poderes extraños! Nunca mejor ocasión para poner delante del Pueblo las figuras de Castelar, de Gal-

dós, de aquellos apóstoles que se fueron de nuestro lado, y que tanta falta hacían en un ambiente y una época de cobardía y bajezas, de apatía y miseria para todo lo que eleva y dignifica las almas en la lucha social por la vida...; pasará el tiempo y la figura de Galdós ha de agrandarse aún más, si más es posible; algunos hombres, que en sus partidos políticos fueron tenidos por escogidos, pidieron al morir que la bandera de la Patria cubriera los restos mortales de su cuerpo; si así fué y así se concedió, nosotros también, sus admiradores, para Pérez Galdós pediríamos otro honor; más no ése, nunca ése; para él no es la bandera lo que debe pedirse, porque ese lienzo rojo y gualda, aun con toda la santidad del símbolo, para nuestro maestro no es bastante; no ya la enseña, no el símbolo, sino la Patria misma debe ser la que recoja en un abrazo estrecho el espíritu y el alma del creador y del artista, para hacerlo enteramente nuestro, para darlo perpetuidad con el ejemplo y utilidad con la admiración y con la enseñanza. Allá, desde otra vida, si es que otra vida hay, no puede pedirnos otra cosa, que continuemos su obra, que la eternicemos, creando otra España tal como hoy no existe y tal como el maestro la soñara.

He dicho.

En la tarde del día 13 del mes de febrero último, continuando el ciclo de Galdós por mí organizado, dió la tercera conferencia correspondiente al mismo el escritor don Antonio Alarcón Capilla. Acogiéndose a mi invitación a los jóvenes estudiosos dirigida, solicitó tomar parte en tan honrosa propaganda; por no ser socio ateneísta y siendo necesaria su presentación ante el público, quedé yo encargado de esta misión, por haber tenido la amabilidad de delegar sus oficios en mi persona la representación de la Sección literaria del Ateneo.

Hubo mucho público para oir la disertación del joven escritor Alarcón, la cual, por cierto, y sin más que hacer los debidos honores a la Justicia, mereció el calificativo de muy notable. Otro éxito más que podemos apuntarnos en nuestro generoso haber aquellos que, luchando contra ciertos obstáculos, conseguimos ver realizados nuestros empeños altruístas.

Me consta que mi escrito de presentación del conferenciante ha sido censurado por varias personas, fundadas en la extensión del mismo; que bien sé alcanzó al criterio

de los que tuvieron la bondad de escucharle, no es la acostumbrada para los actos de esta índole. (También yo sé que es más corriente en el Ateneo, como en todos los Centros, hacer oralmente las presentaciones de los conferenciantes.)

Debo decir, sin embargo, que esperando desde luego los *arañazos cariñosos* de la censura, procedí en otra forma que la acostumbrada por dos razones: la primera, porque se trataba de una labor organizada por mí solo, entiéndase bien, *por mí solo*, y en la que yo he puesto todos mis anhelos mayores; la segunda, porque el Sr. Alarcón no era para mí un extraño, y por sus méritos se merecía cierta efusión al llevarlo hasta una tribuna tan importante.

Y ahora, el que después de manifestar estas razones no se dé por convencido, lamentándolo con toda sinceridad, tendré que decirle desde aquí paladinamente que ha perdido el tiempo con sus inútiles clamoreos, muertos en el vacío de la indiferencia...

Presentación del escritor D. Antonio Alarcón Capilla al Ateneo, la tarde del día 13 de febrero de 1922. Versó la disertación de aquel escritor sobre «Galdós y su obra»:

SEÑORES:

La conferencia que vais a tener el gusto de escuchar del Sr. Alarcón Capilla es la tercera de las que corresponden al ciclo galdosiano. Organizada esta labor intelectual por unos cuantos entusiastas, nos honramos trayendo a este estrado a cuantos quieran colaborar generosamente en nuestra empresa.

No es menester encarecer la importancia de nuestra obra; todo el esfuerzo nuestro ha de tener una suprema recompensa: la otorgada por los hombres que amen con entusiasmo las producciones de Galdós, porque el comentarlas es, haciéndolo discretamente, realizar labor santa de espiritualidad y de grandeza, es hacer Patria.

Alejáronse de este ciclo, de esta tarea nobilísima, los que primeramente debieron venir a traernos en él las primicias y los frutos dorados de su fértil ingenio, es decir, todos los consagrados como maestros en el Arte literario. Ellos sabrán por qué causa. Fuera inoportuno hacer ahora extenso comentario. Si hemos de ser sinceros, no vamos a ensalzarlos en nuestro juicio, y por eso, más vale callar piadosamente. Dejémosles encerrados en sus respectivas torres de marfil, que hagan su labor, grande o chica, por España, y vengamos aquí los que no estamos consagrados; vengamos a demostrar que somos, sí, capaces para desarrollar una tarea por nuestra cuenta, sin *andadores*, y sin que nos impulse ajena voluntad alguna. Ello será la mejor prueba de que la generación española actual puede salvarse por sí sola. Nuestra fuerza bastará para nuestra empresa, sin mezclarse con otras fuerzas extrañas, aunque sean viriles y recias, como fuerzas curtidas en el rigor de la pelea cuando se ha triunfado.

Si hemos de ser conscientes, nuestros maestros tenemos que buscarlos entre los hombres que, como D. Benito Pérez Galdós, de todas las cosas de la vida sólo amaron la Verdad, y de todos los bienes que esa vida les ofrecía a su paso, sólo anhelaron el bien de las ideas.

Porque en tal maestria nuestras almas

han de adentrarse, como en un baño de purificación y en una consagración de castidad artística. Hemos de salir, al contacto con el genio clarividente, más grandes, más fuertes, más altos espiritualmente. El contacto con la obra de Galdós, al comentarla, nos devolverá esperanzas perdidas. Y al mismo tiempo hará que podamos sacudirnos la podredumbre, la miseria que viene de todas las cosas de ahora. Nosotros miramos siempre adelante, somos progresistas; pero llevamos dentro del alma un escudo para la lucha: la fe en lo bueno y en lo noble. Y no creo que para lograr esa fe podamos, salvo casos contados, elegir muchos modelos actuales En Galdós, en cambio, sí, ya lo creo. Hay un modelo en él tan grande, tan puro, que de no participar nosotros del maravilloso imperio que a la juventud dan las energías de la voluntad, nos causaría temor la iniciativa propuesta de comentarlo.

Pero no tememos quedar en ridículo; al contrario. Sabemos que sus ideas serán amparadoras de nuestra juventud, como supremo baluarte en donde los hombres esforzados de corazón y serenos de espíritu se cobijan para defenderse contra las abyectas ruindades, tejidas en el fragor de las luchas modernas; el baluarte de las ideas, que al conocerlas, cuando se sienten, suben más alta la voluntad, ponen más consuelo en el ánimo y son para nuestras

pobres frentes como caricias de aurora, como brisas refrescantes, para calmar sus ardores; musas de la Verdad, invencibles, como todo lo eterno; puras, como todo lo artístico; amorosas y fecundas, como todo lo bueno. Con ellas y por ellas seremos más fuertes, y moralmente seremos también más escogidos.

Todos los jóvenes de talento, por profunda convicción moral y por deber estricto de conciencia, han de amar la inmensa obra galdosiana, guía mental para el estudio de la Nación, del Pueblo y de la Historia.

La semilla arrojada al surco en arte florece pasado cierto tiempo; las ideas expresadas por Galdós en sus novelas y en sus dramas es ahora cuando deben dar fruto provechoso. La generación que sigue a la otra en que el genio tuvo vida mortal es la más autorizada para recoger todo el legado de su obra. El genio testa en ideas, como el rico en bienes materiales testa en cosas del dinero. La herencia de Galdós nos toca a nosotros, a los hombres de la generación presente. Nosotros la recogeremos para administrarla cuidadosamente, no como el patrimonio de unos cuantos, pero sí como la carga obligada de un Pueblo todavía consciente y libre a pesar de su decadencia; como legado inapreciable, como inmenso tesoro de engrandecimiento tal que al abarcarlo con nuestra exigua potencialidad

sea él el que a nosotros nos rija, no nosotros a él. Legado de ideas es como bien espiritual tan magnánimo que por él se comprende la verdad de las palabras que encabezan una obra literaria de un gran escritor español: *Los muertos mandan.* Mandan, sí. Mandan los muertos con el imperio ineludible, incontrastable, de sus altas ideas; mandan así los muertos de la talla mental de D. Benito Pérez Galdós. Ellos nos impondrán la norma de nuestro vivir cotidiano. Estamos obligados moralmente a una fiel obediencia a ese mandato; sigámosle rectamente. Obediencia en este caso es más que cortesía: es nobleza de corazón y esquisitez de alma. ¡Que las sombras augustas de nuestros mejores maestros guíen nuestros pasos en la vida literaria! Y así será más fecunda nuestra tarea, y será también más consolada nuestra existencia.

Recojamos, por el bien de la Patria, las ideas invictas de Galdós.

Alarcón Capilla, el artista que hoy va a tener el honor de dirigiros la palabra, no es un profano en el Arte. Ha escrito ya varias novelas y publicado muchos artículos. Presto conoceréis que digo verdad al afirmar concretamente que este joven literato tiene en su espíritu la savia fortalecedora de los grandes, de los elegidos por las musas para ser coronado con laureles de triunfo. Alarcón Capilla es de los que luchan y saben llegar. Artista forjado en el yunque de una

vida de trabajo continuo en que nunca desmayó, para vencer sólo le hace falta una cosa: la acción del tiempo. Lo demás lo lleva en sí mismo. Si Dios le ayuda llegará a ocupar un puesto, como premio merecido, en el vasto mundo de las Letras españolas

Resaltan en este escritor la valentía de sus pensamientos y el firme y enérgico carácter de los hombres de voluntad: no sabe adular, no sabe pedir favores a nadie; pero sabe cómo se trabaja, y esto le basta.

Como norma característica de su modo de pensar, oid estas palabras suyas, escritas en el prólogo de su última novela, y que se titula: *El encuentro de dos almas*: «La egolatría, enjuiciada por un entendimiento trivial, resulta mezquina, odiosa. Por el contrario, sentida por un espíritu sereno y noble, denota, no el amor a sí mismo, en la vulgar acepción de esta frase, sino reverencia y acatamiento al alma superior que nos eleva, a la parte sutil y divina de nuestro ser...»; y termina este párrafo admirable, qúe por su mucha extensión no cito aquí íntegramente, con aquellas divinas, profundas palabras del mago prodigioso en la lírica castellana, Rubén Darío, que son todo luz, y excelsitud, y poesía, cuando cantando a la Verdad recóndita del sentimentalismo que hay en todas las almas elegidas, nos dice: «¿Quién que Es, no es romántico?» Es decir, señores, digo yo ahora, ¿en qué alma en donde la Verdad se esconda, en

qué espíritu que sienta su yo con la fuerza de lo que está por encima del medio y de la vida, no hay un romántico, no existe un enamorado de sí propio, un anhelante de concebir en sí algo como una romántica Divinidad, fundida a la gloria de Dios por influjo soberano del Arte?

Y sigue diciendo Alarcón Capilla en el prólogo hermoso de su novela: «Por lo tanto, si llego a reunir las dotes y atributos por los que yo mismo pueda reconocerme buen novelista, en calidad que admiro en unos cuantos—muy pocos—, seré, sí, orgulloso; seré ególatra y seré romántico».

Aquí, en estas palabras, está definida la personalidad literaria de Alarcón Capilla. Siente egolatría, amor de sí mismo, porque confía en sus fuerzas. Nadie que no esté seguro de su valer puede tener tal jactancia. Pero en Alarcón no es jactancia ni vana presunción. Es el Ideal, su Ideal que habla, que vive y palpita, que le hace declamar con entusiasmo, con íntimo amor a su obra; su obra, que él reputa modesta, pero llena de amor al Arte y a las ideas. Llega a nosotros con un bagaje de estudios, de pensamientos, de idealidades, como debe venirse al Ateneo. Viene después de haber recibido cono confirmación obligada la sanción del público y como premio otorgado en lid honrosa el fallo favorable de la crítica; ¿qué mayores méritos podéis pedir para escuchar su palabra? ¿Qué mayor razón

para conceder a su talento el honor de ocupar esta Tribuna?

Las novelas de este joven literato os las recomiendo sinceramente. Tienen el sello de las corrientes modernas mundiales de la Literatura, sin caer en las extravagancias exageradas de ciertas Escuelas, no diré abominables, no me atrevo; pero sí digo equivocadas. El que verdaderamente vale no necesita de esas armas para vencer en la pelea. Por eso su estilo es firme, severo, nunca presuntuoso, pero tampoco exento de galas y atavíos, que dentro de la profundidad de las ideas y la claridad de los conceptos son como vestido y ropaje literario que siempre agrada. Algo que ha menester la idea para cubrirse de belleza externa; primorosa belleza externa, que nos hace aceptar con más gusto lo que hay dentro de ella.

Algún crítico comparó al escritor Alarcón con otro excelso productor de Arte en la novela, que lleva su mismo apellido, con el autor de *El sombrero de tres picos*, y es, por cierto, muy acertada la comparación. En el estilo limpio y preciso de Alarcón Capilla existe la armonía plena de los que saben manejar la pluma con tal arte y con tal soberbia pulcritud, que no la emplean para corromper el lenguaje sonoro de Castilla, *el alma mater* de la española lengua, sino que la usan para darle corrección con lo preciso, esmero con lo acabado, elegancia con lo bello, grandeza con lo supremo,

afectación con lo vistoso, idealidad con lo poético; en suma, armonía severa, clásica, indestructible; que trae el espíritu de lo antiguo a la imaginación y el sabor de lo moderno al oído. Algo que es como la arquitectura de antiguas Catedrales históricas, en donde la obra clásica perdura, porque lleva en la superioridad de su construcción poder para el recuerdo de la tradición pasada y grandeza para el simbolismo de la realidad presente.

Alarcón Capilla es un lírico. Pero con el lirismo de los que tienen corazón sano; es decir, romántico, con el romanticismo no de escuela, sino de alma, de espíritu. El nos dice en su última y acertada producción: «Yo poseo un riquísimo cendal, más sutil que el cristal mismo que filtra la luz; por este filtro mío pasa la vida, que, al iluminarse en mi cerebro, va presentándome sus inacabables matices...»; y dice, refiriéndose a las pruebas galanas de su ingenio»: esto es mío, existe en mí, sólo yo puedo darle vida con el pincel, o con el buril, o con la pluma; mas, si quiero, de un soplo lo destruyo—con menos de un soplo. Así, dejando de pensar. Dejando de soñar».

Poder, que como Alarcón expresa admirablemente, sólo reside en Dios y en el Poeta; porque es el maravilloso poder de Creación, capaz de hacer y deshacer a su antojo, ya en pensamientos profundos, ora en vuelos delicados de la fantasía, o bien

en recónditos, íntimos, inacabables sueños de la mente generosa del artista.

Hay, para mí, dos clases de romanticismo: uno, el que fué romanticismo de los poetas y los escritores del siglo pasado; otro, el romanticismo que más que en la forma y en la exageración de las sentimentalidades del escritor o del Poeta, es en las almas donde está grabado, en lo más profundo de las almas, porque no es sino la aspiración que sienten los elegidos, los que huyen de las bajezas del medio ambiente social, y desean ser mejores que cuantos le rodean. Este romanticismo jamás se acabará. El otro, sí; tuvo su época y murió con el fin de ella. Pero éste, que no es romanticismo de escuela, ni de época, ni de historia, vive siempre latente, porque todo lo puramente grande, todo ensueño bello del artista, es como un romance delicado. No será afectación, no será algo postizo; será ensueño condicionado por la realidad; pero el realismo de un artista moderno como Alarcón Capilla no le priva de guiarse con alas del sentimiento para entregarse al delirio de sus sueños. Así, en este sentido, todo lírico es romántico. Y Alarcón Capilla, por ser un lírico, es también un romántico a su modo y de cierta manera. Mas como vive en un siglo de plenas realidades, y siente perfectamente las verdades del orden material que le rodea, es decir, lo que podríamos llamar verdades minúsculas de la vida, no le em-

pece su lirismo para presentarnos en sus obras la exacta visión de cuanto existe, la realidad más o menos descarnada ante la vista y el juicio de sus muchos lectores, ni le privan los sueños de su imaginación para ser fiel copista de las cosas que pasan a su alrededor.

Por eso precisamente ha triunfado en cuantos pasos dió, y por eso pudo decir de él en justicia Alfonso Vidal y Planas que había de ser un artista, y un escritor de público, es decir, de aquellos cuyos libros y cuyos escritos se leen con agrado, y se comentan con deleite y se recuerdan con satisfacción. Porque tiene la justa medida de cómo se deben emplear en la novela, en el artículo periodístico y en el Arte en general, todos los resortes adecuados para expresión de las ideas.

El estudio de Pérez Galdós, como el estudio de todos los maestros clásicos, ha de engrandecer aún más el estilo espiritual que Alarcón Capilla ostenta como valor primordial de su alma de artista completo y verdadero. Este escritor, lo mismo que el que ahora tiene el honor de dirigiros la palabra, sienten por la magnificencia de la obra galdosiana entrañable cariño, y hablar de ella es para él, como para mí, sacudir la fibra más emotiva de su temperamento refinado de artista, porque es de los discípulos que llevan arraigada en lo más hondo la enseñanza del maestro; corazones en

donde la semilla, al fructificar, arranca sentimientos de íntimo placer, como flores de un jardín de primavera. Por eso, al presentarse ante vosotros, no pudo haber elegido mejor tema. Ni yo, para quien la empresa de este ciclo y de la velada necrológica en honor de Pérez Galdós tanto tesón representa, sabré tampoco cómo agradecerle la amabilidad y el deseo que lo traen a identificarse con mi tarea.

Exprésole ahora desde aquí toda la sincera gratitud que puede caber en un hombre bien nacido, como prenda asequible de mi devoto agradecimiento. En Arte hay una hermandad espiritual, y los lazos de ella téjenlos las ocasiones como la presente, en donde, aislados de otros muchos que viven enfrascados en sus caciquismos estériles o en su pequeñez, acometemos unos pocos esta labor desinteresada, labrando esto, que es como tierra dura, que no ha de darnos frutos de pan, sino las íntimas satisfacciones morales por el deber cumplido.

Alarcón Capilla viene a dejar oir en la tarde de hoy sus palabras, fortalecido, una vez más en su vida de luchador, con la legítima esperanza de vencer. ¿Por qué razón? Por dos, a cual más poderosas: porque lleva consigo la firme convicción de su honradez artística, y porque va con él, en la idealidad de sus puros entusiasmos, como protectora inseparable, que no le

abandona ni le deja, la sombra de Galdós, la figura del patriarca, la efigie moral del maestro, que alienta y vivifica a los que, convencidos de su valer altísimo, anhelan presentarlo una y otra vez ante el público del Ateneo, ante la Crítica y ante todos, en fin, como semblanza de admiración universal, como espejo de grandes ciudadanos, como blasón de la raza, amparo de los buenos, aliento para los débiles, guía para los jóvenes y maestro para los estudiosos, manantial perenne de ideas y fuente de eternidades artísticas, porque en él va marcada la senda de lo que no se acaba y por él es eterno el pensamiento, como no pueden serlo los sentimientos de sectarismo o de rencor que se oponen a su paso.

Los que empezamos a escribir debemos ser siempre originales, es cierto. Aún más; estamos obligados a ser independientes desde el mero punto de vista artístico; pero si a los que inician el camino lento y azaroso de sus andanzas literarias es permitido apoyarse en algo anterior a ellos, que sea en las altas y firmes columnas del templo de la Raza. Y Galdós es de los más fuertes sostenes del mismo. De piedra maciza y dura. En él España guarda sus colosales tradiciones de Arte. Los siglos fueron, en su correr agitado hacia lo eterno, depositando en sus anchas naves todo lo elevado y lo supremo de la vida espiritual española. Y son columnas poderosas, de cimien-

tos indestructibles, los hombres como Galdós, como Calderón, como Lope de Vega, como Cervantes, como Castelar, como Echegaray, y como tantos otros, en fin, amor del Pueblo y envidia del Mundo. Podrá discutirse a otros muchos; para éstos no hay discusión posible; si los negamos, negamos a la Patria; si osamos destruir esas columnas que son como imágenes del altar para el creyente español, ellas nos aplastarían al caer, por su propio peso, y acabarían con nosotros y con el único jirón de gloria que nos resta para presentarnos dignamente ante el conjunto de los pueblos civilizados. Son nuestro orgullo, nuestra soberbia, nuestro galardón más preciado. Oigamos con respeto, aunque no fuere más que por esto, las palabras que aquí pronuncie hoy el inspirado escritor Alarcón Capilla.

Va a hablaros un autor aun no de todos conocido, un escritor no consagrado por toda la opinión intelectual española; pero a través de sus palabras veréis pasar la figura gigantesca del hombre bueno y sabio, del inmortal Pérez Galdós, que no se impurificará ni ha de empequeñecerse, seguramente, al comentario que de él va a realizar la juventud, sino que por él ha de salir también rejuvenecida su figura; si es que cabe rejuvenecimiento en aquello que por ser eterno no tiene madurez ni juventud posible, porque es constantemente nuevo y tiene en sí la verdadera juventud, la juventud de lo

que no se acaba, la belleza de lo que es siempre aurora y nunca atardecer ni crepúsculo, porque es todo luz, y en esa luz está la Vida.

Segura es, por tanto, la victoria de esta lucha, y seguro el triunfo; porque nos ampara y nos defiende esa efigie, esa sombra augusta, uniendo sus ideas a las nuestras, su obra inmortal a nuestras obras pequeñas; enlazando su Genio con nuestra pobreza, prohijando nuestra limitación intelectual que a él se identifica para recibir su savia, como la yedra se adhiere al tronco, como la tierra recibe al Sol, como se asocia el espíritu a la eternidad de las ideas.

He dicho.

El día 26 de diciembre del pasado año se celebró en el Ateneo madrileño una Junta general extraordinaria, la cual yo propuse, para que en ella se acordara el homenaje a D. Benito Pérez Galdós. Nació en mí esta idea al ver que era cercano ya el segundo aniversario de la muerte del glorioso español, y aquel docto Centro de cultura y propaganda permanecía completamente indiferente sin acordar acto alguno que significase, de un modo humilde siquiera, acatamiento a la memoria y veneración del eximio artista.

Yo bien sabía cuando pedí la realización de la Junta general de la Sección literaria para tratar de esto, lo difícil que la empresa era, y también el matiz de excentricidad, y aun de indiscreción a veces, que todos estos actos suelen llevar consigo (sobre todo en los Centros oficiales) cuando la suerte y un núcleo de voluntades bien dirigidas no acompañan al iniciador y gestor de la idea.

Sabía también que siendo tan grande la figura del superhombre a quien se trataba de enaltecer, aquella empresa había de resultar doblemente difícil; bien se me alcan-

zó, desde el primer momento, que la espiritualidad del muerto glorificado, siendo tan alta, rebasaba con su grandeza los límites siempre estrechos y siempre condicionados en los cuales se encierra la vida de una entidad oficial.

Era tal figura tan superior al medio ambiente en el que pretendíamos evocarla, que venía a ser, en suma, como esas efigies de los cuadros de extraordinario mérito en el arte pictórico, las cuales por su perfección en el dibujo y colorido parecen como que desdeñan el seguir inertes en un lienzo de tela, miserable al cabo, y tomando vida al conjuro mágico de un milagro providencial rebasan la superficie del cuadro para brotar al exterior y nos hacen el efecto de vivir lejos de la materia finita en donde su autor quiso encerrarlos; es decir, por su misma altivez, desdeñando los límites que su creador les trazó, anhelan salir al mundo para adquirir movimiento y actividad, como si les faltase, para ser completas, un alma a la que van buscando al salir del medio materia en donde la mano del creador las dejara...

Todo esto lo sabía yo de sobra. Pero no me di por convencido para desistir del proyecto. Creí, por el fuego de mis entusiasmos, que un Ateneo al recoger la figura espiritual de un genio, tomándola con cariño de los brazos de la Historia que nos la entregaba para llevarla al supremo altar de

nuestros pensamientos, sabría de tal modo ensalzarla, que volviéndola de nuevo a la quietud de su bienestar eterno, quedase dicha figura tan hondamente compenetrada con nosotros que fuese nuestra obra como un marco puesto por las manos cariñosas de los discípulos a la figura simbólica del maestro. No ha sido así. Porque el Ateneo con la Sección de Literatura y su presidente, Sr. Maeztu, a la cabeza, ha creído que ese marco no le era preciso a la efigie para vivir históricamente, o que nuestras manos no estaban lo suficientemente purificadas para depositar los laureles de la paz y el honor en la tumba y la efigie del buen español.

Yo creí que el Ateneo para estas cosas es como un arca en donde se guardan joyas delicadas de ternura, de emotividad y de satisfacción; manaba la fuente imaginativa de mi maestro aguas dulces de consuelo para los ricos y para los pobres, y ahora, en cambio, estas fuentes de hoy están secas. Las cegó la envidia... y si tras de las venturas o afanes del mundo presente, Maquiavelo vive y proyecta su sombra en un infierno temido, ¡cómo se reirá pensando que a los pobres hombres del siglo xx les asusta tomar en serio la idea de un homenaje, sencillo después de todo!

Para darme a conocer nunca hubiera yo necesitado preparar homenajes a nadie, absolutamente a nadie. Por eso no se los preparé a ninguno de estos hombres de ahora,

y eso es acaso lo que ellos sienten; lo preparé y lo estudié para dárselo en holocausto de mi voluntad a quien... siendo yo estudiante, alegró más mis horas bendecidas de juventud, y con el humorismo sano y el estilo insuperable de sus obras puso más luz en las luces de la aurora de mi vida... y a quien siendo yo después hombre gastado (sólo lo que vale y tiene realidad se gasta), hombre acaso triste y enfermizo al ver cómo caía sobre mi corazón toda la maldad estúpida de otros hombres para aplastarlo con su peso como losa sepulcral en donde grabar un epitafio de perfidias, era menos amargo el acíbar de mis lágrimas cuando en las horas cómodas de un relativo descanso caían mojando las páginas inolvidables del autor de *Marianela* y *El Audaz*... ¡Oh, preciado talismán, que así avivas la fe de los que todavía podemos sacarle del pecho como la cruz el penitente para detener a las fieras que le acosan en el desierto!... ¡Inefable talismán, hecho de nuestros estudios y nuestras íntimas devociones!

Nosotros podemos detener el paso de los enemigos (¿quién valiendo no los tuvo?) con sólo dicho amuleto; más eficazmente, por cierto, que aquellos hombres que tanto nombraban a Dios en la época histórica descrita por D. Benito, y que dividiendo a la madre España en dos bandos, para entrar en combate contra sus hermanos, tam-

bién a modo de amuleto poníanse en el pecho las insignias del corazón de Jesús con la expresiva dedicatoria que todos conocemos, solicitando el perdón de las balas enemigas... Nosotros, los adoradores de la Libertad y el Derecho, y amantes fraternos de todos, llevamos también nuestro talismán, y éste sí que redime. Por algo en Castilla estuvo siempre la exaltación y el sumo valor... ¡Detén tus pasos, podemos decir al enemigo! ¡Detén tus pasos, reacción y obscurantismo, que la gloria del maestro va con nosotros!

¡Y qué noble y qué hermoso, y qué puro y magnífico este desinterés puesto en la admiración a los maestros! ¡Con qué fortalecedora promesa de bien se renueva nuestro pensamiento al sentirnos de tal modo altruístas que no precisamos siempre crear, no, sino que a veces nos basta con admirar lo que otros han creado para ser felices, con felicidad que no tiene tasa ni medida!

Pero acaso creyeren que esta labor es nuestra de inutilidad en nuestras inteligencias aquéllos que, suponiéndose también maestros, y absortos en su tarea, por egoísmo supremamente concentrado, desdeñan glorificar a los que sin duda lo han sido; como si el ateo estuviese exento de ver a Dios sólo con pasar de largo junto al templo, sin doblar la rodilla ni prosternar su frente ante el altar donde todas las frentes

se humillan y todas las voluntades se doblegan...

Después de todo y finalmente, acabadas las tareas oficiales del presente curso en el Ateneo, se disiparán con seguridad en el olvido las conferencias, el homenaje, todo cuanto preparado estaba; pero no me quitaréis este otro homenaje que rindo y rendiré perpetuamente a lo que, en fin de cuentas, no es ya Galdós, no es un genio, no es un hombre, es... ¡la Verdad!

Se celebró la Junta general extraordinaria, y tras de intervenir en la discusión hombres de tanto mérito como el Sr. Torromé, el buen poeta; como D. Hilario Ayuso, el republicano entusiasta; como el doctor Calzado, hombre liberal y honrado sobre toda ponderación, y como el Sr. D. Pedro González Blanco, aprobóse por unanimidad la celebración del homenaje... ¿Después?... ¿Qué ha pasado? Si quieres, lector, saber lo que ha pasado tras de aquella sesión en la que el final de ella fué una triple y calurosa salva de aplausos para los mantenedores de la idea, inquiere y pregunta a todos. Pero en justicia, y sin ofender a nadie particularmente, en criterio de pura lógica no puede haber causa razonada que explique cómo los cálidos y vibrantes fuegos encendidos para alumbrar la imagen del apóstol como en un ara santa la tarde del 16 de diciembre de 1921 en el Ateneo, se apagaron volviendo a la obscuridad y a

la nada. ¡Débiles lucecillas sin grandeza!... Tal vez no había en los pechos calor suficiente para engendrarlos, y así, al brotar afuera, murieron al contacto con la realidad. ¡Fuego fatuos, débiles luces que pretendíais alumbrar un panteón de grandezas históricas! Volved allá, al lugar de donde habéis salido, porque vuestra llama está visto que sólo sirve para poner de manifiesto la escalofriante frialdad de los sepulcros blanqueados!

He aquí el extracto del discurso en que yo solicité en la mencionada Junta, la celebración del homenaje:

Señores ateneístas: No implica la petición del homenaje a Galdós censura para el Ateneo ni para los dignísimos señores que constituyen su Junta de gobierno; la intención de los firmantes de la proposición es remediar en lo posible la falta (hasta ahora) del homenaje, poniendo entre todos buena voluntad para que lo que ayer no se hizo hoy se haga en la fecha del segundo aniversario, por aquello de *que más vale tarde que nunca*, y nunca será tarde para solemnizar la honra que para la España culta significa el haber tenido un tan alto espíritu creador y un hombre que por sus méritos, por su inteligencia que en vuelos amplísimos llegó a la más alta cumbre, y por su trabajo infatigable, representa una de las glorias más puras con que pueda ufanarse la Patria.

El Ateneo ha de demostrar en esta oca-

sión que no es un Centro de mera fórmula y que en realidad merece el nombre de tal Ateneo. Lo contrario daría una idea muy triste y muy pobre de su nivel de cultura, de sus entusiasmos por las grandes ideas y de su capacidad de actuación en el mundo de las Letras y las Ciencias.

Dos son las razones, los motivos de tan justísimo homenaje: uno por vía de agradecimiento a la obra maestra del genio; otro motivo, el segundo, constituye un deber inexorable de conciencia.

Por vía de agradecimiento al hombre que tanto supo honrar a España, el Ateneo no puede ni debe demorar este homenaje que nosotros proponemos.

En esta Casa se han celebrado actos solemnes de homenaje y de respeto y acatamiento a grandes hombres con el mayor esplendor y con todo fervor; habéis celebrado hace muy pocos días uno al gran poeta Ferrari; otro se hizo en honor a Costa, también maestro inmortal, a quien la Patria, agradecida, debe un perenne recuerdo; otro, en la pasada primavera, a *Sarah Bernhardt*, la trágica eminente; otro, a Joffre, el general francés insigne. Pues bien, todos ellos tuvieron su razón de ser y fueron justísimos; ¿pero es que acaso Galdós se merece menos que alguna de estas personas? Nadie, con juicio sereno y equilibrado pensando, puede decir que cualquiera de estas personalidades, por muy alta e in-

marcesible que la Historia ponga su nombre en los días del futuro, aventaja en lo más mínimo al nombre de Galdós y a su obra. El, por su labor, por toda su labor, es tanto como el que más de ellos; esto individualmente, y en el sentido de la colectividad es más que todos ellos, porque Galdós encarna todo el espíritu liberal de una época, de la época revolucionaria en la mitad del pasado siglo, y esto vosotros, que os llamáis hombres liberales, no debéis ni podéis olvidarlo.

Tributar un homenaje a Galdós, a don Benito Pérez Galdós, no es tributarlo sólo a un hombre, aunque este hombre, por ser un genio y un gran patriota, sea acreedor, en vida como en muerte, a toda clase de respetos y ofrendas; honrar a Galdós, glorificar a Galdós, exaltar a Galdós, es honrar, exaltar y glorificar a la Libertad, que tan magistralmente él ha cantado siempre; es honrar y ensalzar a España, porque no es él, sino España, toda España entera la que vive y alienta y palpita en las páginas inmortales de sus *Episodios* y de sus novelas. Por agradecimiento, pues, a quien cantó las glorias españolas, el homenaje no se debe retardar ya ni unos días, a ser posible.

Pero hay otra razón más poderosa, y ésta no entra tanto en el aspecto sentimental como en el de la lógica, porque, como acabo de expresaros, constituye un deber inexorable de conciencia.

Si el Ateneo tiene valor positivo y es cierto que sirve para algo más que para consumir el tiempo en vanos debates agitados y casi siempre desarrollados sin otro motivo que la ventilación de rencillas y cuestiones personales, pocas ocasiones para demostrar su eficacia como ésta que ahora se nos presenta.

Un Ateneo será siempre, claro está, un lugar y un Centro de discusión, ante todo. Claro es que no me refiero a la labor de los cursos ni a los trabajos personales de cada uno en la Biblioteca, sino a las discusiones y sesiones habidas en este salón de actos. Un Ateneo será, ante todo, repito, un Centro de discusión y de aclaración de hipótesis, de verdades y de principios; en él se estudiará la Ciencia y se amará el Arte, y con sólo esto su fin primordial estará ya cumplido. No voy a pedir a esta Casa la práctica y realización de ciertas cosas que a ella no corresponden. No. Pero, en realidad, aunque el fin esencial de estas entidades de mero estudio no exija una actuación eficiente en la práctica de los hechos que se refieren más bien a la administración de los intereses públicos, en algo han de conocer los que de puertas afuera comentan y fiscalizan nuestra tarea, la utilidad y el entusiasmo de nuestra amada Institución cultural. Nuestra finalidad no ha de estar solamente en dar conferencias, discutir Memorias y crear cátedras de asisten-

cia libre y gratuita; nosotros somos mandatarios de la opinión consciente y sana del Pueblo, y como tales mandatarios debemos aceptar como sagrado y supremo deber de conciencia el difundir, propagar y recoger la obra de uno de sus más esclarecidos hijos. Es nuestro deber, porque es verdad que Galdós no será más en la Historia y en la inmortalidad por muchos recordatorios que se hagan de su personalidad y por grandes que fuesen los homenajes que a su memoria tributemos. Para ser grande, cuando tenía vida mortal, le bastó con su esfuerzo; para ser inmortal, cuando esa vida le hubo cesado, le basta con el recuerdo de la Nación agradecida. Pero sus novelas, sus obras teatrales, sus *Episodios* y su propaganda toda, llena de un santo y entrañable amor al Ideal y a la Vida, constituyen para todos los españoles un legado inapreciable que todos recogemos y que no nos cabe abandonar; legado del alma, perenne más que todas las cosas materiales; herencia espiritual, espléndidamente donada por la pluma del maestro a las generaciones venideras. Y para recoger este legado, para hacernos cargo de tan valiosa herencia, no creo bastante que el Ateneo se haga cargo de las ediciones de las obras escritas por D. Benito Pérez Galdós para encerrarlas cuidadosamente y ofrecerlas al lector, español o extranjero, en las salas de nuestra Biblioteca. Haríamos bien poco

no haciendo más que esto. Y no me digáis que queda a salvo la labor individual. ¿Es que por ventura estos Centros tienen otra misión que la de estimular los esfuerzos individuales? ¿Para qué existe el Ateneo sino es para dar una síntesis a la labor de cada uno, resumiéndola con la labor de los demás en una total labor de unificación armónica colectiva?...

En la proposición presentada pedimos que vengan aquí las mayores eminencias en la Literatura, en la Ciencia y en el Arte para que, dándonos su juicio acerca de la obra galdosiana, nos ilustren más cada día y nos hagan tener más vivo y constante su recuerdo, y más aún que a nosotros, los consagrados a las tareas culturales en este Ateneo, al Pueblo; al Pueblo, para quien en los días de esas conferencias que en el proyecto de homenaje se piden, esa tribuna pública que ahí veo enfrente, debe ser el sitio elegido desde el cual pueda ver cómo hacemos justicia a quien tanto le ha defendido, y desde la cual también aprenda más y más en la obra de Galdós a querer la Democracia; en tales conferencias el verbo sabiamente comentador de los que vengan a ese sitial para darlas, será, yo lo espero, como luz, como antorcha puesta sobre esas novelas y esas obras de teatro y esas propagandas que nosotros nos hemos cuidado de guardar en nuestra Biblioteca, pero que todavía no hemos comentado ni un solo día,

desde el día de la muerte de Galdós; y su luz, la luz de tal antorcha, será fuego vivo que al irradiar sus rayos en la labor inmensa, la pondrá más de relieve para que todos la amen con respeto y la ensalcen con admiración profunda y vehemente.

Y no cabe decir que las novelas y los dramas de Galdós sean de casi todos conocidos; sobre no ser esto verdad, muy dolorosamente para los que de ellos apenas si tienen noticia, las creaciones de los genios nunca son bastantes conocidas. ¡Cómo han de serlo! Al genio se le estaría estudiando en miles de generaciones, y en esas generaciones seguidas habría materia en sus obras suficiente para prender en la imaginación la llama de enseñanzas creadoras. Cada día que pasemos estudiando con ahinco las obras geniales engrandeceremos más nuestra inteligencia, y por profundas que sean nuestras investigaciones para desentrañarlas, nunca penetraremos lo bastante en el fondo de las mismas. Rayan casi en lo infinito, y ahí no puede llegar la parvedad de nuestras almas. Estudiemos tanto a Galdós como hemos estudiado a Cervantes, y como mañana estudiaremos a otros que serán inmortales. Que su nombre y el de sus obras sean como la oración de fe para el cristiano, que jamás cesa de salir de sus labios y todos los días la renueva su corazón purificada por el amor y la esperanza.

Hemos pedido también, y no creo que

haya inconveniente, que se organice y se celebre una gran función de teatro; en ella, que podía tener lugar en el antiguo coliseo llamado Teatro Español, allí donde existió el clásico «Corral de la Pacheca», escenario de las glorias clásicas, figurarían los principales actores de verso de todas las compañías de Madrid; y si todos ponen interés y esmero en la confección de un buen programa, podría ser un éxito grande para el Ateneo; supone muy pocos gastos, ya que no es presumible que el teatro y la labor de los actores no se hayan de aportar gratuitamente. En cuanto al ingreso que mediante ella se obtenga, la Comisión organizadora o el Ateneo conjuntamente con el Ayuntamiento, podrían destinarlas a un objeto benéfico; que por harta desgracia hoy en España sobran calamidades a las que asistir, y a las cuales en honor al altruísmo que preside a nuestro espíritu en esta tarea, podría socorrerse con ese producto metálico (1).

Resta también decir algo de otra parte de nuestra proposición, y sea ya esto como final de todo mi discurso. Proponemos también que una Comisión de este Ateneo, en unión con otra del Ayuntamiento de esta Corte, en nombre, claro está, del Pueblo

(1) **Se hábló también en el Ateneo de destinar los productos a la suscripcion para la estatua de Galdós en Las Palmas.**

madrileño, y acompañados de otras entidades diferentes y valiosas en el mundo de las Letras y las Artes, vayan al Parque de Madrid, y en solemne manifestación pacífica y exenta de pompas y vanidades incompatibles con la grandeza del genio a quien se trata de conmemorar, depositen flores y coronas en la estatua que en ese parque simboliza la figura de Galdós, obra, como todos sabemos, del cincel vigoroso, seguro y potente, lleno de severidad y de nobleza, del eminente escultor Victorio Macho.

Tampoco esta sencilla ceremonia ofrece inconvenientes por sus gastos. No hay el más mínimo obstáculo que vencer para realizarla. Basta con nuestra buena voluntad y con nuestra generosidad. Allí, en el Retiro, junto a la estatua donde se reproduce la figura del historiador y el artista, queden como sencilla ofrenda las flores que nuestras manos depositen; queden las flores junto a esa efigie, donde el maestro está, no sabemos si en actitud de pensar o de rezar para España (como Galdós rezaría), previendo los males que habían de venirla. Si el invierno las seca pronto, la juventud y el ideal, que son primavera eterna en la vida, renovarán las ansias de cada uno de nosotros para amar siempre la obra de Galdós; y así también, a falta de esas flores, cada corazón de cada uno de nosotros será como una flor fecundada con el rocío del alma,

y pensaremos siempre con el maestro, recordando las palabras del *Abuelo*: «Amor, la Verdad Eterna»...

Que no se diga, señores ateneístas, que con D. Benito Pérez Galdós sucede al revés que con todos los grandes hombres; en vida solemos injuriarlos, hablar mal de ellos, grabar en su nombre el estigma de la calumnia, y luego, cuando ya han muerto, todo nos parece poco en su alabanza. Con Galdós, por lo visto, no es así. Todos le hemos querido y le hemos respetado cuando vivía, y, por lo visto, el olvido, el desdén y la preterición de sus méritos lo hemos guardado para después de su muerte. Ayer vivo, no había quien le discutiera, y hoy ya tierra y polvo, en la tierra fría, se diría que empezamos a olvidarlo. Esto no es justo. No puede ser, y seguramente no será. ¡No echemos sobre esa tierra que cubre su tumba más tierra con nuestras manos ingratas!...

¡Ya es bastante haberle perdido para añadir encima el sarcasmo de haberle olvidado!...

Todos vosotros convendréis conmigo en que este Ateneo se echaría a sí mismo una mancha, si en este segundo aniversario no acudiésemos a reparar la falta de no haber celebrado una velada y otros actos de commemoración en el primero; esto, señores ateneístas, sería un bochorno, una afrenta; casi, casi, perdonadme, me atrevo a decir

que sería una indignidad. No creo que el Ateneo de Madrid sea capaz de pasar por tal bochorno, por tal indignidad, por tal afrenta.

HE DICHO.

Rectificación al señor González Blanco (D. Pedro) en la misma sesión.

... Por dos veces he visto a Galdós en contacto con el Pueblo: una cuando vivía, otra después de muerto... Cuando vivía: era en Barcelona, allá por el año 1908, cuando el partido liberal en la Monarquía, unido a las fracciones de extrema izquierda, habían organizado dura propaganda en provincias contra un represivo proyecto de ley del Gobierno de D. Antonio Maura; llegó Galdós a la gran ciudad catalana en unión de Calzada, de Milego, de otros varios intelectuales madrileños, y al desembocar los coches que los llevaban al teatro del Tívoli (adonde iba a darse el mitin), en el hermoso Paseo de Gracia, viniendo del apeadero del mismo, surgió un tumulto improvisado. Sobre la multitud que rodeaba a esos coches, vitoreando a los tribunos, cayeron los caballos de la Guardia de Seguridad...; hubo carreras, atropellos; pero vi algo inaudito, algo,

señores ateneístas, que a no verlo, nunca lo contaría, porque nunca lo hubiera creído..., los caballos de la fuerza pública, al galope lanzados sobre la multitud, se acercaban ya al coche donde iba D. Benito Pérez Galdós; blandíanse los sables, luciendo en lo alto, y entonces los obreros, como un solo hombre, se apresuraron a cubrir el coche, formando con sus pechos una muralla para contener la fiera avalancha... Desde el interior del mismo, Galdós, tranquilo, les miraba bondadoso, y sonreía, ¡sonreía, sí, con sonrisa de ilusión inefable!.. Sonreía, porque no podía dirigirles la palabra, y ponía en la mirada dulce de sus ojos todo el amor que entonces sentía a ese Pueblo... ¡Qué hermoso, qué definitivo, qué grande aquel cuadro que nunca olvidaré en mi vida!...

Otra vez vi a Galdós en contacto con el Pueblo. Pero esta vez ya no vivía, ¡ya no podía mirar a su Pueblo amado con aquellos ojos de dulzura, porque ya sus ojos se habían cerrado para siempre!... Venía yo por el alto de la calle de Alcalá, de mi casa hacia el centro de la población, el día 5 de enero de 1920, y me encontré al paso el entierro del maestro. No llevaba acompañamiento oficial. No iban autoridades, ni clero, ni duelo vistoso como en otros entierros. Sólo le acompañaba el Pueblo. Los hombres del duelo oficial que no habían querido manchar el oro de sus uniformes y preseas con el barro de una tarde triste de invierno, le

habían abandonado en la Plaza de la Independencia, y solamente obreros eran los que formaban el cortejo ¡unidos al carro fúnebre, en donde un sencillo sarcófago conducía los restos de Galdós a la última morada!... ¡Con qué amor más grande le acompañaban! ¡Con qué respeto iban! ¡Con qué sagrada emoción y cariño rodeaban la caja aquélla, comprendiendo que se les iba ya para siempre aquel que tanto les había querido, aquel hombre que tanto supo defenderlos!...

¿Quién ha dicho, Sr. González Blanco, que Galdós no amó al Pueblo, que no escribió para el Pueblo, que no cantó a la Libertad, que no cantó a la Democracia?...

Ante la estatua en el Parque

Crónica

Hace unos cuantos días tuve la ocurrencia de dar una vuelta por el Retiro. El Parque en invierno tiene un triste aspecto, apenas se ve gente y los árboles sin hojas e dan un parecido a lo que es ya acabado, a lo que no vive; por eso desanima a los que en estos días nos aventuramos por sus desiertas alamedas. Un jardín en invierno es algo sin alma. La Naturaleza, en esta época, duerme y reposa fatigada; no se cansa la Tierra de dar frutos, pero necesita el reposo de unos meses para emprender de nuevo su inagotable tarea.... Los jardines, en invierno, hablan al espíritu de las cosas muertas. Son esquivos, pues en su soledad y con el frío de la tierra que la lluvia sin cesar humedece, parece que dicen al viajero: aléjate de mí y busca la vida; o bien: espera mi nueva vida, mi vida, que en otra primavera más de la tuya volverá para aga-

sajarte con mis flores, con mis delicias, con mis bellezas..., con toda la pompa majestuosa de los bienes que me trae el nuevo año.

Me acerqué en mi paseo pausadamente al lugar en donde está erigida la estatua al gran escritor Pérez Galdós. Nada turbaba en aquellos momentos la paz de tal sitio. A lo lejos, por entre las hojas secas, se divisaba un coche de lujo que desfilaba por el amplio paseo. Un guarda hacía la limpieza con monotonía de hombre cansado de su pobre oficio. Una criada con unos niños íbase aprisa. Era extremado el frío y el ambiente no resultaba agradable. No obstante me acerqué y me detuve un momento. Victorio Macho ha puesto toda su alma de artista, de artista verdadero y grande, en este monumento; hay artistas que trabajan pensando en el lucro que sus obras puedan proporcionarles, y hay otros para los cuales el Arte no es la especulación, sino el logro de su mayor bien espiritual; Victorio Macho es uno de estos Pone todo su esfuerzo poderoso en el manejo del cincel y surge la creación magnífica, grandiosa y soberana. Pertenece a la clase escogida de aquellos artistas antiguos para los cuales la forma no tiene color alguno si no es la síntesis de una gran idea. Es de los últimos restos de una España que permanece rezagada en la Historia.

¡Cuántas veces he pensado en las nove-

las y en las obras del autor inmortal de *Marianela*, contemplando la efigie en que tan diestramente se reproduce su figura! Es su aspecto, de serenidad y de augusta nobleza. Parece que abismado en el silencio de su propia grandeza mira el maestro cómo pasa a su lado la vida. ¡Tan callado! ¡Tan tranquilo!... ¡Tan santo!

Sus manos, manos fuertes de varón encallecidas por el trabajo de todos los días, cansadas de manejar tantas horas la pluma, reposan como blancas palomas de cándida pureza, unidas entre sí en aspecto de idealidad o de bienaventuranza.

Son las mismas que trazaron con pulso firme y seguro el camino de las eternas andanzas españolas en los *Episodios Nacionales*. Su frente es augusta, severa y noble; casta como la frente de los inmortales bañada por el sol perenne de la Eternidad. Su cuerpo todo habla de reciedumbre, de grandeza física y salud moral. Es optimista la impresión que este monumento produce, porque en él no está sólo trazado el genio del maestro, sino el ánimo entero de toda la raza. Viendo la efigie de D. Benito Pérez Galdós en el Retiro, nuestra alma se siente confortada. No es sólo Galdós, es el espíritu de nuestros ascendientes lo que esa estatua nos trae a la memoria.

Contemplándola lloraron algunos discípulos suyos. ¡Es tan íntima, tan natural y tan gráfica la actitud que Victorio Macho

ha copiado para eternizarla en la piedra dura! ¡Cuántas veces, después de su tarea diaria, habrá escuchado así, el maestro, con las manos cruzadas, los ojos apagados, el cuerpo en reposo y el alma llena de serenidad y confianza en sí mismo, la vieja charla de sus viejos amigos, sacando de ella nuevos elementos y más escogidos valores para continuar la Historia de España!... ¡Cuántos días, en su cuarto sencillo de trabajo, le habrá sorprendido así, con las manos cruzadas descansando de labrar figuras eternas, la hora silenciosa del crepúsculo! Y mientras las sombras de la noche iban trazando en el horizonte lejano siniestras obscuridades, habrá pensado seguramente en el porvenir incierto de esta pobre España, la cual, a medida que Galdós se acercaba a la tumba rematando su obra de gigante, se iba también hundiendo en el ocaso de una noche siniestra, de amargas pesadillas; se iba la España grande, a medida que en las sombras livianas se esfumaba la sombra augusta del patriarca; a medida que los ojos del último gran maestro de otro siglo se cerraban a la luz para siempre y que su cuerpo iba siendo poseído por el frío de la muerte que lo acechaba...

Murió cuando ya España políticamente apenas si vivía, o cuando por lo menos vivía una vida triste sin base pura de principios éticos que la rigieran. ¡Quién sabe lo que al morir el año de 1920 ha dejado de

ver! Ha muerto después de escribir todo lo grande de aquélla; le restaba por conocer lo menguado, lo triste, lo pequeño; lo que él presentía al pensar tantos horas, con las manos entrecruzadas, la mirada abismada en el mundo interior de su genio, y el cuerpo reposado, ecuánime, como el de los grandes gladiadores después del triunfo. Por eso, yo al verlo en la estatua de Victorio Macho en tal actitud reproducido, no pienso en que medita, no me parece que reflexiona, sino que reza; reza, sí, reza con oraciones escogidas por él mismo, con palabras de amor para su Patria; ¡reza por la suerte de esta pobre Nación a la que él tanto quería, a la que nunca quiso conocer desventurada!

Pronto nos distrae de nuestras meditaciones el paso de alguien que llega; es un cura, un *padre de almas*. La sombra negra y severa se acerca cada vez más al monumento; por fin llega adonde yo estoy contemplándole extasiado. Lo mira, tiene un momento de duda y en seguida, como poseído de un obscuro y escondido sentimiento de rencor, desaparece pronto sin volver la vista hacia él. Sus pasos rápidos suenan a algo siniestro en la tierra húmeda del Parque. Va meditabundo, con la cabeza baja y mirando hacia el suelo. Y yo, para entretener el tiempo, vuelvo a mirar la estatua, y me parece, por un milagro creado por mi imaginación caprichosamente en aquel

momento, que sus ojos se abren y que sonríen sus labios; pero... no, es un sueño. Mientras el seráfico *padre de almas* se pierde caminando desdeñosamente en lo obscuro del paseo, la efigie de Galdós continúa inmóvil, serena; muda y magnífica, con los ojos velados en la sombra, con las manos cruzadas, como llamando a su seno a la Verdad y a la Vida; con la frente limpia, honorable y grave, surcada por las hondas arrugas que dejaran las ideas al correr por ella como aves del amor por el Cielo...

A poco siento pasos de gente que también se acerca. Miro y veo un matrimonio burgués que aprisa camina. Llegan junto a mí; me miran, extrañados de verme parado resistiendo al frío que estremece las carnes ateridas. Pasan también de largo y, como el clérigo malhumorado, ni se dignan volver la vista. Luego una muchacha que va también con rápido paso. Unos obreros, más tarde, con el hatillo de la comida en la mano y las chaquetas echadas al desgaire sobre los hombros, se aproximan Detienen y acortan los pasos, me miran y miran a la estatua...; siguen andando. Me alejo, y en el silencio hosco y ceñudo de la tarde fría, la soledad parece más grande y más triste. No se ve a nadie. Pienso si este día helado, glacial, en el Parque húmedo y yerto, no será acaso un símbolo. Efectivamente, junto al viejo maestro que allá se queda estático reproducido en la dura piedra, todo es

hoy soledad y vacío. Fríos los cuerpos y frías las almas como la piedra que simboliza la imagen del genio creador. ¡Frío en el alma y frío en el cuerpo! Y la Historia, mientras tanto, dejando pasar una tras otra las horas hacia el mañana, al par que la crítica pasa junto a la obra del genio como pasa la gente frívola y silenciosa del Parque junto a su monumento; de prisa, ceñuda, inquieta y malhumorada por las preocupaciones de sus tareas y de sus luchas, sin dignarse volver la vista a lo que atrás se queda aislado en las sombras de la ingratitud y el olvido.

Algunas veces, durante la primavera, he acudido a descansar junto a la imagen del maestro. Rodeando a la estatua hay una pequeña extensión de terreno que forma una plazoleta. Dos o tres bancos dispuestos para el reposo y solaz de los transeuntes parecen aguardar a los que como yo gustan esparcir mansamente el espíritu en la visión tranquila de las cosas amables del Parque. En uno de esos bancos me he sentado a descansar algunos días. En las horas postreras de las tardes de abril y mayo, toda la vida de la Naturaleza que remoza sus galas y sus energías, parece concentrarse en aquel casi solitario paraje. Lejos, en el llamado *Paseo de Coches*, circulan los numerosos paseantes gozando de las delicias de la temperatura; y el continuo discurrir de los coches y los automóviles trae a

la calma continua sones apagados y confusos, sones que parecen mensajeros de la vida agitada y bulliciosa de la Corte, del loco pasar de las almas, del eterno combatir de las pasiones, que allá lejos, tras de las verjas del jardín sosegado y apacible, quedan siempre bullendo en miles de inquietudes. Y entonces, en la paz del crepúsculo que va obscureciendo suavemente la fronda, mientras la luz del sol declina con pereza, la estatua aquélla se agiganta ante los ojos que la miran amorosos. La santa calma de los lugares apartados trae al alma la idea de lo eterno y lo infinito. En el silencio que reina alrededor del monumento ninguna voz humana turba el concierto delicado de la Naturaleza, y en tan apacible hora, sólo los pájaros escondidos entre las enramadas cantan alocada y sonoramente, y parecen sus trinos concierto celestial que festeja la gloria del superhombre; de todo lo que está cerca de nosotros, en la inmutable quietud de las cosas que la noche cercana va hundiendo en obscuridades profundas, brota una voz misteriosa de suprema melodía. ¡Es la voz divina de los parques en la hora encantada del ocaso! Y la estatua, que parece un trono, en su blancura serena y en su aspecto tranquilo, plena de armonía y belleza, infunde sensación de paz inefable.

Y pensamos nosotros que así como en la lejanía de aquel horizonte, que tras de los

árboles se divisa teñido de vivos colores, corre otra vida, así también en el alma de Galdós apartada en su soledad como su imagen en este Parque, corría otra vida distinta a la de los demás, otra vida de estudio y de trabajo ¡Todo pasa agitado a nuestro alrededor, mientras permanece a nuestro lado la imagen del maestro, solamente acompañada de una Naturaleza hermosa, alegre en el cantar de sus pájaros, risueña en la belleza de sus frondas y sus flores!...

Más tarde, cuando la noche había cubierto de sombras el Parque, yo abandonaba aquel sitio para ir al centro de la ciudad en busca de la vida bulliciosa que en sus calles y paseos se mostraba. Entre el follaje y los árboles que la obscuridad trocaba en masas informes semejantes a fantasmas de siluetas caprichosas, la estatua del gran pensador era también como blanca y fantasmal figura, algo que evocaba grandezas pasadas, leyendas olvidadas de la Historia y de la Patria. Durante las horas interminables de la noche, en la calma augusta de los jardines, los monumentos de los cementerios y los Parques de recreo, parece que toman aspecto de severidad amenazadora. Todo el misterio de las vidas o epopeyas que en sus blancas figuras representan parece que se destaca entonces con más fuerza. De día, sus imágenes graciosas de matronas, de ángeles o mujeres que encarnan leyendas, episodios o símbolos, son como adornos

caprichosos y galas artísticas entre las flores, y en el reposo nocturno son algo ideal que simula esfumarse ante nuestra vista. En cambio, las figuras que con la consistencia y la firmeza que Victorio Macho puso en la piedra evocadora del genio, nos hablan de un ser superior que dominó a las multitudes, de noche precisan más los rasgos de su imagen y tienen algo de una cierta dureza que es como sombra de amenaza. Yo me imagino al guarda o vigilante que en estas claras noches de primavera custodia en silencio los jardines del Parque, pasar en sus paseos nocturnos cerca de aquel paraje en donde yace la estatua en la calma letal de la noche, y al contemplar su imagen blanca, de mística e imponente severidad, sentir algo de temor supersticioso, chocando la rudeza de su alma con lo que es expresión augusta de las grandes ideas...; y, sin embargo, no obstante el temor que pueda sobrevenir al ver surgiendo el albor de su blancura entre las obscuridades de los jardines, su semblanza es bien dulce; no dice en su gesto ni en su actitud nada que no sea amable, y manso, y apacible; sólo parece que está muy lejos de quien la contempla; muy lejos... hace la impresión de que el maestro, libre ya de todos los cuidados mentales, en un trono erigido para su evangélica mansedumbre, una vez acabada su obra, reposa sosegado, tranquilo, no en la tierra, aunque está aún en la Tierra, sino

en el Cielo, en el suyo, en su Cielo de amor, que ha levantado para sí mismo entre todos los hombres y rodeado de todas las miserias... era un Cielo de luz que llevaba dentro, y en fuerza de soñarlo lo ha hecho realidad al fin. Y vive, y reposa, y duerme embebido en él, y hasta para mejor congregarse en la devoción de sus misterios perdieron la luz sus ojos; nada le restaba últimamente de contacto con el mundo; sólo hálitos de vida que iban en su cuerpo extinguiéndose como las últimas gotas que van resbalando de la fuente en la alberca, con ritmos pausados; sólo aquel vivir adormecido que se transparenta en la imagen de la estatua; y se iban obscureciendo todos los sentidos, y se iban yendo todas las ideas, y aun la carne quedaba prisionera de aquel su bello sueño en la imagen reproducida, como si la gloria divina se hubiera adelantado para él por un milagro, como si el espíritu creador quisiera serlo eternamente, y pugnando al borde de otro mundo, antes de irse, aún anhelase verter nuevos pensamientos en las páginas escogidas de sus libros.

Lo que en el monumento, que la inspiración de Victorio Macho creó expresa Galdós, no es crueldad para la pequeñez de los *otros*, ni aun desvío ni desprecio; es abstracción, es indiferencia, es calma para todo y sobre todo. ¡Dejadme seguir mi obra y mis estudios! ¡Dejad que en ella me mire!

¡Continuad vosotros en vuestro mundo, que yo en el mío estoy y estaré eternamente! Eso parece que su corazón nos habla sin decirnos nada sus labios. Y así sucedió en su vida.

Galdós, en su vida, laboró constantemente solo, apartado de todo bullicio de la vida cortesana, conforme ya hemos indicado anteriormente. Mientras los acontecimientos históricos se sucedían en España y la política y la marcha social de las multitudes era un constante vértigo en el cual se iba preparando el estado jurídico que hoy conocemos; entre tanto y tanto desconcierto de leyes, de costumbres, de cosas y personas; en tan incesante y continuo vaivén de pasiones y luchas, él supo hacerse un hueco reducido, un oasis en donde soñar libremente y aislado de las miserias que le rodeaban, con todos aquellos principios cuya realidad tanto anhelaba y a los cuales su fantasía generosa, en las horas inspiradas del trabajo diario, asíase y se agarraba mentalmente con la misma ingenuidad y satisfacción con que el niño se abandona y se entrega a sus juguetes para colmar la gracia santa y el placer de sus sus sueños infantiles.

Propuesto y aceptado en el Ateneo madrileño un homenaje a la memoria de don Benito Pérez Galdós, los organizadores del mismo han sentido chocar la corriente generosa de sus ideales contra la otra co-

rriente, fría y egoísta, de las pasiones y las luchas cotidianas. Dijérase que los españoles, en esta ruda etapa de nuestra vida histórica, sentimos, por la amargura de los fracasos nacionales, detrimento y pereza, y rencor desmedido para todo aquello que se aparta de las realidades inmediatas y más factibles. Nos molesta y duele que haya quien se acuerde de nosotros para brindarnos cooperación en una obra generosa. Aquellos a quienes se ha ofrecido un puesto para honrar a Galdós en su memoria, en los actos que unos cuantos entusiastas preparan, debieran sentir, por lo menos, si no otra cosa, el agradecimiento que los buenos maestros profesan a la juventud cuando se acuerda de ellos para pedirles ayuda, apoyo y consejo. Tuvieran estos jóvenes, a más de la idea de exaltar al historiador y novelista insigne, la idea de abrirse camino personalmente en esta propaganda, y no por eso dejaría de ser más noble su intención y menos digna de ser acogida. De ser acogida sobre todo por aquellos que por su significación, por su alto prestigio intelectual y por el puesto que en el mundo de las Letras supieron alcanzar, están más obligados que nadie a propagar y respetar las obras grandes y a ser guías y educadores del Pueblo y de la Juventud en todo. Preferible será que unos cuantos hombres de buena voluntad, animados de los mejores propósitos, intenten

esta empresa meritísima, que no el verlos dedicados a tantos y tan necios y superficiales devaneos, como los que una inmensa porción de jóvenes españoles tienen hoy por norma de conducta.

¡No tanta avaricia de sí mismo! ¡No tanta sequedad ni tanta dureza para juzgar ciertas derivaciones de conducta o ciertos hechos! ¡No tanta superhombría para rechazar así a los modestos que aún no llegaron, porque la ley universal de todas las transformaciones sociales puede poner mañana encima al que hoy estuvo abajo, y entonces váis a quedar muy mal con vosotros mismos, rectificando por necesidad las asperezas de vuestro trato para con aquellos jóvenes de los cuales os molestó hasta la puerilidad de verlos en vuestra casa para pediros un mínimo favor, sólo porque no llevaban un apellido que la crítica consagrara, sólo porque de ellos no esperáis más que un trato llano y humilde, sin luces que reflejar en la vuestra para aumentar la vuestra propia cuando de por sí no os baste! ¡No tanto desprecio para lo que no está a vuestra altura, que las altitudes sufren bastantes vaivenes por orden lógico de mutación perenne! ¡No tanta sequedad en el corazón! ¡Mirad que se os va así a conocer vuestro juego, el juego de expresar muchas ideas y trasladarlas a las cuartillas para mejorar la brillantez de vuestro porvenir social, mas no para salvar en un

ápice la causa de vuestros hermanos o vuestros compatriotas. Ideas que no son acompañadas de la acción son como granos que en lugar de ahondarlos en la tierra se dejan a flor de suelo, como simiente que se pierde, como agua que el sediento no puede beber porque no se la acercamos a la boca..

Sed todo lo pródigos que queráis de vuestras ideas, porque el cielo os las dió para lucirlas envueltas en un brillante estilo, como armas de triunfo en el torneo lucido del Arte; pero ¡por Dios mismo! Si prodigáis tanto el fruto de vuestro cerebro, no seáis tan avaros de los otros frutos de vuestro corazón. Que el corazón que en querer (aunque nos pese o nos lo echen en olvido) no se gasta, es antorcha sin luz, tierra sin flores... Ni creáis tampoco que basta con sentirse ablandado feblemente por la impresión que os causó el acendrado y efusivo lirismo de los demás para sentar ya plaza de buenos y sentimentales. *Sentimentalismo* sin sentimiento no dice nada. Flores de trapo, muñecos de barro, las hojas son lacias y los miembros inmóviles. No habiendo la gracia del espíritu, no puede haber vida; así tambien vosotros, no teniendo la gracia del bien, no podéis convencer a nadie, por muy altos que sean vuestros pensamientos, por muy excelsas que sean vuestras frases.

Mas yo pienso que acaso Galdós, desde

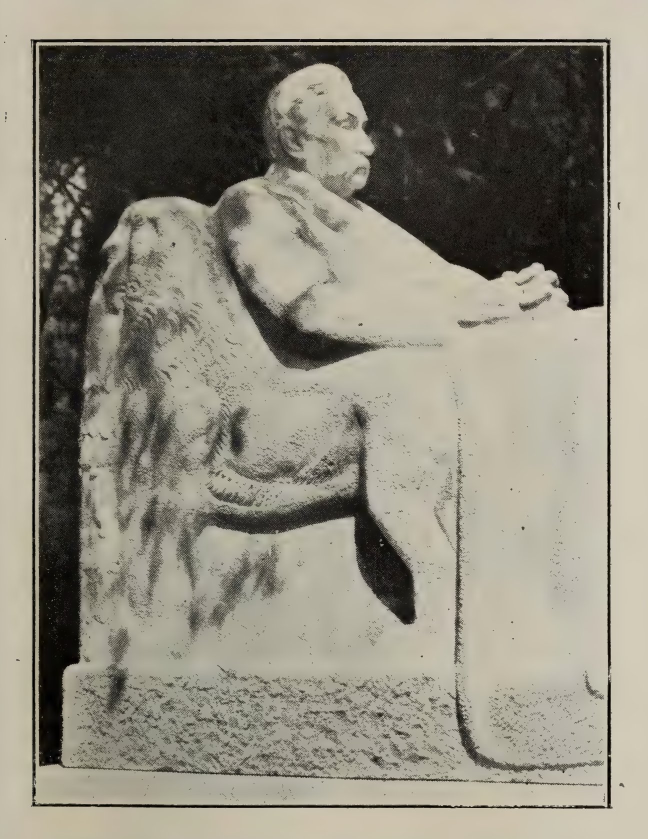
la Eternidad, en donde las cosas deben mirarse de tan distinto modo, acaso agradezca esta misma frialdad que ahora se siente para ensalzarle. Tal vez piense en que es mucho mejor quedar olvidado de esta gente que ahora se ocupa con férvido anhelo de sus labores individuales ante todo.

¡Que sea, por ahora, la juventud la que más se acerque a su espíritu inmortal y la más solícita en discutirle y prodigarle!

Canten, mientras tanto, junto a la bella estatua del Parque, los pájaros alegres en las tardes hermosas de la Primavera. Rían, con su charla jocunda y juvenil, los estudiantes y las modistas, descansando en los bancos del Retiro en las mañanas claras del verano, junto a la piedra que te simboliza; y sean los juegos de los niños, los cantos de los pájaros y el reir de los estudiantes voces mensajeras de generosidad para que tu sombra bendiga en sus cabezas la vida que te rodea y que te canta... Pero no se ocupen de ti para nada los necios, ni los frívolos, ni los egoístas, ni los duros de corazón. Toda esa gente, ayer como hoy, hoy como siempre, estará muy distante de tu obra.

Son como los pasajeros del Retiro, como los transeuntes que transcurren cerca de tu efigie sin dignarse mirar un instante hacia ella. Ni pueden comprenderte, ni pueden ensalzarte. Porque les has hecho más daño con tu pluma que ellos a ti con su desvío o

con su odio. Sin derramar una gota sola de sangre, sentado con humildad regocijada de sí mismo en el obscuro sillón de tu gabinete de trabajo, hiciste la más honda revolución, sepultando a millones de gentes en la humillación callada de tu desprecio.



Estatua, original del escultor Victorio Macho, reproduciendo la efigie de D. Benito Pérez Galdós, situada en el Parque de Madrid.

El genio ante la Historia y ante el Arte

(Breves comentarios acerca de la obra literaria de D. Benito Pérez Galdós como historiador, como novelista y como dramaturgo.)

Yo la vi tremolando
gallarda, altiva, enhiesta,
y respetada siempre
lo mismo en mar que en tierra.
....
Hoy desmayada y triste
con humildad se pliega,
amarilla de rabia
y roja de vergüenza.
Los que así la ultrajaron,
los que así la desprecian,
los que así la deshonran,
¡malditos sean!

II

El día en que la patria
de su letargo vuelva;

cuando sacuda el yugo
brutal que la sujeta;
....
....
no sé quién, pero alguno,
la nacional enseña
izará sobre el asta
que siempre erguida espera.
....
Y aquel que la levante,
aquel que la sostenga,
aquel... sea quien fuere,
¡bendito sea!

(**Ramos Carrión**, 1.º octubre 1898.)

*
* *

Algo creo que resta para terminar mi modesta tarea en este libro; algo que sea como resumen gráfico de todas aquellas impresiones que, sugeridas por la inmensa obra literaria de aquel gran autor a quien con harta irreverencia me permití comentar, quede como deducción postrera para mostrar las enseñanzas que obtuve al comparar las labores geniales de Galdós con el estado actual de mi Patria.

Llevé a este modesto compendio de discursos y de impresiones ligeras todo aquello que yo podría titular mi *ideario* sobre Galdós Pero me queda, para finalizar como es debido, aplicarlo ahora al estudio de mi País y al análisis de las causas trascendentales. Porque el genio no se crea por generación espontánea, sino que es la resultante clara

y definida de todo el conjunto de progresos morales del Pueblo y de la época en los que ha vivido y se ha desarrollado.

Alguien al leer mis alabanzas a un hombre que sólo en las postrimerías de su vida pública dedicóse a la política, dirá que no es tanto el mérito de D. Benito Pérez Galdós; que la obra de éste ha de perdurar más, mucho más como escritor o novelista que como impulsor de muchedumbres o como grande y fecundo director de las almas hacia las altas cimas de Libertad y de Progreso. Y, en verdad, que no sería justo el que esto dijese. Algunos hombres hacen por la libertad con la pluma mucho más que otros con la espada o con la vara de gobernar. Por esto, si me preguntáis qué ha hecho Galdós por la libertad, os diré que, aun reducida su labor al trabajo sedentario de su despacho tranquilo de escritor y no a las luchas sociales en la plaza pública, laboró más por tan excelsa Diosa que otros muchos que, cansándose de llevarla en los labios, no supieron prestarla todo el calor generoso para que alentase en los pechos ciudadanos. Galdós, dentro de su actuación, dió a la libertad todo su máximo esfuerzo; dentro de su categoría de escritor y novelista, hizo por el progreso español cuanto pudo. Si la vida política de España no tiene hoy todas las libertades que eran de desear, no culpéis a sus pensadores, culpad a sus gobernantes. Bien lo sabéis vosotros, y bien

lo saben ellos. Porque aquí, en España, lo único que se ha salvado por completo, lo único que aún no ha muerto, es el Arte; estará, sí, mixtificado, tal vez decadente. Pero vive. ¿Pueden decir lo mismo en otras esferas en donde sólo hay una vida material sin sombra alguna de espiritualidad sincera? No. Por eso al arte supremo de Pérez Galdós la Patria le debe hondo agradecito, y ante esa supremacía es preciso descubrirse (con homenajes oficiales o sin ellos), como se descubre el creyente ante el altar de su Dios; postrarse, como se postra el hombre de fe ante la imagen de la Divinidad en quien cree... y orar luego, orar no con palabras, mas sí con hechos. Esto es, *hacer*, *hacer* siguiendo la ruta trazada por los que tanto han hecho.

El Arte, ha dicho Rubén Darío, es estandarte de los pueblos; alzándolo a los vientos, en un lenguaje común de cívica fraternidad a través de los siglos y las distancias, se saludan los hombres y se respetan las razas.

Yo diría que la obra del artista es evangélica, porque los libros inmortales, las grandes esculturas y los cuadros famosos que se conservan en los Museos, son como verdaderos evangelios, de paz y de amor. ¡Si los hombres hubiesen aprendido a quererse y respetarse tal como lo soñaran sus artistas!

Por eso no es posible despreciar política

mente la labor de un hombre que como escritor lucha por las ideas, suponiéndolo un mero contemplativo de la libertad. No es posible negar la trascendental importancia de la propaganda por el Arte, aunque el hombre que la haya utilizado no descendiese al campo de las áridas luchas políticas.

¿Pero no sabéis la inmanencia de cuánto por la Libertad y por la Cultura hizo Galdós? ¿Ignoráis acaso lo permanente y lo firme que es toda labor de esta clase? Pues escuchad: si hoy, por una desgracia nuestra, (está dentro de lo posible) España viniese tan a menos que, rota la unidad nacional que la hizo grande, desgajárase por impulso atropellado de retroceso y decadencia, el sentido material y anímico de su nacionalidad, y pasase a ser pueblo a otro pueblo sometido, del mismo modo que sobre los sepulcros florecen las rosas, y sobre las ruinas colosales de los que un día fueron enormes edificios levantan sus voces delicadas con arpegios amorosos de tiernos arrullos los pájaros cantores, así también sobre las ruinas tristes de todo lo que España había sido, sobrevivirían las obras de sus grandes hombres, y bien podría ser que el Estado español pasase a ser Estado me diatizado por otro extranjero Estado; pero lo que no sería posible es que la ciencia de Ramón y Cajal y el lenguaje maravilloso de Cervantes perdiesen un ápice de su independencia, de su soberanía y de su grande-

za. Podrían los extraños hollar nuestro suelo, ese suelo sagrado para nosotros donde duermen el sueño de la eternidad nuestros padres; pero lo que no podrían es suprimir, es deshacer ese monumento que la raza ha levantado con su Arte soberano, porque está por encima de todo. Así, si las libertades son transitorias y están a merced de un golpe de adversidad, las que Galdós ha cantado en sus libros sólo Dios, suprimiendo el reino de los hombres, puede borrarlas de los mismos. Mientras el hombre exista, hay una Eternidad para el Arte. Y lo mismo que digo de las obras de Galdós, puede decirse, claro está, de todos las de nuestros inmortales. Esa es la Patria del espíritu; Patria sin fronteras y sin cañones. Su frontera única es el Creador. Sus medios de defensa son sus obras. No es posible deshacerla.

¿Pero es que, además, ignoráis vosotros todo lo que supone para el acrecentamiento de las energías espirituales de un Pueblo la labor santa y fecunda de un buen historiador como Galdós? Para mí, hay tres grandes ejemplares de la máxima ciencia del hombre, y digo ahora ciencia, no en el sentido técnico, sino en el más alto y superior de posesión de la Verdad infinita: el sacerdote, el poeta y el filósofo o el sabio.

Pues bien, a los tres llega, y a los tres supedita en ocasiones un buen historiador.

El sacerdote, llenando las lagunas sombrías del alma, de nuestra pobre alma, de

esta pobre alma que necesita siempre de la fe como el lazarillo que la lleve del brazo, empujándola con amor supremo por los áridos caminos del mundo...; cumple una misión tan alta, tan humana, que hoy, tras de tanto sistema filosófico para tratar de explicar lo inexplicable, el hombre, que sólo puede en verdad decir con el filósofo griego: «Sólo sé que no sé nada», no osa negar a Dios, si es hombre discreto. Sólo los necios, o los duros de corazón, o los muy perversos, o los obscuros de conciencia, son los que se permiten negar la necesidad de un culto, de una Religión y de un Dios. Dios... es lo que no se puede conocer con los ojos mortales de la carne, y por esto se adora más, porque es como la imagen constante que alegra los sueños de la razón a los que hemos de vivir continuamente sometidos. *Toda la vida es sueño, y los sueños, sueños son*, ha dicho nuestro clásico; pues bien: yo me permito decir ahora que si la vida toda es un sueño, Dios es la visión eterna que llena de luz ese sueño... Toda la vida es sueño, ¡y pobres de los que al soñar no cuenten con la imagen de un Dios para hacer menos tristes sus sueños! Dios es el consuelo, es el infinito, que deseándolo, nunca lograremos ver realizado. Por eso el sacerdote, o sea el cantor de la Religión, es persona indispensable al régimen de cultura de un Pueblo. Por mucho que en ello se empeñen los materialistas más materialistas,

jamás podrán presentarnos el caso de un País, de una tribu o de una Nación, grande o chica, gloriosa o pobre, fuerte o débil, que haya vivido sobre la Tierra sin creer en un Dios o practicar en un culto. El sacerdote, o sea el ministro de Dios, es indispensable a las sociedades.

Pero ¿y el ministro de esa religión humana, que tanto a la Divina se asemeja y que se llama el Arte? ¿Y el sacerdote de ese culto de adoración a la Belleza, que conocemos con el nombre mágico de Poesía? ¿Y el oficiante y misionero que no pregona sólo la Divinidad del Cielo sino que canta también a las divinidades de la Tierra? ¿Y el poeta, en suma? ¿No es tan necesario para nuestro consuelo como el sacerdote? También lo es.

El *poeta*..., el poeta, entendedlo bien, es a su modo un Dios para sí mismo, y no toméis esta expresión a sacrilegio o irreverencia. Porque es poeta, adora a la Naturaleza, adora al hombre, adora a Dios y a sí mismo también se adora. Nace el poeta en el hombre desgraciado, o nace en el hombre loco, que los otros hombres, locos más vulgares que el poeta, no han podido sujetar en su locura; por eso, no contento con cantar a las mujeres, canta a la Luna, sin duda porque no pudiéndola coger con sus manos de carne y hueso como en sus sueños ambicionara, se contenta, ha de contentarse, con ver a lo lejos la palidez espectral de su diosa, de esa Maga y Reina de la

noche, en cuyo seno el espíritu de un gran poeta francés halló selvas, y palacios, y vírgenes, por boca de uno de sus personajes más noblemente llenos de dolor y de poesía; es decir, por boca del Cirano.

El poeta es Dios de sí mismo, y Dios supremo del Arte; por eso se aproxima más al Dios verdadero. Porque el Arte no podrá jamás llegar a cimas más puras y más altas que las de la Poesía, sea en los vuelos líricos, ora en las canciones y romances épicos. Los poetas son como alondras mañaneras, que vuelan sin cesar por los cielos infinitos de la fantasía, arrullando los oídos de los hombres. Y también el poeta es sacerdote. Sacerdote de un culto místico, y puro, y elevado. El Arte excelso de la Poesía sólo es dable a los hombres que saben amar mucho; a los que menos se parecen a los demás hombres; por eso todos los hombres miran al poeta como... ¿Pero a qué no decirlo? ¿Por qué no expresarlo aquí con toda la crudeza de la frase estúpida y vulgar?... Miran los hombres al hombre poeta como a *un bicho raro*. ¿Pero qué sería, qué hubiera sido de la Humanidad entera si en sus dolores no hubiese engendrado esta vasta colección de *bichos raros* para alegrarla con sus cantos y consolarla con sus poesías y con la lírica ardiente de humanas estrofas que parecen creadas con luces del Cielo? El poeta pone ritmos al pesar, hace música del dolor y del drama de la vida, y por eso

es tan necesario como el sacerdote. Tampoco es posible, por mucho que los hombres prácticos se empeñen en ello, encontrar un Pueblo que haya podido vivir sin albergar en su seno a varios poetas. No ya un Pueblo; ni una época, ni una década siquiera. Los Estados, si no tuvieran poetas no vivirían, porque los poetas son más necesarios que los estadistas y que los guerreros.

¿Pero y el sabio? Este ya es otra cosa. El sabio, el filósofo, juega con las pequeñas verdades para hallar la Verdad grande que no encontrará acaso, como juega el malabarista en el circo con los platillos y los otros objetos; en cuyo intrincado juego hay siempre oculta una trampa como razón de todo. Tal la Ley natural, oculta a los ojos del sabio, la cual gobierna Dios a su antojo, y la cual aquél, por la limitación de su inteligencia, no puede alcanzar en la plenitud de todos los detalles. El filósofo y el sabio, aunque éste base su sabiduría en conocimientos experimentales, son ilusionistas de las verdades infinitas, que simulan manejar y poseer ante los otros hombres, menos trabajadores que ellos, y con menos ilusión también que ellos. Pero aunque no alcancen la Verdad total y no manejen más que ciertos hilos de la muy escondida trampa, son dignos de todo el máximo respeto de sus conciudadanos y sus hermanos, como lo es el sacerdote, como lo es el poe-

ta, como lo es el hombre que cree en Dios y como el hombre que siente a Dios. Acaso pueda decirse que si el sacerdote le adora mejor y el poeta le presiente más, el sabio es el que más dentro le lleva, porque está más cerca de la Verdad; porque para verla no cubre su vista con la venda de la fe que a los ojos del hombre ofrece visiones de candidez ingenua; no pone en su imaginación, como el poeta, los cendales divinos del amor. El sabio va en busca de la Verdad por el único camino recto; camino lleno de espinas, de azares, sacrificios y de penalidades; por eso, aunque nunca llegase a lograr el fin de ese caminar sin descanso en pos de los fantasmas maravillosos que en forma de ideas se posan en su mente, nos es también necesario Jamás, tal vez, estemos en posesión completa de la Verdad; pero el solo hecho de haberla pedido a Dios como el sacerdote, de haberla soñado como el poeta y de haberla buscado como el filósofo, redime ya a la Humanidad en todos sus locos e incesantes esfuerzos.

El Arte, la Religión y la Filosofía son las tres altas torres que levantó el hombre para escudriñar desde sus alturas, a manera de atalayas, los caminos todos del bien y del mal..., buscando siempre entre ellos aquel escogido sendero que en los albores de la Vida parecía hecho de rosas, y que hoy, desorientado en absoluto, el ser humano no encuentra; al cabo de tantas ternuras y

sentimentalidades de los artistas, de tantas lucubraciones de los filósofos y de tantas oraciones y preces elevadas a Dios en los templos que para invocarle se crearon. ¿Pero y el historiador? ¿Y el mérito de un historiador, historiador y artista como lo fué D. Benito Pérez Galdós?... ¡Ah! Si en España hubiésemos tenido muchos historiadores escrupulosos y concienzudos, y exactos, la labor de aquél, aunque siempre brillante, hubiese sido menos trascendental.

¿Pero a quién aquí podemos llamar en justicia historiador, sino a tres o cuatro de los autores que de Historia escribieron?... ¡La Historia de España! ¿Quién la hizo? ¿Quién la trazó como era debido? ¿Quién ha narrado nuestras grandezas y nuestras glorias con toda la seria virtualidad, con toda la honda emotividad con que merecían ser referidas?...

Apenas muy pocos escritores. Y de estos pocos, que casi con los dedos de la mano pueden contarse, ninguno puso en sus escritos verdadero color de vida. La Historia tiene también alma. No es como cosa muerta. No es leyenda ni conseja para entretener a los niños. Es narración, es un formidable contar de grandezas, para instruir a los hombres. ¡La Historia tiene alma! ¿Sabéis cuál es? El alma de la Historia es la Patria. Por esto, el buen historiador cree, con la devoción del sacerdote; ama, con el

fervor del poeta, y espera, con la ilusión del sabio. El buen historiador, si realmente merece tal nombre cree, siente y piensa como los tres reunidos Su Dios, es la Verdad; su musa, la Naturaleza; su Ciencia, la Vida.

Aunque me dijéreis que la labor de Galdós como historiador no fué absolutamente completa, no por eso osaría nadie ponerla en entredicho. Es tan humana la misión del historiador, que basta con una mínima historia bien hecha para merecer ya con ella la admiración de sus conciudadanos.

Sólo hay algo que disculpa a los malos historiadores españoles; y que por lo mismo, engrandece más a su vez los méritos de uno, novelista, ameno y agradable, verídico y escrupuloso, como D. Benito. Es este algo todo lo colosal y lo grande de una Historia como la nuestra, para ser contada con prolijidad de sentimientos, o con prolijidad de detalles. Es mucha empresa tal empresa, para plumas medianamente bastardas.

Nuestra historia, para narrarla bien, o hay que haberla vivido, o hay que haberla sentido mucho. Tal vez, como todas las historias de todos los pueblos de la Tierra; pero aún más que muchas otras, me atrevería yo a decir aquí, porque las características de nuestro Pueblo son tales que para contar los hechos acaecidos es preciso poseer extraordinarias dotes de intuición, de estudio y de talento.

He aquí lo que tanto le favoreció a Galdós. Galdós sintió y vivió la Historia que él ha escrito. Vivió una parte de ella, y sintió la otra como artista, no como narrador frío y desprovisto de sensaciones de ternura. Y he aquí la característica de sus obras históricas. La ternura mezclada a la razón de los hechos; el sentimiento corriendo al margen de los fríos relatos históricos. Galdós coge una narración, un suceso, mejor dicho, y de una cosa que otro haría un relato frío, soso, sin gracia, él, mezclando los personajes reales con los supuestos, la lógica con la poesía, la fantasía con la realidad, crea a su modo otra historia, y que al propio tiempo, y sin que ello sea paradoja, pareciendo distinta, es la misma, la verdadera y la única Historia de España. Las otras, con los cuentos de detalles, crímenes, asesinatos, envenenamientos y demás, no parecen historia de un pueblo, sino la crónica oficial de los sucesos del mundo. Esos historiadores no semejan ser historiadores, sino reporteros en grande escala.

Y esta sí que es la razón de todo. Entiéndase, que hablo de Galdós desde un solo punto de vista Porque él da un alma a las cosas que si de ella careciesen serían tales como son desde luego, sí; serían hechos trascendentales, pero no tendrían, ahora después de pasadas, toda la poesía y el encanto que el genio las ha prestado. Con su

pluma las vuelve al ser que tuvieran, las *resucita;* hace el efecto de sacar a los héroes de sus tumbas y de ordenarlos otra vez en el mundo para disponerlos a pelear de nuevo por España. Por eso evoca y trae a la mente impresiones, recuerdos, que otros no pueden ni saben ofrecernos.

Se ha dicho que no es lírico. ¿Puede alguien descifrar total y definitivamente el sentido real de lo que debe llamarse *lírica?* Yo creo que no.

Tal vez el lirismo del maestro no esté en la forma sino en el fondo. El lirismo de forma es expresión bonita; palabras llenas de sonoridad y de rotunda y afectada elegancia...; pero en cambio el de fondo es tal vez duro y fuerte, penetrante y sombrío. La lírica, tal como se la ha entendido siempre, es un paisaje de amanecer; mas tal como la sintió D. Benito, no es paisaje de amanecida, sino ruda visión de grandeza imponente. La tierra florida, lírica de los poetas. El mar magnífico, agitado, lírica de los historiadores. He aquí la diferencia.

La lírica, el sentimiento acendrado de ternura en un narrador, no puede ofrecer esa vaguedad armoniosa y esa forma amena y florida que campean en la métrica de los poetas líricos, y en sus pensamientos y sus ideas. Ahora, en seguida, hablaremos, además, de cómo y por qué razón D. Benito fué más bien épico y dramático.

¡Qué pocas historias de pueblos resisti-

rían al ser dichas con excesos de lirismo! Acaso el canto a la Patria pueda imaginarse que se presta mejor a las explosiones de la lírica que a los vibrantes y elevados tonos del lenguaje épico y la dramática expresión. ¿Pero qué podría hacer un lírico verdadero como historiador, si quería serlo realista y concienzudo? ¿Habría de adoptar, contra las verdades que su conciencia de buen narrador le obligara a contar, un tono constante de pasión enfática y declamatoria? No puede ser. Los poetas nunca fueron buenos historiadores. Les sobró sentimiento y les faltó pasión.

En cambio, ¡cuánto se adapta un temperamento tierno, pero duro, sobrio, pero amoroso, bueno, pero inmutable y valiente, como el de D. Benito Pérez Galdós, para relatar los hechos acaecidos! El, no tendrá, no, una forma tan melodiosa (a veces llena de quejumbre poco masculina) como la tuvo Castelar para los relatos históricos; sus palabras no resonarán en los oídos del lector como los trinos melodiosos de los pájaros, ni la expresión suya será tal vez tan poética como muchos desearan, sobre todo para ciertas sentidas narraciones. Pero en el conjunto general será también sentida, y tendrá desde luego valor poético; una poesía dulce, natural, espontánea, no buscada de propósito por el autor, que fluye abundante y lógica del relato, de la forma y el fondo. Pero es claro; esta poesía de los narra-

dores realistas hay que saber encontrarla. No todos la sentirán en igual medida al leer las producciones galdosianas. Por más que en las obras de este autor es, en realidad, intensísima, y fluye serena y abundantemente en todos los tomos de sus *Episodios* y en casi todas sus novelas; en algunas de éstas la extrema, y dejando que brote del corazón toda la generosidad congénita al temperamento del artista, la esparce, la multiplica y la diluye haciéndola correr como savia y jugo vital de la producción por todas las páginas del libro, tal como en *Marianela*; en otras, en cambio, la retiene contra sí mismo, valga la expresión; parece que, absorto en el estudio realista de los tipos y las situaciones, olvida esa vena que con sangre generosa y noble riega todo el arbol frondoso de sus producciones; mas como no puede evitar que al cabo brote al exterior, ella sale luego, más o menos escondida, como hilo débil que serpentea, o como corriente loca que en los espasmos de su fuerza arrolladora se agita y pugna por salir del cauce; pero la misma, al fin y al cabo, en todos los momentos y manifestaciones del Arte.

Los personajes creados por D. Benito Pérez Galdós son prototipos y modelos de fuerza intensiva, que toma aspecto de reciedumbre, de fortaleza.

Me decía un notable escritor contemporáneo hablándome de esto cierta tarde en

el Ateneo: Galdós fundamentó en el amor toda su obra; la génesis de su obra es el amor; el amor a las mujeres, sobre todo.

Pero yo no creo solamente esto, respetando el parecer de D. Ramiro de Maeztu, que era quien así me hablaba. Yo creo que D. Benito no tiene únicamente la *amorosidad* como génesis característica de toda su obra, sino otras dos cualidades también, no menos apreciables: el sentido puro del bien, y la fortaleza espiritual. D. Benito Pérez Galdós es, ante todo, un escritor *bueno*, y un escritor *macho*. Cosa esta última que parece siempre muy fácil, pero que hoy por lo visto no lo es tanto. La masculinidad recia, potente y firme de sus *hombres*, de los héroes de sus novelas y sus dramas, de los tipos centrales alrededor de cuya vida gira la vida y la acción de los demás personajes, es lo que principalmente ha dado carácter y sello típico a Galdós; lo que en literatura (sobre todo en sus obras teatrales) le ha engrandecido más; lo que a sus novelas y a sus dramas, especialmente a estos últimos, les ha prestado esa altisonancia severa, grandiosa e indestructible, que hace de cada una de ellos un modelo siempre vivo de obra fecundamente clásica; porque precisamente esos tipos que son marcados todos por un temperamento acusado en rasgos firmes y en profundas pasiones, son los que elevan el valor de las concepciones del dramaturgo. Ha sido una autoridad teatral

tan alta como la de D. Serafin Alvarez Quintero, la que hablándome de las producciones escénicas de D. Benito, me dijo que las consideraba las mejores del Teatro nacional contemporáneo. Y esto, que es ciertísimo, no puede ser por otra razón sino por la que acabamos de manifestar

Comprendo que al referirme al valor literario de Galdós como autor de dramas y comedias me paso de uno a otro tema, ya que empecé hablando del historiador y paso a comentar al dramaturgo. Pero, después de todo, me place. Porque me conviene hacer una labor, no de crítica (no tengo autoridad para ello), pero sí de interpretación y de estudio. Esto a cualquiera le debe ser permitido.

Y si vamos a ver, siguiendo este estudio, no es sólo la firmeza y majestad de los caracteres lo que fija el distintivo valioso que tienen los tipos y personajes de las comedias galdosianas. Es algo más también. Es, como he dicho antes, el concepto puro del bien; es el sentido de la moral cristiana universal en su orden más perfecto y acabado. De que Galdós creía en la existencia de un Dios no hay duda alguna; léanse sus palabras en el *Episodio Trafalgar*, describiendo la muerte de Churruca (1).

Pero no es sólo esto. Es que Galdós en

(1) «Churruca era hombre religioso, porque era hombre superior...» (Pág. 157 de *Trafalgar*).

todas sus comedias sitúa frente a frente las dos fuerzas opuestas de la vida: el mal y el bien, la justicia y el delito, la perversidad y la nobleza. A veces, como ocurre en el magistral drama *El Abuelo*, la profundidad de un pensador altísimo, como lo era él, le hace vacilar respecto al significado y a la existencia de estas dos contrarias fuerzas que rigen por igual las pasiones humanas; así se explican las palabras elocuentes y sentidas con que las que termina esta obra, puestas en boca de uno de sus personajes, que por encarnar precisamente el *bien sumo*, sin sombra de mancha alguna, resulta para la vida real lo que en los conceptos sociales del día diríamos un hombre *bobo*, un hombre que hace *primadas* (2). Es el bonísimo *Pío Corcnado,* el maestro y preceptor de los niños, el que exclama desconcertado, al presenciar toda la obscuridad de los abismos del dolor y del crimen: «... *¿El mal es el bien.. ?*» Este tipo acaso no lo hayan comprendido los que suponen que Galdós se deleitó en reproducirlo perfectamente sólo por *amorosidad*. Hay que fijarse bien: *es un hombre bueno y que educa.* Algunas veces Galdós hace salir triunfantes a los buenos contra los malos: tal en *Electra*, tal en *Antón Caballero*. En otras

---

(2) Tanto equivaldría negar valor moral en sí mismo a este personaje, como negar toda la idea de justicia que está latiendo en *El Abuelo.*

obras el mal se sobrepone a la bondad, como en *Doña Perfecta*, como en *Fortunata y Jacinta.* Pero distingue siempre, clasifica las dos fuerzas. Muestra todo el impudor o toda la hipocresía de los depravados, los inmorales, al lado de toda la altura y todo el relieve de los buenos y los limpios de corazón. Por esto es grande su teatro: porque poniendo la virtud y el crimen contrapuestos, el bien y el mal luchando, nos dice cuál ha de ser nuestra finalidad en la vida: huir del mal y buscar el bien. Por eso sus obras son las mejores, por lo que instruyen, por lo que educan, por lo que enseñan al Pueblo. Son las producciones de un hombre de corazón sano.

El Teatro, no vamos ahora a establecer una clasificación de sus distintos géneros; pero bien sabemos todos que puede ser: teatro de ideas, qué es aquel género en el cual, poniendo de manifiesto ante el público los grandes y trascendentales sucesos de la Historia de los pueblos en particular, o bien de la Humanidad en general, o presentando en escena el combate de los grandes y contrapuestos ideales que los hombres han tenido en el desarrollo de las sociedades como norma de sus progresos, o acaso manifestando toda la influencia psicológica y real de las pasiones, las virtudes y los vicios en la vida humana, nos hace pensar con el autor en la solución de cuestiones complejas y profundas; porque cla-

ro es que se llama y dice *teatro de ideas* por una perfecta antonomasia admitida en el uso coriente de la crítica, y a la que bien podríamos denominar *licencia literaria*, ya que, en realidad, toda producción no puede carecer de ideas, dado que idea y expresión, pensamiento y forma, constituyen el conjunto de la obra literaria. Toda obra teatral tendrá ideas, será de ideas, como toda novela, como toda crónica literaria, como toda epístola en sentido literario escrita, es decir, como todos los géneros de este Arte. Pero es el *teatro de ideas*, en cierto sentido, que por costumbre se aplica en la realidad, aquel en que sobre el deseo de agradar a un público ante todo, se supedita el intento de manifestar los altos y nobles pensamientos que el autor lleva a su producción. Hay también el teatro de pasiones, también de ideas, claro está; pero en éste se busca ya más el llegar a producir una impresión favorable al público por la exposición y el desarrollo efectista del asunto, que por el lógico enlace y por la elevación de las ideas.

Pues bien: Galdós es el pensador siempre, y el pensador profundo, y su teatro es de ideas, *sobre todo*, siendo también de pasiones y de costumbres. Pero predominando las ideas por encima de todo. Para Galdós, las almas, además, no son en la escena sino símbolos, símbolos unos del bien y otros símbolos del mal. No tanto porque él

quiera crear tipos simbólicos cuanto porque sus tipos, siendo humanísimos y reales, por su grandeza, encarnan todos una gran pasión o una gran virtud, un vicio o una bondad, un deber o un derecho altísimos. *Pepet* es en *La loca de la casa*, por ejemplo, el simbolismo de la avaricia, del egoísmo, de la fuerza bruta, de la razón convertida en cosa material deleznable y ruín y grosera, del *pensamiento mecanizado.* A su lado actúa (hasta lograr salvarle) su mujer, ángel supremo de bondad y de candor. Aquí están acusados con rasgos precisos, firmes, sinceros y llenos al mismo tiempo de belleza como las estatuas del clasicismo más puro, las dos imágenes del bien y del mal luchando en la vida contrapuestas Lo mismo que en *Antón Caballero*; aquí ella es también el bien supremo; la esposa humillada con toda clase de desprecios por parte del marido, y que sin embargo le perdona, llevada a ser indulgente por una piedad infinita. Angel de bondad es también Rosarito, la víctima simpática y dulce de las inconcebibles brutalidades de la reacción española en aquel viejo pueblo castellano desarrollada. En esta obra, o sea en *Doña Perfecta*, la mujer que ama es buena, interesante y noble, como en *Gloria*; y como en Gloria, es también bueno y noble su amado.

Coinciden el ingeniero y Rosarito, en Orbajosa, y el judío y Gloria en Ficóbriga, en un cariño común de apasionamientos sin

límites. El final es la desgracia para ambas parejas, que debieran ser dichosas y no lo fueron, que tenían derecho a toda clase de felicidad y por los prejuicios sociales no pudieron poseerla. Son, por tanto, obras teatrales y novelas donde luchan y se desarrollan grandes pasiones; pero son teatro de ideas ante todo, pero son novelas profundas, también ante todo.

Y aquí deducimos otro rasgo bueno del autor comentado. Sus tipos de mujeres, ya en el teatro o bien en la novela, son todo ellos de tal interés que encantan y cautivan sobremanera.

Galdós concibió siempre, por regla generalizada, a la mujer, y sobre todo a la mujer joven, como modelo de grandeza ética, como fuente pura del bien. Rosarito es en *Doña Perfecta* el bien, la inocencia y el amor personificados en una encantadora criatura. Lo es la protagonista de *Antón Caballero*; lo es Inesilla, la novia de Gabriel Araceli en los *Episodios Nacionales*; lo es Sola, la huérfana protegida de Patricio Sarmiento; lo es Clara en *La Fontana de Oro;* lo es la bellísima y grande y espiritual Susana de *El Audaz*; lo es Gloria, lo es la genial y cristianísima y humilde (¡humilde y fuerte!) *Loca de la Casa*; todos estos tipos de mujeres son personajes llenos de luz, creados con el amor de D. Benito a la mujer. Amor de hombre... ¡Maestro! ¡Maestro! ¡Cuántos quisieran hoy haber sido tan fuer-

tes como tú en sus gustos y en su Arte! Aquí sí que le doy la razón a mi ilustre amigo D. Ramiro de Maeztu; efectivamente. Estos tipos de mujeres están hechos como si en el corazón del autor hubiese un volcán constante de fuego para consumirlo en *los amores de hombre* y como si la pluma fuese antorcha, y para prender la llama semidivina de la inspiración Galdós hubiese acercado a su corazón esa antorcha para encenderla en el fuego vivo de amor a todas las mujeres. Cuando no tuviéramos otra cosa que aprender del Maestro todos sus discípulos, nos daríamos por contentos con sólo haber recibido la alta y firme lección de masculinidad recia y pura que en nuestro ejemplar D. Benito hemos recibido.

Seamos hombres. Tiempo vendrá después para que podamos ser artistas. Demos al Arte, que es nuestro Rey supremo, cuantos queramos dar, pero no nuestra dignidad de hombres.

Así me explico muy fácilmente, que haya muchas mujeres que gusten de las novelas y las obras teatrales de ahora, pero que las mujeres, las pocas mujeres (hay que decirlo alto y claro), las pocas mujeres que han leído las obras de Pérez Galdós, digan que una vez sabidas las prefieren a las de otros autores. Es lógico.—Hace pocos días llevaba yo, para que lo pusieran a máquina, un modesto trabajo literario mío; era

en una oficina donde no había más que mujeres, y mujeres que trabajaban, que se ganaban su sustento y el dinero que llevaban a sus familias. Allí, en aquella oficina, ocupada y desempeñada por mujeres, se habló de Pérez Galdós, y se habló de los tipos femeninos creados por Pérez Galdós en sus novelas y en sus obras de teatro; y hubo una mujer joven, de todas aquellas que trabajaban y conocían los rigores de la vida, que decía que habiendo leído todas las obras del Maestro no podría acostumbrarse a la lectura de otras; sobre todo, expresaba sinceramente, por el concepto altísimo que Galdós tenía de la mujer; por lo muy alto que a la mujer ponía.

Es claro, es natural. Aquella joven que no iba a divertirse en pasatiempos frívolos ni conocía los *cabarets* de lujo, había comprendido que el autor y novelista que más pudiera ensalzarlas no era el que pintaba los tipos de adúlteras o viciosas o simples, deleitándose en la semblanza, sino el que escogía las almas más puras, para dejar probado que si es cierto que hay mujeres a las cuales no cabe considerar como guía para la moralidad del hombre, tan débiles para caer en los errores y en los vicios como éste, hay en cambio otras en cuya delicadeza grande de sentimientos y en cuya superioridad emotiva del alma que se creció ante el dolor de las luchas de la vida, existe sin disputa un ejemplo muy alto que imitar

para los hombres; y la clase de estas heroinas en el hogar y aun en los combates borrascosos de la vida pública, es la que inspiró tantas veces la pluma galdosiana para hacer en su fantasía la creación de ese femenino tipo, que como Solita, la huérfana humilde y abnegada que aparece en los *Episodios* titulados *El grande Oriente* y *El terror de 1824*, es sostén seguro y apoyo blando y cariñoso para un hombre; o de aquel otro que, como Gloria o Rosario, encarnan la sublimidad del amor humano, que en sus quimeras más atrevidas o en sus más puros vuelos no siente ante sí fuerza alguna bastante capaz para hacerle retroceder. Galdós, describiendo así el alma de la mujer, que tantos y tan variadísimos matices tiene y que para los poetas y para los hombre vulgares vino a ser siempre un arcano, saca de ella, entre sus muchísimas y raras modalidades, la de la bondad y el sacrificio, para exaltarla y poner más de relieve lo mucho bueno que hay en ella. Pinta, crea, escoge en su imaginación tipos de mujeres buenas, y aun santas (en lo que la santidad quepa dentro de lo humano), para demostrar que han existido y que puede haberlas, y para realzar, dignificándolo, al sexo que por su debilidad, por las injusticias sociales con él tantas veces cometidas, y por llevar en sus entrañas escondido el germen de la Humanidad, merece de los hombres que en justicia puedan ser llamados tales

hombres, todos los honores y todo el mayor amparo.

Es muy fácil describir el tipo de la mujer de prostíbulo; es decir, de la mujer pecadora y llena de todas las ingratas debilidades creadas al contacto con las impurezas del medio ambiente; pero un escritor de la grandeza mental de D. Benito no puede mojar su pluma en las llagas sociales para dejarla luego escurrir suciamente, recreándose en describir los espíritus insensibles de las meretrices, o las escenas estúpidas de las mansiones de prostitución. Si la mujer prostituta existe, y es preciso y es justo hacerla desaparecer, miente quien diga que el mejor medio para esto es hacer libros o escribir obras teatrales en donde tras de mostrar a estas infelices en toda la hedionda miseria de su vida, no se le ocurre al autor otra cosa que unas vagas lamentaciones líricas, encareciendo la existencia del mal Ese realismo de ciertas novelas y obras de ahora ofende a todas las clases sociales, y además, ni prueba nada, ni enseña nada, ni muestra nada, ni sirve para nada. Ofende a las clases burguesas, porque retratar ante ellas, con tal impudor, las podredumbres de los otros, no ha de servir más que para que muchas mujeres que aun son buenas extravíen su imaginación neciamente, y les ofende también, porque no hay derecho a llevar a la escena ni a las páginas de la novela tipos y ásuntos que no servirán sino

para desnaturalizar más el espíritu de las clases altas, para empobrecerlas aun más. Hay que trabajar en el medio ambiente de la vida; hay que ayudar al pobre y al caído con la mano protectora del salvador que va sinceramente a darle una esperanza para el día de mañana; a lo que no hay derecho es a presentar a las degeneradas o las infelices como modelos de imitación o como santas que aguardan la hornacina de un altar para ser adoradas después de muertas.

¿Y qué remedio a su pobreza o a su miseria social o a su desgracia, van a tener esas infelices mujeres que los hombres han arrojado al arroyo con el vilipendio del deshonor, porque un autor realista las saque a la luz pública? ¿Dejarán por ello de ser lo que son? ¿Cómo no han de ofenderse por la injusticia al ser así retratadas, tanto como las otras clases sociales y las otras mujeres se ofenden por el pudor al conocer el retrato? No. Ese no es buen camino de salvación para nadie.

Un autor grande como Pérez Galdós nunca describirá esos tipos recreándose en tal pintura; eso es como coger el cieno del arroyo y con suciedades inadmisibles entretenerse en modelar figuras que siempre serán repugnantes.

Galdós menciona también a las mujeres que no son un modelo de virtud; sólo que, llevado de la afabilidad de su temperamento generoso, dice de ellas cuanto hay que

decir, pero sin ofenderlas, contando a lo vivo, y uno por uno, todos los pasos de su deshonra, sin entretenerse en enumerar, como otros, por ejemplo, hasta el color de las medias que llevaban el día de la primera caída...; no se *ceba* (esta es la palabra, *cebarse*), no se ceba en la descripción de todos esos *preciosos* realismos. Ni le complace tampoco mostrar al detalle todas las complejidades sutiles de las perversas... ¡Cuánto les disculpa cuando tiene que hablar de ellas! Solamente que al disculpar sus maldades, más bien inconscientes que intencionadas, no lo hace con hipocresía, lo hace lamentando el mal sinceramente. Léase *Fortunata y Jacinta*, y estudiando bien todo el alcance del valor moral de Fortunata, se comprenderá perfectamente de qué modo, al revés de los autores modernos, solía el Maestro ofrecer al Pueblo para educarle todas las llagas y todos los vicios sociales. El tipo de una mujer mala, de una meretriz, está descrito en esa novela; pero sin injuriar a las mujeres prostituídas ni ofender a las meretrices en su desgracia.

Pero sin querer, llevados de la pluma por no sabemos qué fuerzas, misteriosamente encadenadas a la exaltación de nuestro espíritu, hemos extendido más de la cuenta estas ligeras impresiones finales. Bien es verdad que, a ser posible, diríamos muchas cosas comentando la inmensa obra

de Galdós. Y hace falta, hace buena falta el comentario. «Clarín» publicó un libro, admirable como suyo, criticando literariamente esa obra. Nosotros, ¡Dios nos libre!, no aspiramos a tanto. Pero sí confieso al lector que me quedo con muchísimas ganas de ahondar más en la entraña de ese monumento nacional literario que está representado en las producciones de don Benito Pérez Galdós. Pero no me es posible. Sencillamente hablando, yo quisiera y podría hacerlo; pero la vida tiene exigencias materiales muy desagradables. Desconozco el resultado pecuniario de este libro, el primero que saco a la luz pública para exponerlo al juicio, seguramente indulgente de la crítica, y no debo, pensando en mis medios modestos, excederme.

Pero me resta decir algo, y lo diré. Aun a costa de mis intereses, alargaré en unas cuantas cuartillas más el libro.

De las virtudes literarias del autor mío predilecto entresaco siempre y pongo por encima de las otras dos muy sobresalientes: su humorismo y su espíritu de generosidad.

Galdós, sólo en dos de sus obras, las primeras que escribió o de las primeras (creo que así es), sólo en ellas se muestra duro, porfiado, severo, al juzgar a las gentes. En *El Audaz* y en *La Fontana de oro*. Esto con relación a sus creaciones históricas. En cuanto a sus novelas... mucho podría de-

cirse. Pero, en general, tampoco es severo. Ello en un hombre mediocre, en un artista malo, ¿qué de particular sería? Pero en él...

En un hombre que cogía a los hombres que le rodeaban y llevándolos al interior de su fantasía *estrujaba* materialmente el espíritu de los mismos para sacar hasta la quintaesencia de todas sus cualidades buenas y malas y medianas, tiene un mérito que encanta. Porque no es que Galdós no haya visto toda la inmensa maldad de muchos personajes que desfilan por las páginas de sus *Episodios*. ¡Ya lo creo que los ha conocido bien! Y a unos cuantos hasta llegó a tratarlos. Pero no sabe ser escritor al estilo de Zola, de Blasco Ibáñez o de otros por el estilo. Siendo tan grande, o más grande que ellos. Galdós ve, juzga, compara y... perdona. Sólo hay un momento en el que se siente verdaderamente airado: cuando relata ciertos episodios; tales, por ejemplo, como las intrigas de la camarilla que rodeaba al infante D. Carlos, a la muerte del Rey abúlico, Fernando *el Deseado*. ¡Pero es natural! ¡Galdós era liberal! Mas hay en cambio muchos personajes históricos a los que trata con tal indulgencia que no parece sino que es, en los libros, su protector más decidido. Y tiene una razón. Es muy justo. Supo aislarse a tiempo. Ya lo hemos dicho varias veces en las páginas de este ligero ensayo.

Indudablemente, en la dulzura de su es-

píritu crítico debió influir mucho esa vida sencilla y modesta que siempre hiciera. Claro es que también supo y pudo convivir bien con todos por ser hombre fuerte. Galdós no debió sentir muchas veces la mordedura de los reptiles asquerosos; de esos bichos a los que uno desearía aplastar con un solo esfuerzo, y que sin embargo tantas veces es preciso tener cerca. Pero él supo quitárselos de encima. Conoció bien la Vida. Y la quiso ver lejos. Por eso no los ha odiado. Confieso que yo no sé tampoco odiar. Pero no llego al Maestro en su bondad. No podría yo describir tantas y tantas cosas como él sin sentirme francamente duro alguna vez en mi crítica. El, no. ¿Qué hizo para ello? Muy sencillo, porque yo no encuentro otra explicación. Se encerró en su cuarto de trabajo, cogió la pluma, y escribió... escribió siempre. Si no ¿cómo ser tan indulgente? Tuvo por fuerza que poner una muralla muy fuerte entre los espíritus de *las fieras* y el suyo, noble y bueno. ¿Le hubieran dejado si no completar su obra como la ha completado? Creo que no. Si Galdós hubiera vivido relacionando en sociedad su espíritu con los de gentes vulgares o maliciosas, no hubiera sido el Galdós que fué. Hubiese sido siempre grande, porque es cierto: la luz del sol no la pueden obscurecer jamás los gusanos. Pero no hubiera tenido esa benevolencia suya tan humana, tan agradable, tan hondamente

afectuosa. Porque se la hubiesen convertido en sangre. Y no han podido herirle.

He ahí la causa. Su razón clara y firme no se perturbó con sombras de odio, ni se cegó por las ofuscaciones de la pasión o la disputa. Fué siempre limpia y serena. Si acaso tuvo enemistades Galdós, o debieron ser muy pocas o no influyeron para nada en las decisiones trascendentales de su vida. Por eso habla siempre de las gentes en tono amable, con cariño, con delicadeza, con afectuosidad. Es lo mismo para todos, y cuando tiene que comentar a los personajes para los cuales la Historia debe guardar todos los honores debidos a la grandeza moral de los hechos que realizaron, sabe su pluma ponderarlos, hechido el corazón del novelista del más puro afán por esparcir el esplendor de tan gratas verdades a todos los cuatro vientos, dejando que destellen sus irradiaciones en las páginas de los libros; pero cuando se trata de describir a un maligno o aborrecible espíritu de hombre nefando, de esos cuya desidia o cuyas traiciones tal vez acarrearon días de luto y siniestros dolorosos a la Patria, no tiene su pluma toda la acritud encendida por lógica ira ante el relato de la catástrofe o catástrofes que nos cuenta. De esos hombres perversos, malos, que entenebrecieron con su agitado y complejo maniobrar de obscuras inteligencias y ruines voluntades toda la vida española en un pe-

ríodo tan interesante, hace acabadísimos retratos y admirables semblanzas, así en lo físico como en lo moral; dijérase que Galdós, al retratar los hombres y mujeres que en sus *Episodios Nacionales* aparecen, los tenía delante de sí, ante su vista; a medida que iban saliendo a luz en las páginas iban desapareciendo de la presencia del historiador; pero mientras él necesitaba sacarlos a colación, podría creerse que Galdós, para dotar de profundísimas dotes de observación a su espíritu crítico de historiador, contaba con algún raro y desconocido maleficio; obra de brujo infernal más que de hombre (por listo que sea) nos parece a ratos esa maravillosa evocación de los hombres y las cosas que han sido. Sin embargo, no hay en esos retratos ni en las palabras que emplea para hacerlos, ni aun en lo que del pensamiento pueda traslucirse, nada que no sea un delicado y fino humorismo. Se diría que al historiador le atraen por igual todas las cosas y todos los asuntos que describe, y todas las personas de que se ocupa; se diría que siente a su espíritu algo así como irresistiblemente arrastrado por los otros espíritus que estudia y pone de relieve, y que no quiere perder su placidez, y los contempla algo pasivamente, con indulgencia patriarcal y amigable, y sin dejarse llevar del rencor los ofrece diseccionados con todo escrúpulo, procurando, sin embargo, en esta operación quirúrgica,

que las partes podridas o los sitios en donde el vicio se ha cebado, no aparezcan tan claramente a la vista de aquel que ha de presenciar después tranquilamente los resultados de la operación maravillosa.

Ese humorismo, ya mencionado muy a la ligera en la conferencia que tuvimos el honor de dar en el Ateneo de Madrid, es en ocasiones burlón, suavemente agresivo; en otros momentos es, por el contrario, atrayente de puro bonachón y confidencial y amistoso. Como tenemos un verdadero cariño a las obras de D. Benito y las conocemos bien, citaré dos casos distintos de su diferente vena humorística. Cojamos un tomo de los *Episodios*; dicen que las series posteriores a la primera son peores, y esto no es cierto. Yo recuerdo ahora, por ejemplo, el retrato, mágicamente colocado en todo el brillante colorido de su figura altiva sobre un fondo obscuro de horrorosas contiendas civiles. ¿Sabéis a quién me refiero? A Zumalacárregui. Dedica Galdós a este jefe carlista un solo tomo de los *Episodios*. ¿Queréis pintura más noble y más exacta y más profunda que la de este héroe y la de los secuaces, clérigos y seglares, que en la ejecución de sus hazañas le rodean? Hay aquí, en este *Episodio*, dos tipos de curas, que son cada uno, en su distinto modo, muestras acabadísimas de lo que eran los *padres de almas* que no contentándose con predicar apelaron a las armas por

ellos mismos manejadas para defender la *Santa Causa*; los dos son ciertamente notables. Negar que D. Benito quiso en este libro poner patente ante la opinión española ilustrada toda la enorme paradoja de crueldad que la guerra civil encerraba, es negar lo innegable. Ahora bien; nadie podrá decir tampoco que no lo hace con tal suavidad y donosura que aun se duda haya muchos que *se den por aludidos*. El rasgo del *enorme* cabecilla Zumalacárregui dando órdenes terminantes y decisivas a uno de los curas de que hablábamos para que cuanto antes parta a las regiones de Aragón y Navarra con el objeto exclusivo de hacer una colecta de *cacerolas*, *badilas*, *almireces*, *asas de herradas*, *chocolateras*, *braseros* y demás enseres de labores de cocina (1) que pudieran cogerse en merodeos sucesivos por los pueblos y las casas de honrados vecinos, para después fabricar con tales trastos cañones con destino al uso del ejército de *Carlos V*, eso es de lo más sangriento que haya podido escribirse ni decirse nunca para poner en ridículo a los reaccionarios y a los ilusos. Pero no es posible enojarse ni mostrarse muy enfadado ante la descripción del suceso. Como tampoco ante el relato de aquella escena en que el *bravo caudillo*, sin piedad ni galan-

(1) «...¡Doscientos hombres!... ¿Y para qué? Para saquear las cocinas de los pueblos» (pág. 86).

tería, la emprende a latigazo limpio con unas pobres mujeres en un mísero pueblo ocupado por las tropas del *Monarca.* Ahí está hecho un retrato admirable de los jefes carlistas y de los ejércitos del *Pretendiente.*

Pero ese humorismo galdosiano no es como el que preside ya los últimos *Episodios*. Aquí es más indulgente. En O'Donnell, por ejemplo, describe un personaje admirable: Guillermo de Aransis. El tipo del madrileño o acostumbrado a la vida cortesana, que por los años del 50 al 70 del pasado siglo era tan corriente, y que después de todo no fué sino el antecedente de los hombres modernos: en el vestir, en la cultura, en el trato, en el espíritu, en todo. Hay en este episodio un personaje, el marqués de Beramendi, que en un discurso encaminado a salvar de la ruina moral y económica a Guillermo, habla tan dulce y plácidamente, y con tales palabras, que no parece sino que era el mismo Galdós el que estaba en ese hombre encarnado. Tal discurso es una soberana lección a los dilapidadores y a los hombres que con su conducta fueron preparando el descrédito, la ruina y todos los males y catástrofes nacionales; después de la última palabra del mismo debieran escribirse estas otras: Cuba, Filipinas y Santiago de Cuba..., y, sin embargo, ¡qué modo más noble, más generoso de censurar a los pecadores y a los depravados de aquel tiempo! El mismo tipo de Teresa Vi-

llaescusa, del *Episodio* referido, es otro también de los que patentizan todo el escándalo moral de una sociedad que, paso a paso, día por día, política, social, moral y materialmente, iba preparando a marchas agigantadas la ruina de España; ellos, los hombres con su espíritu de superficialidad y de diversiones ilícitas en la vida privada, y con su desgobierno y su falta de autoridad y el mal incurable de sus necios egoísmos en la pública vida; ellas, las mujeres como Teresa Villaescusa y tantas otras, con la licencia exagerada de sus costumbres, que iba empobreciendo poco a poco todo aquel alto sentido ético del hogar y sus virtudes, heredado de las viejas estirpes y rancias costumbres que informaron antaño la vida española. Galdós veía todo esto; si no lo vió tan palpablemente tocó por lo menos la consecuencia de todo ello, ya que veinte años más tarde, el setenta y tantos, comenzaba a escribir sus novelas; él, de niño, debió ver el cuadro de aquella sociedad todavía alegre y segura, aparentemente al menos, todas las tintas sombrías que se iban cerniendo en aquel horizonte tan lejano aún, pero cuyos primeros síntomas de tormenta iban a deshacer en un momento la gloria de un hermoso imperio colonial cuya adquisición tanto nos costara. Era, en efecto, aquéllo como la tempestad que se iba preparando.

Galdós la recoge en sus *Episodios* y la

trata con alto sentido de Humanidad. No es despiadado. Conoce, y como antes dijimos, sabe perdonar. El discurso del Marqués de Beramendi a Guillermo de Aransis es buena prueba de ello.

Otras veces, ya su humorismo es más trágico. Como en los primeros *Episodios*. Tal en el *Terror de 1824*, describiendo los sufrimientos de los infelices perseguidos por la reacción. Aquí ya se muestra peor intencionado. Pero es justo reconocer que si así no fuese no hubiera podido describir bien todo el drama intenso y sombrío de aquella época. Y aun con todo, es un humorismo también algo dulcificado. Siquiera no tanto como el de otros libros suyos.

Y acabamos ya. Nos parece demasiado, pues ignoramos, naturalmente, el número de lectores que bondadosamente han de acoger este libro. Tememos también haber coincidido acaso, por involuntario descuido, en algunas repeticiones que puedan haber hecho algo pesada la lectura del mismo.

Ahora, nos correspondería hacer un resumen de faltas, ya que todo lo anterior se desarrolla en una constante y entusiasta alabanza para el genio. Pero no usaremos para un espíritu tan alto lo que empleado por nuestras manos sería una muy torpe arma de crítica. Sobre que además cuanto en son de censura (si censura cabe) pueda decirse, está ya dicho por otros escritores, y aun por *otros* que no lo son. No esperéis

que yo diga aquí que los últimos tomos de los *Episodios* son los menos bellos, que el estilo de Pérez Galdós a ratos peca de pesado (así dijeron algunos) o que convendría, para que el Pueblo lo fuese conociendo mejor, reducir, expurgar su obra. ¡Líbreme Dios! Creo que en las obras de los genios ni falta ni sobra; ni hay de más ni hay de menos nunca.

Ya sé que D. Benito no pudo tener siempre la misma inspiración. ¿Pero me podéis presentar algún autor que no le haya ocurrido lo mismo? «Clarín» le critica la costumbre que tuviera de escribir a diario. Bien está. Escribiendo a diario no siempre se puede lograr el favor de las musas. ¿Pero no será precisamente el escribir todos los días lo que a Galdós le ha dado esa fuerza jugosa, esa savia de árbol fuerte, ese carácter de secular roble, de columna alta y firme? ¿No creen mis lectores que la labor del genio debió ser siempre modelo de paciencia, de esfuerzo incansable y de tenacidad asombrosa? Aparte que D. Benito, como todo gran trabajador, también holgaba a ratos, y aun a meses perdidos. En cuanto a reducir su obra, en cuanto a *meter mano* en sus libros para abreviarlos, no fuera yo el que lo hiciese, así me lo pagasen a precio de oro. ¿Por dónde vamos a empezar? ¿Qué es lo que vamos a suprimir, y qué vamos a dejar en cambio? No. Esto es imposible, sin romper toda la unidad y toda la armonía de

una obra soberana de Arte. A lo mismo equivaldría el tratar de refundir por los músicos las sinfonías de Beethoven o las sonotas de Chopín. Me parece un tanto atrevido. Otra cosa sería recoger unos cuantos relatos o pensamientos y ofrecerlos en uno o dos volúmenes al público menos culto y entendido, es decir a los que necesitan tomar en dosis pequeñas el pan espiritual de lo bello.

Otro de los grandes méritos de Pérez Galdós como novelista, ameno, variado y profundo, está en su espíritu sutil y complejo de observación, el cual le hacía ser un artista constante y amorosamente enamorado de la realidad. Pero ésta no siempre se ofrece lo mismo a los ojos del novelador o a la mente inventiva del que narra o describe. Es preciso una amplísima y muy poderosa visión intelectual para abarcarla en todo su conjunto. Y Pérez Galdós poseía esta cualidad.

El realismo en la novela o en el cuento, que nunca, por cierto, debe ser enemigo de un sano y hermoso idealismo unido a la descripción de los hechos, no proporciona tan bellos motivos y asuntos para el estudio y la narración a todos los autores; hay muchos de éstos (hoy en día sobre todo) que cogen las cosas *pobres*, menudas y obscuras de la vida para presentarlas al público sin ligarlas a los grandes y trascendentales hechos históricos. Muy al contrario de lo que Galdós hiciera.

Ver lo pequeño, lo reducido, lo exiguo, lo no trascendental, es reducirse a ser un esclavo de la realidad hasta el punto de sacrificar a la misma los altos principios de ética y moral universal; los genios no se detienen en la realidad, la miran, la observan... y siguen adelante. Tal hizo nuestro maestro.

El espíritu de observación de Pérez Galdós es amplio, difuso, extenso con extensión de capacidad que parece inacabable, y al mismo tiempo es intensivo, sutil, complejo y profundo. Por ser muy amplia su grandiosa capacidad de observación, es precisamente por lo que pudo reseñar con notorios aciertos todos los sucesos de una larga y accidentada época de historia española; en las descripciones de estos sucesos, hechos, efemérides y recuerdos, como en la de las personas reales que en ellos como protagonistas intervinieron, no hubieran salido muchos novelistas tan airosos y lucidos como saliera Pérez Galdós en tan singular y azaroso empeño. Era menester para el triunfo completo en esta magna empresa todo el poder grandísimo y fecundo de una muy poderosa imaginación puesta al servicio de tales difíciles narraciones; pues no es sino poseyendo una extraordinaria fantasía observadora como se puede recoger admirablemente todo el cuadro, en sus colores vivos, deslumbrantes y variados, de una época lejana a nosotros y en la que no hemos vivido.

Mas no sólo es extensa la capacidad de observación del maestro sobre los hechos reales; es también intensa, penetrante, recia y profunda, como hecha con firmes raíces de seculares energías vitales. Y es también delicada y, por esto último, sutil, leve (cuando leve necesita serlo), acomodada a todo, así a la descripción de lo grande como al relato de lo pequeño y lo menguado. Por eso Galdós abarcaba el estudio del espíritu individualmente considerado, y el del espíritu popular de las grandes colectividades. Por eso pudo estudiar, con igual éxito, a las almas y a los pueblos.

Paradoja, si no fuesen las características de un ser genial, nos habían de parecer esas dos cualidades que se entremezclan en el selecto espíritu galdosiano: la sutileza y la profundidad, la fuerza y la delicadeza, lo recio del varón fuerte de conciencia con lo amable y tolerante del hombre dulcificado por su Arte. Observando a los que le rodeaban pasaba ratos muy largos; no era de los que gustaran de hablar mucho para tener el goce de la comunión espiritual que existe siempre en un diálogo. Era hombre silencioso, porque para comentar verbalmente le sobraba tiempo. En cambio, para comentar arduamente, allá en el fuero interno de la conciencia, le faltaban horas. Todas las de su vida hubiera él querido dedicarlas a ese estudio, a un mismo tiempo sencillo y complejo, hecho en un conti-

nuo, inacabable monólogo consigo mismo. ¡Cuántas dudas, a las que nadie hubiera dado solución, resolvía él contestándose a sí mismo! Asombra, en verdad, pensar todo el caudal de energías individuales, de gracia espiritual y de ideas que se concentra en la mente de esos hombres, que abismados, como D. Benito, en un ininterrumpido callar, dormitando en la apariencia, van trazando imaginativamente los más altos y puros principios y las más sorprendentes narraciones para ofrecerlas después a sus públicos.

Por ser un observador prodigioso, y siendo su cultura técnico-artística muy desarrollada, aún era más grande la cultura general que poseía, basada en la observación directa de la realidad y de la Naturaleza. De aquí nace su cualidad intrínseca de escritor esencialmente realista. Las descripciones suyas de un paisaje, por ejemplo, de una población, de un edificio, de la vida modesta en un hogar pobre, del fausto cortesano en los alcázares, del interior de ciertas y determinadas mansiones de tristeza social, de castigo, de corrección o recogimiento espiritual, suelen estar avaloradas en un sinnúmero de verídicos y aplastantes detalles de pasmosa observación, ejercitada sin descanso sobre los variados modelos y casos que la vida ofrece. Poquísimos escritores menudearán tanto las descripciones de los hechos no impor-

tantes y a veces pequeños, como Pérez Galdós en sus novelas. Su cultura, a base siempre de estudios reales, hechos *al pasar*, sin dar importancia a los descubrimientos ni a las deducciones, le permitía describir con igual acierto lo mismo la vida de un convento que los aposentos lujosos de la Corte de los Reyes; con la misma exactitud copiaba una modesta escena de familia como un diálogo regio de alta trascendencia histórica acaecido en las salas de un palacio. No hablemos de las descripciones de las personas, porque es cosa inusitada ver con qué facilidad nos muestra todos los diferentes tipos que intervinieron en los sucesos desarrollados en España; con la misma con la que su fantasía portentosa idea, en una sola página o en un breve capítulo, un tipo imaginativo, descrito con tales detalles y rasgos, así físicos como morales, que nos hacen dudar si el personaje o personajes en cuestión es o no inventado y creado por las dotes singulares del artista.

Pero siendo realista, muy realista, no desdeñó sujetar siempre su trabajo a los ideales, es decir, a la norma de los más elevados principios de moral y de justicia. Por eso quiso ser historiador. Se le antojó poco la realidad si no la enlazaba con las grandes causas y con las primarias razones de todos los hechos.

No hay obra alguna de Galdós en la que sobre el asunto principal, à manera de fon-

do o marco que contiene a los personajes de la novela, no destaque la vida social española en toda su intensidad, con sus vicisitudes, con sus alternativas, con sus trastornos y mudanzas continuas Coged la más ajena a los hechos históricos; la menos histórica y más novelesca, *Marianela*, por ejemplo. ¿No estáis viendo sobre el bellísimo conflicto que sirve de tema conmovedor a la obra ésta flotar con singular relieve todo un problema social? ¿No es tan interesante como el argumento de la novela el cuadro sombrío del trabajo en los hornos y de la vida pobremente desgarrada y mísera de los infelices trabajadores? ¿No es también en *Misericordia*, obra que tampoco tiene nada de histórica, donde Galdós relata admirable y sentimentalmente toda la trágica epopeya de la plebe desdichada y obscura, de los anónimos y los olvidados en las últimas y más ruines categorías de la vida social madrileña? ¿Y no es asimismo, en *El Amigo Manso*, en donde no obstante ser el asunto principal el estudio psicológico acabadísimo de un tipo raro y notable de hombre ablandado ante las contingencias duras y crueles de su vida, se menciona toda la vida social que en España, en determinada época, llevaba la burguesía?

¿Y no es, por último, en *Fortunata y Jacinta*, donde D. Benito nos presenta todo el contenido moral y material de las gentes acomodadas en el comercio y en la política,

de modo tal y en forma que las descripciones obtenidas en esta última novela citada, pueden ser modelo exacto de costumbres y características nacionales en el siglo anterior al nuestro?

No hay obra de D. Benito Pérez Galdós, de novela o de teatro, que no tenga un fondo de estudio histórico complejo de costumbres y de hechos sociales de tanto valor y mérito tanto como el asunto principal o el tema elegido en ellos para el desarrollo literario de la misma. A las escenas familiares y a los conflictos individuales une siempre la trama compleja de los grandes problemas patrios. Sin él mismo querer, sin darse cuenta, yo creo, aparece el novelista o el dramaturgo, como un historiador, siempre y constantemente. Queriendo hacer novela, cuento, drama o comedia, es lo raro y portentoso en el clarividente espíritu de Galdós que nunca dejó de hacer historia. Historia viva, fecunda, espontánea y sentida, y fácil y llena de realidad y observaciones profundas y sutiles; de esa clase de historia, que pasando ante los ojos de muchos incultos como un mero y agradable contar sin trascendentales apariencias, suele ser siempre la verdadera y única y encantadora narración de los hechos humanos. Cualidad es ésta, la de *historiar* en el cuento o la novela, sólo reservada a un genio. Es menester ver la vida tan amplia y profundamente como la ven

los altísimos privilegiados de la inteligencia.

Se han esforzado bastantes comentadores de su inmensa obra en creer que las fuentes de inspiraciones artísticas de la misma se hallan en tales o cuales autores extranjeros: Balzac, Dickens, Walter Scott, etcétera, etc.

Nosotros creemos que no puede asignarse a un autor determinado ni a una época fija la génesis de las producciones galdosianas. Más bien puede afirmarse que el genio recoge, entresaca de muchos y muy variados elementos los motivos fundamentales para sus obras. Pero nunca se basa ésta en un solo modelo. Es al contrario; Galdós será en el mañana el vivo modelo y ejemplo para bastantes que le han de seguir.

Se ha dicho repetidamente, y para nadie es un secreto, que Galdós fué el creador de la novela moderna en España. Efectivamente. Y esto, de suyo importantísimo, le coloca en un plano de superioridad manifiesta. Por la maestría suya, en tan dificilísimo género literario, fué el adelantarse, como todos los genios, en estilo, gustos y modo de crear, a las costumbres de su época. Ya después de él, el género de novela realista español no puede interesar tanto, porque su pluma lo amplió y lo depuró como nadie. Después de su labor, se presentan muchos autores en el campo de las patrias letras con méritos sobradísimos; pero su trabajo, sin

querer ellos mismos, recuerda al del maestro. Mariposas que recogen de los cálices de flores bellísimas el néctar jugoso que una Naturaleza genial había depositado en los mismos; el primer aplauso admirativo debe ser para el que preparó en el jardín del Arte literario el terreno abcnado para que después los demás pudieran sacar el fruto apetecido.

En el teatro ya no es lo mismo; pero también, sin embargo, creará escuela su teatro. Venía anteriormente produciendo éxitos formidables el teatro genialmente efectista de Echegaray y el de otros autores más *honrados* en técnica, tales como el poeta Ayala, Tamayo y Baus, etc., y llega a la escena española un género que, como el de Pérez Galdós, es todo él (creemos ya haberlo dicho) fortaleza y reciedumbre. Creen algunos que es el menos español. ¡Pobres ilusos! Es el más típico, el más profundamente teatro puro, clásico y viviente, que mejor retrata el espíritu de la raza.

No hay tipos tan españoles como los tipos teatrales de las comedias galdosianas. Hay un literato ilustre, D. Ramón Pérez de Ayala, el cual, según creo, se propone hacer un acabado estudio de todos esos tipos y personajes, uno por uno, desentrañando la génesis admirable de cada cual con análisis cariñoso y pacienzudo, ahondando, en suma, en el carácter, idealidad, significación, semblanza y valores morales y repre-

sentativos de los mismos con todo el alto tesón y con todo el detenimiento que esta trascendental labor literaria se merece. Como conocemos, como todos cuantos se preocupan del estado de nuestra literatura actual, la agilidad magnífica y el estilo robusto, afiligranado y pletórico que existen en la pluma del autor que tal empresa se propone acometer, le auguramos desde luego un éxito muy grande. ¡Cabe hacer tan brillantísimos trabajos literarios en el estudio de todos esos tipos y caracteres que tan gráficamente describen las costumbres y el modo de ser español!

El teatro de D. Benito Pérez Galdós llegó a tiempo de producir en el Arte una transformación hondamente renovadora. Es preciso tener en cuenta que los efectos de la misma no se han hecho tan patentes como fuera de desear por el influjo que al mismo tiempo han ejercido otras modalidades artístico-teatrales, que llegaron casi al mismo tiempo que las traídas sabia y escrupulosamente por nuestro D. Benito, y que, siendo casi completamente opuestas a las mismas, han podido en bastantes ocasiones conmover más a los públicos, porque impresionaban más superficialmente y tenían en sí más efectismos de forma, de apariencia, de recursos habilidosos de técnica, y se avenían más, en general, con los gustos, delicados, sí, desde luego, pero menos dados al estudio detenido y a la pro-

fundidad de arduos exámenes, que hay en una inmensa mayoría de las gentes que frecuentan las salas de los teatros con el ánimo casi siempre de entretenerse en cosas que les agraden y deleiten sin poner por su parte un gran esfuerzo imaginativo para comprenderlas.

Pues bien; no obstante esta corriente contrarrevolucionaria, por así decirlo, que se ha observado y que persiste (muy dolorosamente para el Arte) en el teatro español contemporáneo, las obras de nuestro Maestro predilecto se han impuesto a todas. Tales son su sabiduría, su arte magnífico y emocional, su profundidad de ideas valientes y, sobre todo, lo repetimos, su cualidad neta, intangible, de renovación y de escuela primaria de puros valores.

Mas todos los méritos éstos, es lo notable y lo interesante que están creados sin salirse un ápice de lo que debe ser un genuino teatro español, educador del Pueblo y cantor de las glorias nacionales. Es al contrario de lo que algunos han dicho. Los que han copiado procedimientos de estilo y normas artísticas de extranjeras escuelas son los que, viendo en la literatura teatral otra cosa distinta a la que Pérez Galdós vió siempre, han rezagado en efectividad el progreso de este género difícil, creyendo que, por el contrario, lo depuraban y lo engrandecían.

Dos grandes maneras, digámoslo así, dos

estilos fuertes, con sello inconfundible, de producir en el teatro, se han dado últimamente en España; dos estilos españoles ambos; españoles por los tipos que crean, por los asuntos de que tratan, por los ideales altísimos que en ellos van integrados, por la emotividad de raza, gloriosamente ensalzadora de nuestras costumbres, nuestras virtudes y nuestra tradición, riquísima en motivos y asuntos para la escena cuando se escribe honradamente.

El primer género de estilo es el teatro idealista romántico.

El Duque de Rivas, Hartzenbusch, Tamayo y Baus, Sellés, tal vez algo Dicenta (recuérdese *Juan Jose*), desfilan por los escenarios como los espíritus escogidos por las musas para cantar los sentimientos hidalgos de las almas españolas; sus dramas tienen ambiente español, sus héroes son españoles, las leyendas o tradiciones que nos ofrecen hablan de España...; después, ya pura y genuinamente patrio, con caracteres de raza, ¿qué hay en nuestra escena si no es el teatro realista, de ideas, de D. Benito Pérez Galdós? Quitemos, más por su grandeza que por su españolismo, a ciertos poquísimos autores, como Guimerá, Benavente y Martínez Sierra, y el estilo españolísimo de los antecesores veremos que ha ido desapareciendo poco a poco para dejar paso a un conjunto de producciones, comedias y dramas, a las cuales yo no pre-

tendo negar mérito, pero que no tienen absolutamente ningún rasgo firme y acabado de teatro que dimane de la *entraña* nacional, que no son típicas ni demostrativas del espíritu ideal de un Pueblo.

Hoy, por desgracia, el teatro nacional (¡ciego estará quien no lo vea!) se hunde cada vez más en el desconcierto provocado por unas costumbres licenciosas que van sacudiendo, como carga pesada que a un lado se deja abandonada, toda aquella grandeza, prototipo de las obras inspiradas en la realidad de los hechos históricos. El *mundanismo*, un torpe mundanismo de salones donde se ostenta una aparatosa etiqueta, pero donde se mueven personajes, hombres y mujeres, carentes en absoluto de ideas y de belleza espiritual, es el que suele servir de base a los asuntos de todas esas comedias preferidas por los públicos *bien* y distinguidos, comedias de fina retórica, sí, de bellos pensamientos y aun algunas de muy entretenidos e ingeniosos asuntos, pero que no estudian con amor y con cariño, como fuera de desear, el alma española, sus crisis, sus defectos o sus idealidades. Por eso no pueden enseñar ni moralizar al Pueblo, por mucho que distraigan y entretengan. Casi estamos por decir que donde se ha refugiado lo más puramente español del teatro actual es en el género ligero y vario del sainete. Los Quintero y Arniches españolizan hoy mucho más la escena pa-

tria que la inmensa mayoría de los autores de ciertas obras, las cuales podrían pasar muy bien por traducciones de comedias italianas o del arte francés ligero (1).

El teatro de D. Benito Pérez Galdós, por tanto, con todos los defectos que se le quieran poner, es para mi gusto el único sucesor serio y honrado de las normas clásicas, y con el tiempo, en los años que han de venir, será preferido como el más depurado y el más maestro. Claro que en él, ¿cómo dudarlo?, sobrepuja la profundidad de la idea a la variedad de la acción, cosa que después de todo no es defecto. Además, esta falta es más aparente que real, pues tienen sobradísima acción e interés las obras teatrales de este dramaturgo; lo que sucede es que cansan a cierta clase de públicos, porque no están acostumbrados a depurar sus gustos *bebiendo en fuentes* de sana virtud ideal. Mas repetimos que ha de llegar un día en que han de gustar a todas las gentes y han de imponerse a todos los públicos. Muchos éxitos le dieron a D. Benito Pérez Galdós las generaciones que en vida le trataron. Pero las que vengan después de su muerte serán las que con más imparcialidad tejerán mejor la corona inmortal para su gloria. Para ellas será el mejor novelista

---

(1) Ligero, porque hay otro arte teatral en Francia que en nada se parece al nuestro.

y el más alto dramaturgo de cierta época histórica. También será, no el historiador más completo (1), pero sí el más ameno, el más interesante, el más delicadamente emotivo y sentimental. Los *Episodios Nacionales* los amarán los jóvenes, los estudiarán los viejos y los leerán los niños. Como constituyen lo mejor de su obra, serán, pasados los siglos, como hoy es el *Quijote*. Espere, si puede llegar a ello, aquel que de esto dudase. El verá cómo estos tomos de portada roja y amarilla, que hoy ya se ofrecen hasta en las más modestas librerías, el día de mañana son considerados y tenidos como un modelo del buen decir en castellano, como un tesoro de ideas y como una fuente incopiable de historia. Esta sí que sería bella empresa. ¿No hay quien proponga a los gobiernos una edición oficial y baratísima de los *Episodios* para escuelas e institutos, y Casas del Pueblo?...

Y ahora, para despedida, hasta mi próximo libro, unas palabras, lector. El genio, sin la ayuda común de todos, no es nada, no podrá realizar nunca su santa labor de grandeza, porque no es un elemento que viva aislado de la sociedad, sino que es lo contrario precisamente. Nace de la resultante de todos los esfuerzos m ntales, acti-

(1) No el más completo, porque no abarcó toda la Historia de España.

vidades, ideas y evoluciones de una época determinada. Porque viene a ser como la cumbre, la altura suprema, adonde pudo llegar la sociedad de su tiempo. Por esto su obra si no es completada por el común esfuerzo de todos quedará sin dar los frutos apetecidos. A todos, ya lo hemos dicho antes, nos toca recoger ese legado para su guarda, su administración y su engrandecimiento.

Un alma superior, una inteligencia luminosísima, abarca toda la luz dispersa en las distintas esferas intelectuales; como el haz de los rayos solares converge para deshacerse luego a la acción del prisma, así también van a parar al cerebro del superhombre todas las ideas excelsas y todos los mejores y más delicados sentimientos; y en la razón genial se purifican y en su alma se ensanchan, lucen en ella y en ella agigantan su potencialidad, porque esa alma era el regazo que Dios escogió para darles la vida infinita.

El genio recoge todas las grandes ideas, las estudia, las selecciona y las depura, y las ofrece después a los demás envueltas en las formas soberanas de su estilo. ¿Pero son en esencia suyas? En realidad no siempre lo son.

Por todo esto, Galdós, y dicho sea para avivar la llama de la fe y el amor en los espíritus reacios, no es sino el resultado moral de su época; sus ideas son el resumen

de la España del siglo XIX; sus palabras, su forma, su estilo son el compendio del Arte literario en el período de tiempo en el que el idioma castellano va purificando con nuevas esencias el contenido ideal de sus normas de expresión. Todo el carácter y todo el modo de ser de los españoles en el siglo anterior al nuestro, se va fundiendo y tomando forma mágicamente visible en los tomos de los *Episodios Nacionales*, y en ellos, como el fuego en el crisol, van liquidándose los temperamentos, los espíritus y hasta las almas, en ideas, en pensamientos, en párrafos, en bellezas artísticas; el fuego vivo español en las obras de Galdós arde como en el horno purificador, porque él lo supo llevar a su espíritu para recoger la viva lumbre del patriotismo, de la fe, del honor y, en suma, de muchas altas virtudes que adornaran la característica de nuestros antepasados.

Por ello sus personajes (aparte las razones que antes en sentido crítico indiqué) nos parecen símbolos. Y claro que lo son. Toda la realidad española, como no hubo manos más cuidadosas ni más aptas para recogerla que las de Galdós (desde el punto de vista del historiador), va a parar a él; y no hay uno solo de los personajes que nacieran en el calor de la fantasía galdosiana que no resulte simbólico. Y, sin embargo, acaso, fijándose bien en el contenido ideal de los mismos, acaso no sean tan sim-

bólicos como nacionales. Más bien son reales, humanos, hablando más puramente. Y expresándonos en tono de fervor patriótico, diríamos que antes que símbolos y ejemplo de humanidad, esos tipos eran netamente españoles.

¡Españoles! ¡Cuánto orgullo al brotar de mi pluma estas palabra! ¡Y cuánto amor y cuánta fe al llevarla con acaloramiento y convicción a las cuartillas! Sí, no son tan simbólicos los personajes de las novelas y *Episodios* de Galdós como lo son nacionales, como son de nuestra raza, como son hijos de Iberia.

Os lo repito. El genio es el producto y el resumen de su época. Va la figura moldeándose en el hombre con lentitud, con parsimonia, con avances callados y silenciosos, y un día, caídos los velos que la cubren a la vista de los demás, se yergue magnífica y victoriosa, ante el conjunto de sus conciudadanos, y se levanta hasta tocar el sol con su frente, ¡y no sabemos al verla creer que la hemos hecho nosotros mismos! Ignoramos que vive y aumenta sólo porque tiene su base de sustentación en la tierra, y la tierra en este caso somos nosotros; la Sociedad y la Nación son la base, y el genio es la cordillera cuya cúspide semeja que raya con el cielo.

Era el tiempo de las algaradas, de los motines, de las revueltas, de la revolución española por la Democracia, cuando Galdós

nacía a la vida del arte, y por eso en sus novelas, y en sus dramas, y en sus obras todas, late fecundo el tema de esa revolución; España en crisis, he ahí el verdadero tema de los *Episodios;* los *Episodios Nacionales* son el testamento espiritual de los liberales de antaño, legado a esta generación por la mano del historiador que lo recogió para hacernos su entrega.

Alguien habló en el Ateneo madrileño del carácter épico y no lírico de Galdós. Es lógico. Galdós (aparte lo ya anteriormente dicho) no podía ser lírico, siendo un genio en el que iban a vaciarse todas las idealidades de su época. Los pueblos, además, son épicos cuando tienen una historia como entonces la teníamos nosotros, de desastres o victorias en las luchas de la guerra, de sangre, de firmeza, de virilidad y de amor a la muerte. La muerte que a los hombres extermina pero que a las Naciones resucita. Y son líricos, en cambio, los pueblos cuando ya esa historia de sangre, de valor y de heroísmo es tan sólo un débil recuerdo, cuando no sienten arder en sí la llama del fuego sagrado para morir o vencer; cuando son pueblos inermes y decaídos más que países potentes y resueltos.

La época de la mocedad de Pérez Galdós no tuvo romanticismos de delicadeza, sino de valor; románticos de la guerra y de la lucha eran más bien aquellos hombres.

Al empezar Galdós con la *Fontana de*

Oro y *El Audaz* sus creaciones históricas, España comenzaba apenas a descansar de la odisea; cuando acababa Galdós sus *Episodios Nacionales*, España postrada restañábase las heridas de Cavite y de Santiago, de Cuba y Filipinas... El no conoció una España poblada por los poetas melancólicos de la época de Larra y Espronceda; tampoco vió una patria llena de todos los hombres decadentes que ahora pueblan el Parnaso español, hablando, claro es, en términos generales El no supo tampoco de los románticos revolucionarios de la Constitución del 12; ni vió a los hombres aquellos que en la melena crecida que aureolaba su frente y adornaba las sienes, cifraban un trofeo de honor y poesía. El trató a los hombres rudos, fuertes, próvidos del calor que llenaba el ambiente en aquellos períodos de la Historia; era el drama español agitado y vivo; aquellos hombres sentían la vida del dolor, de la duda, del sobresalto. Las luces de aurora se habían extinguido ya. Las normas políticas ensayadas anteriormente comenzaban a fracasar, y España empezaba a sentir el peso inmenso de todo un imperio que al caerse derrumbado al suelo, enterraba en sus escombros la gloria espléndida del pasado... Galdós presenció la epopeya, y abrumado por el dolor alzó la frente cargada con el fuego de las ideas, levantó a lo alto su mirada serena, y debió de preguntarse así: ¿Por qué, Dios mío? ¿Por

qué de esa manera se desgarran las entrañas de la madre fecundadas con el fruto de un trabajo que ha regado tantas veces la Historia con sangre y con lágrimas de españoles?... Y para que los españoles recordasen al menos lo que habían sido antes, con la inspiración producida por el dolor de la catástrofe, escribió los *Episodios Nacionales*. Y al escribirlos su sentimiento no podía tener falsas afectaciones. Pintaba el dolor y la lucha. Su obra tenía que ser eminentemente épica. Era como el dolor de un buen hijo por las penas de una madre. ¡Era como el llanto tranquilo por todo lo pasado! ¡La imagen de España cruza risueña primero y después enlutada por las páginas cálidas de los *Episodios*; nos saluda amable, sonríe o llora a ratos, y al fin, tras de una mueca de dolor, se aleja para volver Dios sabe cuándo! ¿Cuándo tornará?...

Es preciso otra Historia. Es menester otro Galdós para escribirla. Y ahora ya . A vosotros os toca hablar y hacer, españoles. A vosotros os está encomendada la continuación fidelísima de esa trascendental etapa histórica.

En la corriente renovadora de los progresos que la vida moderna trae a España, pensemos que está en nuestra mano depurar las condiciones viables de existencia nacional; y seamos, guiados por aquella otra corriente que abarca cauces tan hondos y tan dilatados, navegantes atrevidos

para surcarla en busca del mar de las cosas eternas como alguien ha dicho. ¿Quién no sentirá, si es buen español, el vehemente deseo de mirar algo hacia lo que atrás quedó, para apoyar su impulso en dirección a las idealidades de un siglo más lleno de luchas y aún más preñado de complejas dificultades que aquel en que Pérez Galdós triunfara?

Seamos, imitando el genio de la inteligencia, genios también de la voluntad, y a nuestro modo; y empleemos cada uno nuestra actividad, grande o chica, trabajando por hacer otra Historia tan fecunda, tan viva, tan llena de lucha y pasión como la que el Maestro ha descrito y ensalzado. Hagamos otra Historia como esa que fué la causa última de nuestro modo de ser, de nuestras costumbres y nuestros actuales temperamentos, ya decaídos en la intensidad de tantas y tan costosas y tan áridas luchas; como esa Historia hermosa, rica en calor de sangre generosa y en luz de ideales avanzados, que es como el origen de todo lo que somos, como la génesis de la presente España con sus excelsitudes y sus vicios, con sus bondades y sus defectos; con sus virtudes altas, firmes, indestructibles, y con sus errores tradicionales y sus incurables males.

Aquellos héroes de los *Episodios*, cada uno de los cuales tiene en sí magnitud de corazón y alteza de ideas bastantes para

sintetizar el valor de un Pueblo, son nuestros padres espiritualmente, son los que dieron vida a cuanto ahora somos y valemos. Son los mantenedores de esta Nación que acaso nunca volverá a ser lo que ha sido, pero que tampoco es tan pequeña como algunos quieren hoy hacerla. Son nuestros guías y son nuestros rectores espirituales. Pasan por la letra escrita sus figuras altivas como pasan las sombras de lo pasado por entre la luz incierta de los días presentes; sombras que van en procesión de ideas, batallas, quimeras, angustias de muerte y gritos de libertad, voces de amor y quejas de rencores civiles...; tras ello va, con la luz en la mano, la imagen de una Diosa que vela los sueños inmortales de los hombres que levantaron en sus manos el peso espiritual de la raza. Como de las entrañas de las rocas brotan los manantiales, de esa época poderosa y fecunda brota el soberbio manantial de las patrias grandezas, corriendo a lo largo de la Historia en un caudal que no quiere agotarse. El suelo que pisamos por ellos estuvo defendido; de nuestros hogares son ellos los patriarcas creadores. Nuestras ciudades, nuestra civilización peculiar y exclusiva, nuestros museos, nuestras creaciones poderosas de Nación independiente y libre, nuestro Arte alegre y emotivo, todo esto ellos supieron conservarlo, y aun lo engrandecieron arrancándolo de las manos invasoras

que querían arrebatárnoslo, o dándole las formas nuevas y el sello de unidad y armonía que a los hombres de cada siglo corresponde imprimir en los usos y costumbres sociales como la huella indeleble de su paso por el mundo y por la Patria.

Los *Episodios Nacionales* son la voz de la tradición; la más hermosa de todas las tradiciones, porque es la más reciente, la más bella y la que más consuela, porque es la tradición de nuestros padres; aquella en cuyas postrimerías mecióse nuestra infancia, alumbrada por los últimos destellos del sol de un siglo que moría, en el ocaso social que iba tiñendo de nubes el horizonte, tal vez para que nosotros, con mejores esfuerzos, las arrancásemos con nuestras manos, dejando ver otro Cielo más puro y otro Sol más justiciero para todos... Es la vida que pasa, es el amor de los ascendientes que recordamos con pena y dulzura a un mismo tiempo. ¡Es España, es la España que ha sido, la que ya no existe, la que ya no vuelve! Es aquella España de nuestros padres y nuestros abuelos coronada con un imperio y santificada con un Ideal; es la vieja madre que nos mira con los ojos lagrimeando, la cruz aun en alto, el cetro ya caído, y la mirada dulcificada por un amor que, aunque nosotros queramos, no puede extinguirse; con el amor que no se borra pese a los modernísimos detractores de un sentimiento que ellos mismos no pueden

arrancarse si no se arrancan antes el propio corazón para matarlo, porque Patria y madre son conceptos y palabras que como reflejo de lo infinito no tienen principio ni fin pues llevan en sí los honores de lo eterno... ¡Es la Patria que nos mira y nos tiende sus brazos para recordarnos que en nuestra vida tenemos que renovarla con el mismo fecundo y alto amor con que ella nos sacara de las entrañas de su vida para darnos el ser y la existencia!

Renovémosla en esta otra de ahora pobre, triste e infausta; y de su pobreza saquemos los elementos para hacerla rica, pero no solamente rica en bienes materiales. ¡Que no nos asuste tanto el mal económico como la pobreza moral de las almas! Hagámosla también rica en la fe, en el ideal y en las virtudes, y tornemos su tristeza en un alegre despertar, sacándola del letargo en que yace para formar una Nación alegre, un Pueblo jocundo, con sana y positiva y buena alegría fundamentada en el inagotable tesoro de las esperanzas, y de su suerte desgraciada que ahora sobre ella pesa, hagamos, trabajando, una suerte amable y risueña, digna de alabanza, de respeto y estimación para los extraños.

Si perdimos un imperio de riquezas que no estaban en nuestro suelo, y que por esto se nos fué de entre las manos, con nuestras manos de ahora endurecidas por los callos del trabajo, fabriquemos aquí dentro

otro Imperio, más alto, más poderoso, más firme, más indestructible. Un Imperio hecho con la Razón, con el Derecho, con la Justicia y con el Arte. El nos compensará de la pérdida de aquel otro que ya no veremos en nuestro dominio.

Muchas veces, contemplando serenamente las cosas políticas y sociales de actualidad, me ha parecido ver en la España moderna el germen de otra tan reducida en extensión material que no ambicionase disponer más que de su suelo y su nativo territorio ibero; como las familias, que tras de hondas y largas aventuras agrúpanse sus miembros en el hogar al calor de los antiguos afectos para contarse mutuamente todo lo que a cada uno le ocurrió en sus mundanas andanzas y travesuras por remotos lugares, así he creído ver al hogar español. Alejándose del mundo remoto de sus sueños locos el antiguo caballero de las aventuras peligrosas, y recluído en su mansión solariega en la que tantas bienandanzas le aguardan todavía; solo, con el bello resurgir de sus ciudades y su campo, de sus lares adonde tornó después de la gran tragedia.

¡España! ¡Con qué tranquilidad debieron concebir en ella la vida aquellos primeros pueblos que en los siglos muy anteriores al nuestro arribaban a nuestras costas en busca de las codiciadas mercancías! Al ver nuestro Sol y nuestro Cielo reflejados en la

corriente caudalosa de los ríos que van a lo largo de los montes como serpientes que se enroscan entre las flores y entre los campos maravillosamente cubiertos de lozanas vegetaciones; al contemplar todo el inmenso tesoro oculto en las entrañas de este suelo, debieron figurarse que ella podía ser un paraíso. Y no fué así. Nuestro Pueblo ha necesitado luchar de tal modo para recobrar su independencia palmo a palmo varias veces, que esa tierra amarilla y roja como la bandera que ondea por encima de ella, no pudo ser nunca tierra de paraíso para los extraños, sino más bien infierno dantesco. Pero ahora que vamos alejándonos serenamente de todos los anhelos materiales, tal vez pueda ser España un paraíso; mas un paraíso sólo para sus moradores, sólo para nosotros mismos.

Yo puedo decir ahora, considerando oportuno el recuerdo, que hay muy pocos ejemplos de pueblos tan nobles y desinteresados dentro de su actuación para otras Naciones. España no conoció, durante las crisis ininterrumpidas y las agitaciones constantes de su vida pública, ese rencor perdurable, que llámese o sea de raza, de espíritu, de tradición, de revancha o de sectarismo, ensombreció a otros pueblos su vida, abismándoles en egoístas quimeras o en sórdidas preocupaciones legendarias. España no supo odiar, y ha mirado siempre igual, así en la paz como en la guerra, a sus

enemigos de ayer como a sus amigos de hoy. Nunca otra Nación que no fuese la nuestra hubiese fácilmente olvidado cómo por el influjo nefando de otro Estado tuvo que abandonar en manos extrañas aquel imperio, por el cual una Reina empeñó sus joyas, un almirante engrandeció su vida y un pueblo entero, para conservarlo, a torrentes derramó su sangre. Pero ella, que pudo en aquellos momentos y aun después pedir cuentas a muchos, para liquidar sus cuentas no quiso entenderse con nadie. Se bastó a sí propia. ¿Fué aquello impotencia? En el orden material, sí; mas en el orden ideológico de los sentimientos, que está por encima, fué algo más alto. Era la raza, el Pueblo soberano de Castilla que se levantaba sobre su honor maltrecho para enseñar otra vez más a todos cómo se comportan las naciones hidalgas.

Otro rasgo noble de independencia ha sido su abstención en la gran contienda de 1914, digan lo que quieran ciertas gentes. ¿Cobardía? ¿Vileza? ¿Debilidad o hipocresía? No. ¡Voluntad tan sólo! Peleó en muchas guerras, defendiendo múltiples derechos, ayudando a todos, puso su espada cuando era tan fuerte al servicio y en holocausto de miles de empresas de libertad, de honor y de justicia, y ahora, después que en el 98 la dejaron materialmente sola y abandonada en los momentes amargos de su gran catástrofe. ¿Con qué derechos hubiesen pre-

tendido los auxilios de su ayuda valiosa o débil los que se destrozaban para ventilar el gran pleito de sus intereses mercantiles? ¿Con qué tesón hubiéranla reclamado los pueblos que se separaron de su lado cuando los derechos de ella fueron negados y la razón atropellada?

Al ver cómo en nuestra Nación se acogía con toda afectuosidad a los heridos de la guerra, brindándoles ayuda, así como a sus familias atribuladas, no pensé que hubiese perdido aquel carácter de firmeza y virilidad que constantemente la ha puesto de relieve como Pueblo soberanamente dueño de sus destinos; sino que obligada por la fuerza de las circunstancias morales y materiales, transformaba su entereza acostumbrada en dulzuras para el caído, atrayendo a su seno a los que huían del horror de la pelea, con más amor y más altivez que nunca para los extraños. Porque asimismo, sin la intromisión de ajenas influencias, se imponía una misión generosa a la que nadie podía haberla obligado. Libremente se hacía matrona adolorida con los males de los que sufrían, y libremente los atendía; con todo el imperio de su soberanía y toda la conciencia de su valor social para los demás.

Procuremos siempre, aleccionados por la sabiduría práctica del dolor y el desengaño, ser por lo menos como últimamente hemos sido. Y seamos también siempre buenos

patriotas, pero con patriotismo práctico y honrado. Líricos, con sano y noble lirismo. Líricos como los pueblos que se renuevan, no como los países que decaen. El mundo nos respeta todavía; los pueblos americanos nos tienden hoy sus brazos amantes con más solicitud que nunca. Tarde o temprano, Portugal, ese pueblo materialmente pequeño y tan grande y alto en lo espiritual, norte de la poesía noble de los bardos caballeros e hidalgos y sostén del fuego sagrado de los puros amores a la fe, ha de aliar su causa con la nuestra, no lo dudéis. ¿Qué podemos entonces temer de los extraños? ¿No tenemos hermanos allende los mares y hermanos tras de las fronteras?

La raza sajona, por circunstancias históricas, domina hoy al mundo; apenas se hace cosa alguna que no sea fiscalizada por los ojos inquietos de tres o cuatro grandes potencias. Sepamos también los latinos dominar y vencer a nuestro modo, todavía; enseñémosles que la civilización no puede marcharse de entre nosotros y que nuestros Estados velan y velarán constantemente por el esplendor de la cultura. Que vean que si ellos son capaces de organizar el movimiento internacional, nosotros lo somos para crear un mundo espiritual, más grande que aquel otro hecho por la fuerza y el poder de nuestros antecesores.

Con el tesoro de nuestros propios valo-

res espirituales tenemos bastante si no osamos malgastarlo en luchas estériles y egoísmos estúpidos. Seamos tan buenos, tan héroes, tan independientes, tan españoles como los *héroes españoles* de Galdós.

Y sean estas últimas palabras de mi modesto libro extensivas a todos los genios que como él honraron y ensalzaron a su patria. A todos ellos juntos consagro la pureza de mi intención y de los sentimientos que me inspiraron al escribirlo.

GUILLERMO DENDARIENA.

EPÍLOGO BREVÍSIMO

Como en las páginas de este libro van, entre flores, envueltas algunas censuras, pudiera creerse que yo no había sabido hacer justicia a los que conmigo extremaron su sensibilidad de hombres buenos y su afecto de nobles amigos. Para que conste aquí la expresión de mi cariño sincero a los que en mi desinteresada labor del homenaje a Galdós me ayudaron, hago presente mi agradecimiento extremado a D. Mario Roso de Luna, el sabio de las ocultas maravillas, tan profundo en su ciencia como cordial en su trato, que con gran afecto se brindó a prologarme este libro; a D. Rafael Torromé, el notable poeta, que también tomó con muy noble empeño el asunto este del homenaje, hasta que vista la frialdad de todos comprendió que exponía al ridículo una figura ya consagrada como la suya si seguía ocupándose de estos trabajos *desdeñados sapientemente en el primer centro de cultura*

de Madrid, en el primer Ateneo español; a los hermanos Alvarez Quintero, que me alentaron muy amigablemente; a D. Gregorio Martínez Sierra, el cual, desde el primer momento en que recibió mi invitación, no obstante toda la labor que sobre el mismo pesa, se prestó (consta en una carta suya que guardo) a tomar parte en el ciclo de conferencias; a Martínez Ruiz, el comprensivo, delicado y... *humano Azorín*, que no me engañó como otros, que dando su promesa formal luego retrocedieron en el intento; sino que por el contrario, delicada y cortésmente, ni ofreció lo que no iba a cumplir, ni tampoco desdeñó poner por un momento su personalidad tan alta al lado de la mía, aun tan modesta y tan limitada; al Doctor Calzado, mi gran amigo, el hombre bueno y el liberal honrado entre todos los que más lo sean; a mi entrañable amigo D. Joaquín Mencos y García de Paredes, el hombre culto, comprensivo y honrado; a D. Césare Arroyo, y a otros que en este instante (muy pocos más) siento no recordar...

De los demás... vale más no hablar nada. ¡Perdónalos, Señor, porque no saben lo que se hacen!

Madrid 1.° mayo 1922.

FE DE ERRATAS

Página.	Línea.	Dice.	Debe decir.
2	28	*uso y fueros*	*usos y fueros.*
53	27	«...que los demás pueden prestarle»	«que los demás pueden prestarles...»



